

*Historiadores del
Siglo XIX y la
Historia de América*

Nº 26

Año 1995



Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

ESTUDIOS

INVESTIGACIONES

*Historiadores del
Siglo XIX y la
Historia de América*

Nº 26

Año 1995

COMITÉ EDITORIAL:

PROF. ADRIANA BOFFI
DRA. MARÍA ELENA INFESTA
DR. GUILLERMO RANEA
PROF. CAROLINA SANCHOLUZ
SRTA. BARBARA ROSSI

DISEÑO DE TAPA:
ARQS. RUBÉN PUENTE / ADRIANA ROMERO

PAGINACIÓN ELECTRÓNICA:
PROF. MARÍA DEL ROSARIO MARTÍNEZ

DIAGRAMACIÓN:
JANE AVRIL COMUNICACIÓN EDITORIAL

SERIE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES

- | | | | |
|-------|---|-------|--|
| Nº 1 | FRONTERA Y JUSTICIA COLONIALES | Nº 15 | ESTUDIOS DE HISTORIA RURAL III |
| Nº 2 | MERCADO DE TRABAJO
Y PARO FORZOSO I | Nº 16 | TEMAS DE HISTORIA ARGENTINA I |
| Nº 3 | MERCADO DE TRABAJO
Y PARO FORZOSO II | Nº 17 | EL NUDO CORONADO. ESTUDIO DE
CUATRO CUARTETOS. |
| Nº 4 | ESTUDIOS DE LIRICA CONTEMPORÁNEA | Nº 18 | ESTUDIOS DE LIRICA LATINA |
| Nº 5 | XII CONGRESO INTERAMERICANO
DE FILOSOFÍA | Nº 19 | HISTORIA Y HUMANIDADES |
| Nº 6 | CUESTIONES AGRARIAS REGIONALES | Nº 20 | MERCADO DE TRABAJO Y CONSUMO
ALIMENTICIO EN LA ARGENTINA
AGROEXPORTADORA |
| Nº 7 | LA PROBLEMÁTICA AGROALIMENTARIA
EN LA ARGENTINA (1970-1988) T. I | Nº 21 | HOMENAJE A MANUEL PUIG |
| Nº 8 | ESTUDIOS DE HISTORIA RURAL I | Nº 22 | IGLESIA, SOCIEDAD
Y ECONOMÍA COLONIAL |
| Nº 9 | ESTUDIOS SOBRE BORGES | Nº 23 | PSICOLOGÍA: DOCENCIA
E INVESTIGACIÓN |
| Nº 10 | TERRITORIO Y PRODUCCIÓN. CASOS
EN LA REGIÓN METROPOLITANA EN
BUENOS AIRES | Nº 24 | LITERATURA ARGENTINA
Y NACIONALISMO |
| Nº 11 | ESTUDIOS HISTORIA RURAL II | Nº 25 | FRONTERA GANADERA Y GUERRA CON
EL INDIO DURANTE EL SIGLO XVIII |
| Nº 12 | MITOS, ALTARES Y FANTASMAS | Nº 26 | HISTORIADORES DEL SIGLO XIX
Y LA HISTORIA DE AMÉRICA |
| Nº 13 | ESTUDIOS DE HISTORIA COLONIAL | | |
| Nº 14 | TRANSPORTE. ESPACIOS PERIURBANOS | | |

Para correspondencia y canje dirigirse a: **Comité Editorial**
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Calle 48 y 6 - (1900) La Plata - Buenos Aires - Argentina

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Historiadores del Siglo XIX y la Historia de América

RICARDO ALBERTO RIVAS

Serie: Estudios/Investigaciones
Año 1995

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

Prof. José Luis de Diego

Vicedecano

Prof. Luis Viguera

Secretaria de Asuntos Académicos

Prof. Ana María Barletta

Secretario de Investigación y Posgrado

Dr. Julio César Moran

Secretaria de Extensión Universitaria

Prof. Adriana Boffi

Area de Asuntos Estudiantiles

Prof. César Arrondo

Area Capacitación Docente

Prof. Graciela Goldchluk

Consejo Académico

Claustro Docente

Prof. Telma Piacente

Prof. Carlos Carballo

Prof. María Celia Agudo de Córscico

Dr. Fernando Enrique Barba

Prof. Rosa Pisarello

Prof. Alicia Alliaud

Claustro de Graduados

Prof. Osvaldo Ron

Prof. Claudio Suasnabar

Claustro Estudiantil

Miguel Nahon

Nancy Della Rosa

Silvia Guardia

Bernardo Raimondi

Aclaración

Este trabajo es parte de los resultados obtenidos en el desarrollo del proyecto de investigación *Temas, problemas y enfoques de la historiografía latinoamericana (1850-1940)* que bajo mi dirección, estamos llevando a cabo en la Cátedra de Historia de América desde el 1 de julio del año 1994, e incorporado al Programa de Incentivos del Ministerio de Educación y de ampliación de Dedicaciones Docentes de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, institución a la cual agradecemos sinceramente ese importante apoyo, así como al Dr José Panettieri, Director del Centro de Investigaciones Socio Históricas -CISH- al cual pertenece este proyecto.

El programa de esta investigación incluye trabajos que están elaborando los restantes integrantes del equipo, Cristina Carnevale, Mariela Sansoni, Saúl Casas, Yamila Kiriacópulos y Carlos Sorá quienes además han colaborado con sus comentarios en la realización de estos resultados.

Agradezco a mi padre la sugerencia de algunos cambios sintácticos que mejoraron el estilo original y el aliento brindado desde siempre.

Prof. Ricardo Alberto Rivas

Historiadores del Siglo XIX y la Historia de América

PROF. RICARDO ALBERTO RIVAS

Introducción

Durante el siglo XIX los historiadores latinoamericanos prefirieron estudiar los procesos históricos de sus respectivos países, ocupándose escasamente del conjunto continental y sin embargo, constituyeron su soporte historiográfico más importante.

Por un lado, porque las historiografías nacionales resultaron ser las fuentes más consultadas en la segunda mitad del siglo cuando se trató de abordar problemas del período independiente de la historia americana, incluyendo o no a la historiografía norteamericana según fuera la delimitación espacial del objeto de estudio.

Por el otro, porque no faltaron obras de autores latinoamericanos, como la de Diego Barros Arana, que por su rigurosidad fue primera en su género y resistió con éxito la marcha del tiempo, tanto por sus méritos como porque no tuvo émulos de consideración.

Las obras de conjunto adquirieron mayor rigurosidad a fines del siglo, muchas de las cuales siguieron la orientación general que Barros Arana había dado a la suya en 1865, modelo que resultó fortalecido al disponerse de la nueva bibliografía que la historiografía latinoamericana ofrecía, principalmente para el conocimiento del siglo XIX, cuyo aporte a la historia de América fue reconocido por historiadores europeos que abordaron su estudio.

Las *historias de América* de autores europeos fueron sin duda más numerosas, pero tuvieron como nuevas fuentes -además de otras obras análogas-, las correspondientes historias nacionales y las investigaciones especiales realizadas sobre diversos temas que en forma desigual desarrollaron los historiadores del siglo pasado.

Esta desigualdad era provocada por el excesivo peso dado al proceso independentista, a sus aspectos militares y en general a la historia política, en desmedro de los demás temas y de sujetos históricos que quedaron ocultos tras las imágenes propiciadas por esa historiografía, aunque no faltó totalmente el tratamiento de temas como la economía, la política o la cultura. Además, si bien las historiografías nacionales abordaron el estudio de la primera mitad del siglo con mayor grado de detalle que el dedicado al período colonial, éste fue más estudiado en la segunda mitad del mismo, fundamentalmente en los países en que la historiografía había hecho menos abandono del tema, tales como México, Brasil y Chile.

Durante el siglo XIX la disciplina se fue conformando al calor de debates que oponían diversas interpretaciones del pasado y distintas maneras de exponerlas. Sin embargo, las discusiones sobre la imagen del pasado y la forma de su narración no pusieron frente a frente a los antagonistas más conspicuos del pensamiento político, ya que las confrontaciones de mayor definición ideológica resultaron asimétricas, toda vez que el pensamiento liberal tuvo un peso hegemónico casi indiscutible en la historiografía del siglo pasado. En efecto, considerando los grandes matices que dicho pensamiento incluye, no pocas discusiones se desarrollaron dentro de una misma matriz conceptual. Por otro lado, la brecha con el pensamiento historiográfico conservador fue disminuyendo paulatinamente en las últimas décadas del siglo XIX, cuando fracciones de clase en pugna encontraron espacios de conciliación que se materializaron en la esfera política.

Sin dejar de tener presente el rol de la historiografía como una forma de la conciencia social, se la considera una disciplina cuyo método alcanzó un nivel considerable durante el siglo XIX; de allí que interese no solo indagar cómo y por qué los historiadores interpretaban el pasado de tal o cual manera, sino con qué instrumentos lo hacían, tal como se aborda el estudio de la evolución de la historiografía cuyas fuentes primarias son, en gran parte, las propias obras de historia. En este caso son *historias de América*, tanto generales como especiales y las *historias nacionales* que sirvieron de fuentes, sin descuidar obviamente diversa información de distintas épocas y en particular los trabajos actuales sobre el tema, tal como de manera indiscriminada se detalla al final de este trabajo.

Entre los autores latinoamericanos de *historias nacionales* analizados se estudiaron con mayor grado de detalle José Manuel Restrepo (Colombia), Rafael

María Baralt (Venezuela), Bartolomé Mitre (Argentina) y Diego Barros Arana (Chile), éste incluido también entre los autores de *historias americanas*, uno de los pocos historiadores americanos que se destacó en esa especialidad, ya que en su mayoría fueron europeos, sobresaliendo notoriamente los españoles. De estos se estudiaron fundamentalmente sus obras referidas a la historia de conjunto, tales como las de los españoles Manuel Lobo y Malagamba, Gil Gelpi y Ferro, José Coroleu y la de Rudolf Cronau, cuya obra escrita originalmente en alemán fue traducida al español con motivo de la Conmemoración del Cuarto Centenario del Descubrimiento.

La producción historiográfica de Barros Arana fue consultada casi en su totalidad, pues no solamente es el artífice más representativo de la historiografía nacional chilena, sino que lo es también de la americana.

Como se percibe fácilmente, el universo es cuantioso, optándose en consecuencia por una selección -arbitraria en parte-, que en general se efectuó siguiendo criterios previstos por la investigación. De tal manera que, además de las obras más significativas de historia americana y algunas de sus fuentes, se haya orientado la búsqueda de información con la finalidad de indagar sobre la evolución de la historiografía del siglo XIX latinoamericano, soslayando por el momento otras manifestaciones literarias, tales como el ensayo político y la crónica, tan importantes como expresiones de la ideología pero alejadas por el momento del objetivo central de la investigación, que se desenvuelve dentro de los límites de la historia de la disciplina. De todos modos, la compleja y abarcadora evolución de las ideas y la confrontación ideológica constituyen su evidente contexto, fuera del cual es imposible abordar la historia de la historiografía.

Las fuentes para una investigación de esta naturaleza son abundantes en los repositorios argentinos; entre ellos, la Biblioteca Nacional, el Instituto Emilio Ravignani de la Universidad de Buenos Aires y la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Si bien las publicaciones especializadas recientes resultan más raras, los repositorios platenses no van a la zaga, particularmente tres de ellos, donde se encuentra una información propia del período de análisis que sorprende por su magnitud y calidad, con importantes colecciones de periódicos y revistas nacionales y extranjeros, ediciones originales de obras americanas de distinto orden, etc. Tal es el caso de la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de La Plata -en particular la Sala Juan A. Fariní-, la Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y la Biblioteca del Departamento de Historia.

Aunque es ocioso decirlo, el personal de estos repositorios es destacadamente colaborador, facilitando dentro de sus posibilidades el desarrollo de la investigación.

Se advierte que el nombre América Latina es el genérico más utilizado, aún cuando en el período analizado no haya sido así. Se trata simplemente de recurrir a formas actualizadas del lenguaje, tal como se percibe también en la ortografía de fragmentos citados textualmente. El uso de otros nombres, como el de Hispanoamérica o Iberoamérica es circunstancial, sin connotaciones valorativas de ninguna especie.

Etapas de la historiografía latinoamericana

El siglo XIX ha sido considerado el siglo de la historia (expresión algo pedante, ya que lo fue también para otras disciplinas), pero para América Latina puede considerarse en su mayor parte como el período de su gestación, ya que en pocos países se alcanzó un grado aproximado a lo que se llamó "historia científica" y el retraso fue generalizado, por lo menos hasta las últimas décadas.

Con algunas diferencias según los países, la interpretación del pasado se desarrolló en tres etapas durante el siglo XIX latinoamericano. La primera, hasta 1830 aproximadamente, con sustento conceptual en la Ilustración, mediante una literatura insurgente que recurría al pasado con instrumentos historiográficos rudimentarios para la época. La segunda, que reflejaba el sentimiento de las élites criollas hacia la nueva nacionalidad que se creía emergente, se desarrolló bajo inspiración romántica hasta la segunda mitad del siglo, dando origen a la primera historiografía latinoamericana. La tercera, desde finales del siglo pasado, en el contexto de la influencia positivista y su método crítico tuvo su mayor alcance en las primeras décadas del siglo actual.

En general, la historiografía latinoamericana tuvo un lento y desigual desarrollo hasta mediados del siglo pasado. A partir de entonces -en forma paulatina y poco homogénea- fue adquiriendo un matiz erudito y crítico, destacándose la historiografía mexicana, brasileña y chilena.

El retraso -aunque desigual- fue bastante notable hasta fines de siglo en países como Bolivia, Perú o Venezuela, que como en la mayor parte de América Latina de mediados del siglo pasado, comenzó a ser superado bajo la influencia romántica que reanimó el interés por el pasado.¹

En cuanto a la historiografía rioplatense, la tradición romántica dejó una semilla cuyos frutos tardaron en madurar, pese a disponer de una intelectualidad brillante cuyos intereses se expresaban en ambas bandas del Río mediante diversos géneros literarios.

La historiografía argentina compartía el retraso con la mayor parte de los países latinoamericanos, pero desde mediados de siglo se perfiló un relativo progreso. Compilaciones como la de De Angelis, la labor de Manuel Ricardo Trelles, la publicación de la primera parte de la *Historia de Belgrano* (Bartolomé Mitre, 1857), de la *Historia Argentina* (Luis L. Domínguez, 1861) y el eclipse de la crónica primigenia rioplatense, eran síntomas alentadores que anunciaban el avance de la nueva disciplina, cuyo punto de inflexión sería la *Historia de San Martín y de la emancipación Sud-Americana* de Bartolomé Mitre (1887), que superó a la *Historia de Belgrano* ... en la relevancia de su protagonista central, en la estructura de la obra y en la amplitud del escenario de la guerra, aunque según Halperin Donghi, “no integra con la misma felicidad los distintos niveles de la realidad histórica”.²

Por dos razones, ambas bastante obvias, no es este lugar ni momento para analizar la historiografía argentina del siglo pasado. La primera, porque escapa al eje central de la investigación en curso y a las pretensiones de detalle. La segunda, porque no hemos orientado la recopilación de la información en ese sentido. Los trabajos de Rómulo Carbia, Tulio Halperin Donghi, José Carlos Chiaramonte, Alberto Pla, Enrique Zuleta Álvarez, Ángel Castelán, Ezequiel Gallo, Fernando Devoto y otros autores, incitan a profundizar sobre el tema.

No es tarea sencilla establecer diferencias tajantes entre corrientes ilustradas, románticas y positivistas en la historiografía latinoamericana del siglo XIX, donde el riesgo de error es mayor que cuando se trata de historiografía europea, aunque allí en algunos casos también las fronteras llegan a ser imprecisas.³

La primera historiografía se nutrió del pensamiento político de la Independencia, cuya deuda con la Ilustración es innegable, así sea simplemente “un préstamo cultural”. Al considerarlo como propio, el romanticismo, que condenó al pasado colonial, rescató esas valoraciones de fines del siglo XVIII⁴.

La impugnación al pasado lo diferenció en parte del romanticismo europeo, que en líneas generales buscaba una fundamentación más positiva del presente. En cierta medida, el romanticismo de algunos países latinoamericanos más que conectarse con el pasado lo adversaba o buscaba raíces históricas donde difícilmente

podía hallarlas, tal como era en el más lejano pasado precolombino. Esto no sólo se percibe en México y Perú, donde las grandes culturas facilitaban esa imagen, sino incluso en regiones donde la cultura indígena había sido menos esplendente. El resultado fue que el surgimiento de las naciones fuera imaginado con raigambre muy antigua o más reciente, según los casos, pero nunca posterior a la Independencia, considerada por lo general como culminación de un proceso descolonizador de naciones sojuzgadas.

El romanticismo, que en la Argentina se inició en la década del treinta del siglo pasado, en Hispanoamérica tuvo su período de mayor esplendor entre 1840 y 1860, con prolongaciones tardías, en algunos casos hasta finales del siglo, como en Venezuela.⁵

El perfil más politizado del romanticismo se dio fundamentalmente en Argentina, Chile y Uruguay, y fue también en estos tres países donde el debate metodológico e incluso epistemológico de la historia fue muy significativo, enfrentando a historiadores especulativos y narrativistas; creando una divisoria de aguas que en Chile dejó importantes secuelas, similares a las que provocó la rivalidad entre clasicistas y románticos en la llamada Generación del 42', cuyos protagonistas en algunos casos eran los mismos de la del 37' en Buenos Aires o de la del 40' en Montevideo.⁶

En la historiografía latinoamericana del siglo XIX no es excepcional encontrar en un mismo autor y a veces en una misma obra, influencias de varias corrientes del pensamiento universal, lo cual más que una contradicción del conocimiento individual, parecería ser propia de la construcción del conocimiento social en general y del historiográfico en particular, por lo menos hasta la década del sesenta del siglo pasado. A partir de entonces, las contradicciones más groseras miden en gran parte el nivel del conocimiento alcanzado por el autor, tal como lo hacían notar críticos tan implacables como Bartolomé Mitre o Diego Barros Arana, pero la coexistencia de matices continuó siendo una constante que dificulta una clasificación rigurosa de la mayor parte de los historiadores del período, exceptuando -aunque sólo en parte- a aquellos que por sus dotes intelectuales y conocimiento de la disciplina escapan a la generalidad.

En muchas obras del siglo XIX las fronteras imprecisas entre iluminismo, romanticismo y positivismo no son casos aislados ni consecuencia de desinformación de los autores. Ya se dijo, dos causas, entre otras, merecen ser recordadas. Una,

que se estaba en un proceso de formación de la disciplina; otra, que unas corrientes se plasmaron en otras, así se autoconsideraran reactivas a las que le precedieron.

Así por ejemplo, un escritor de la talla de Rafael María Baralt, fundador de la historiografía venezolana, decía en su *Resumen de la Historia de Venezuela*:

“...los trabajos de la paz no dan materia a la historia: cesa el interés que ésta inspira cuando no puede referir grandes crímenes, sangrientas batallas o calamitosos sucesos”,

no obstante afirmar en otro lugar que la obra que ha realizado no es

...”esa historia vulgar comunísima dedicada enteramente a la narración de sitios y batallas...”

La primera parte del fragmento indica una tendencia que en el momento de publicar su obra (1841) estaba totalmente desacreditada. La simple descripción de acontecimientos y de batallas había sido duramente criticada por Voltaire a mediados del siglo XVIII, y si bien el escenario de la guerra contra España favorecía esa deducción, en general los historiadores de la época optaban por interpretaciones relativamente superadoras de corrientes iluministas o post-iluministas, bastante conocidas por la intelectualidad latinoamericana de entonces. El mismo Baralt, en la segunda parte del fragmento citado, estaba parafraseando a Voltaire.

Baralt, reconocido como excelente prosista romántico, sustentaba ideas políticas acentuadamente moderadas aunque ajenas siempre a las formulaciones teocráticas extremas que algunos grupos católicos españoles proponían como alternativa política y como reacción a los acontecimientos revolucionarios de 1848, según expresaba en distintos pasajes de su célebre *Discurso de Incorporación como Individuo de Número a la Real Academia Española de la Lengua*, en 1853.⁸

Por su parte, decía el estudioso francés Claudio Gay, cuya influencia en la historiografía chilena fue significativa desde la publicación del primer volumen de su *Historia física y política de Chile* en 1844:

(...) simples crónicas llenas comúnmente de futilidades ocupaban numerosos y enormes volúmenes, dando solo una idea material de los principales acontecimientos, sin inquietarse de las causas y aun menos de los resultados,

*haciendo meros relatos, mas o menos elocuentes, de sitios, batallas, etc; y si por casualidad se animaban, siempre era en loar de los monarcas, príncipes o nobles, excluyendo casi enteramente cuanto pertenecía a la sociedad, como si el estudio de las instituciones y costumbres de los pueblos no fuese el verdadero símbolo de la idea nacional”.*⁹

Si el fragmento nos recuerda a Voltaire, es necesario advertir que Gay había propugnado junto con Andrés Bello, el narrativismo histórico, en tanto que su compatriota, el célebre autor francés del siglo XVIII, solía ser citado como autoridad filosofante por quienes adscribían a un método más especulativo.

Por su parte, la historiografía brasileña se desarrolló con rasgos comunes al conjunto latinoamericano. Además de las influencias conceptuales, temáticas y estilísticas del iluminismo, el romanticismo y el positivismo, el origen nacional europeo de éstas tuvo gran importancia. Si la influencia francesa se sintió tempranamente en la creación del Instituto Histórico y Geográfico en 1838, no menos importante fue la de origen alemán, fundamentalmente a partir de mediados de la década siguiente.

En los países hispanoamericanos, el romanticismo tuvo el mérito de superar en forma y calidad a las crónicas y memorias, cuyo estilo de raigambre colonial perduró hasta las primeras décadas republicanas, pese a lo cual los autores no se despojaron de una vez de ese ropaje ni se adscribieron sin matices a alguna de las corrientes historiográficas, comprensible si en expresiones más generales de la cultura y la política tampoco parecían manifestarse con total delimitación, aún en las formulaciones políticas más específicas del pensamiento liberal. Al finalizar el siglo XIX, la delimitación conceptual tendía a ser más precisa, pero a la vez suponía que algunas permanencias eran superadas por las novedades de un pensamiento positivista ahora más arraigado. Las permanencias, en gran medida, eran una herencia natural a la que difícilmente podía evadirse, pues como dice Angel Castellán, “toda escuela no puede prescindir del ‘humus’ en que se instala”, tal como le había sucedido a la generación del 80’ en Argentina con relación a la del 37’.¹⁰

Las novedades suman mucho más, pero también algo resta, y es cierta pérdida del predominio narrativista al cambiar el eje de atención de la historiografía finisecular, cuyo espectro fue notoriamente ampliado desde comienzos del siglo XX y que desplazó en parte el énfasis casi exclusivo de la historia política y militar.

No pocos historiadores alineados en estas innovaciones y que publicaron parte de sus obras en el siglo pasado, eran en realidad precursores de la historiografía de comienzos del siglo XX, tales como Ernesto Quesada, Capistrano de Abreu y varios otros.

Incluso un historiador indudablemente ubicado en el siglo XIX como Barros Arana, alertaba sobre los límites de la historia política, poniendo a prueba la simple narración cronológica de los hechos documentados al plantear nuevos ejes temáticos de la historiografía:

“La historia de un pueblo no es ya únicamente la de sus gobernantes, de sus ministros, de sus generales, y de sus hombres notables, sino la del pueblo mismo, estudiado en todas sus manifestaciones, sus costumbres, sus leyes, sus creencias, su vida material y moral...” ¹¹

El positivismo dio un impulso enorme a la historiografía y si bien exageró la importancia de algunas de las que consideraba sus premisas fundamentales, no puede negarse su gran aporte a la conformación de la historia científica.

La imagen del pasado. Algunos debates

Los debates sobre la interpretación del pasado manifiestan en gran medida una confrontación ideológica y como tal se expresa de diversas maneras, incluso en las propias controversias que suscita la historia de la disciplina, o más adecuadamente, la historia de la historiografía. En numerosos casos, la valoración de una tendencia historiográfica, de una obra determinada o de un autor en particular, puede producir resultados tan opuestos que parecería sustentarse en fuentes adversas y sin embargo no siempre es así. En efecto, las fuentes no son neutras, pero menos aún su interpretación; de allí que ellas en realidad no hablen por sí mismas sino que reflejan una realidad que en buena medida, depende del prisma cuya imagen proyecta.

Así, mientras que para algunos, José Francisco Javier de Guzmán y Lecaros, autor de *El chileno instruido en la historia topográfica, civil y política de su país*, publicada en 2 vol. en 1834, fue el último de los cronistas coloniales, para otros fue

el iniciador de los estudios históricos en Chile. La ubicación de este autor en un tramo terminal y tardío de una modalidad historiográfica o en los comienzos de otro que recién se inicia no es absolutamente gratuita, como es fácil advertir.¹²

Los personajes históricos, el período colonial, la independencia, el origen de la nación y muchos otros de los problemas debatidos por la historiografía del siglo pasado, constituyen también elementos esenciales a tener en cuenta cuando se estudia a los historiadores de esa época y se explora algún aspecto del vastísimo campo de las ideas en general y de la interpretación del pasado en particular. Efectivamente, esto se verifica en las diversas especialidades que la historiografía desarrolló y que en mayor proporción estuvo abocada a la historia política, incluyendo los escritos autobiográficos y el difundido género biográfico.

Durante el período, la publicación de autobiografías fue significativa y aunque su valor como obra histórica es relativa, constituye un importante testimonio como manifestación de la conciencia individual, expresando la manera en que reflexionaba sobre sí misma la clase dirigente, pues en su mayor parte los autores eran militares y/o políticos, como el venezolano José Antonio Páez y el chileno Vicente Pérez Rosales, o eran a la vez historiadores, como los argentinos Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Vicente Quesada y varios otros, no estando a la zaga los de los demás países del continente.

Hace algunos años, Adolfo Prieto estudió el caso argentino, caracterizándolo de manera tal que bien podría extenderse a otros países latinoamericanos:

*“...es curioso reconocer una actitud que compromete buena parte de la literatura autobiográfica argentina durante el siglo XIX: la actitud del hombre que necesita justificarse ante la opinión pública. Opinión pública, es decir, opinión política, la forma de opinar que nació violentamente con las luchas de la independencia y se proyectó hacia el futuro con poderosa exclusividad”.*¹³

Los historiadores hicieron de la autobiografía una fuente y a la vez desarrollaron el género biográfico como una forma de escribir historia; en realidad, una manera de juzgar al pasado desde una opción historiográfica que superó al de las autobiografías.

El abultado número de biografías en América Latina no debe sorprender; también en Estados Unidos fue significativo en términos relativos, cuando la

historiografía estaba aún en sus comienzos mientras que en Europa había adquirido gran difusión desde el siglo XVIII, siguiendo la tendencia de un método individualista de interpretación histórica.

Con el desarrollo de la historiografía, la atención en los personajes históricos se centró en la imagen paradigmática que la clase dominante modelaba como conciencia social, perfilando y promoviendo pautas de conducta virtuosa. La *Revista* que publicaba el Instituto Histórico y Geográfico Brasileño creado en 1838, disponía de una sección en la cual se publicaban historias de vidas ejemplares, constituyendo el género biográfico uno de los preferidos por los miembros correspondientes de la institución. Esta tenía credenciales para hacerlo, pues en su propia fundación participaron personajes ilustres, varios de los cuales había tenido participación activa en el proceso independentista y en la Regencia.

También se publicaron biografías de personajes abarcando un ámbito mayor al estrictamente nacional, tales como *Biografías de hombres notables de Hispanoamérica* de Ramón Azpurúa, quien fuera también compilador junto con José Félix Blanco de los *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*, 14 volúmenes editados en Caracas entre 1875 y 1877.

El tema bolivariano había sido explorado con bastante anterioridad, pero esta compilación tuvo un rol heurístico fundamental. Una obra de cierta significación había sido publicada en dos volúmenes en 1865 y 1875 en Nueva York, redactada por Felipe Larrazábal, con el título *Vida del libertador Simón Bolívar*, que pretendía ser un estudio introductorio a la compilación documental que se estaba preparando y que el autor no alcanzó a realizar.

Esta primera biografía mereció una crítica moderada de Barros Arana y otra demoledora de Mitre. Este último consideraba a Larrazábal

“Malísimo escritor, que siendo desordenado raya en lo vulgar; carece como historiador y como ilustrador de documentos de todo criterio, largándose con frecuencia solo y por su cuenta, sin más bagaje que la declamación a tratar con tono absoluto puntos históricos de la mayor trascendencia que pugnan con los hechos averiguados...”¹⁴

Las biografías de los próceres de la independencia constituyeron un tema predilecto, abundando los nombres de mayor proyección continental, tales como

Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre, Monteagudo y en menor medida aquellos otros de actuación local, como Freyre en Chile o Santander en Colombia.

Las relaciones entre ellos también fueron tratados desde distintos enfoques, a veces potenciando confrontaciones (la desobediencia de San Martín o el fusilamiento de Piar por orden de Bolívar), siendo el encuentro de Guayaquil un tema que provocó versiones encontradas. Fue tratado equívocamente por diversos autores y con fuentes cuya autenticidad e interpretación merecieron juicios a veces heterogéneos, además de las parciales apreciaciones de Mitre y de Restrepo, pero casi sin excepción ambos quedaron incluidos en el lugar más destacado del procerato americano.

Los ejemplos son abundantes, tales como la conocida y discutida *Carta de San Martín al Libertador Bolívar*, del 29 de agosto de 1822 publicada por G. Lafond de Lurcy en 1844 y reproducida íntegramente por Mitre en su *Historia de San Martín...*; los apuntes atribuidos a Rufino Guido *La entrevista de Guayaquil* publicada en *La Revista de Buenos Aires* en 1868; *Recuerdos históricos; San Martín y Bolívar, entrevista de Guayaquil (1822)* de Jerónimo Espejo, publicada en Buenos Aires en 1873.

Mitre, tan actualizado y conocedor de las corrientes del pensamiento historiográfico, decía acerca de la valoración de los héroes de la independencia sudamericana:

“Si la conciencia sud-americana adoptas el culto de los héroes, preconizado por una moderna escuela histórica, resurrección de los semidioses de la antigüedad, adoptaría por símbolo los nombres de San Martín y de Bolívar, con todas sus deficiencias como hombres, con todos sus errores como políticos, porque ellos son los héroes de su independencia y los fundadores de su emancipación: fueron sus LIBERTADORES y constituyen su binomio virtual”.¹⁵

Las biografías redactadas durante el siglo XIX son fuentes históricas valiosas que siguen utilizándose, con la cautela que exige cualquier tratamiento analítico. Como fuentes historiográficas ofrecen mediante una paráfrasis específica grandes posibilidades que más allá de una historia de la disciplina, coadyuve a entender el rol de los historiadores, cuyo protagonismo en el siglo pasado fue generalmente destacado. En efecto, sea como biógrafos o porque también sus propias vidas fueron objeto de estudio, han dejado testimonios de gran importancia al momento de

estudiar los historiadores del siglo pasado, además de las obras históricas que en general redactaron.¹⁶

Los historiadores del siglo pasado mostraron la pauta de su visión del presente y de la interpretación del pasado condenando o enaltecendo a los personajes históricos en distintos tipos de obras, incluyendo obviamente el género biográfico que en algunos casos trascendió el marco restringido de su especificidad, abarcando temas políticos o militares en un contexto histórico de mayor entidad.

También se abordaron con relativo éxito otros enfoques que enaltecían o denigraban personajes, a la vez que explicaban el proceso histórico al margen de la acción colectiva, buscando explicaciones de diversa naturaleza en la psicopatología de algunos personajes, tales como la conocida obra de José María Ramos Mejía *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina, 1878-1888* o la *Neurosis de hombres célebres de Venezuela*, publicada en 1895 por Lisandro Alvarado.

Conjuntamente con otras especialidades y obras generales, la historiografía del siglo XIX dejó a la posteridad una galería de héroes y su contraparte, a veces menos numerosa. Los primeros personajes, como es obvio, surgieron de la propia gesta independentista; precursores como Francisco de Miranda y Antonio Nariño, libertadores, como Simón Bolívar y José de San Martín, militares heroicos como Antonio José de Sucre y Bernardo O'Higgins, héroes civiles como Camilo Torres y Camilo Henríquez, leales al héroe, como Negro Primero y el Sargento Cabral; otros se fueron agregando en el marco de las guerras civiles y la organización nacional o se reconvirtieron en héroes, tal como Gervasio Artigas. Como en las viejas películas norteamericanas, indígenas, mestizos, negros y mulatos no ocupaban roles protagónicos sino secundarios. Por lo general, los principales personajes históricos de las nuevas nacionalidades fueron criollos blancos, como en Brasil, donde la Inconfidencia Mineira de 1788-89 generó un héroe perdurable como *Tiradentes*, en tanto que la Inconfidencia Bahiana, mereció menos memoria histórica para sus mártires.

En tanto que la historiografía brasileña sustentó una visión de emancipación sin ruptura traumática con la metrópoli portuguesa, la hispanoamericana expresó el resultado de quince años de guerra como un proceso de descolonización que tenía el doble mérito de estar enaltecido por oponerse al despotismo y a la vez, conformar los nuevos estados nacionales.

En este caso el movimiento independentista no solo fue un tema predilecto

-comparable con la atención que en general provocó el Descubrimiento y la Conquista-, sino el campo donde se batieron ideologías opuestas para su interpretación, incluyendo temas tales como el origen de la nacionalidad, el rol de los personajes históricos, el balance del período colonial, la Conquista, el pasado prehispánico, que provocaron diferencias sutiles entre historiadores liberales y conservadores por una parte, y entre españoles y criollos por la otra.

En las memorias y crónicas que al iniciarse la Guerra de Independencia se realizaron por encargo de la Corona o de los nuevos gobiernos independientes, se manifestaba más la confrontación entre insurrectos y gobierno que entre criollos y españoles, por lo que el juicio condenatorio a España y la oposición al clero era menos beligerante que en la historiografía posterior. Muchos de los cronistas eran españoles o criollos, laicos o religiosos, que sin distinción escribían a favor de unos o de otros, situación bastante notable mientras el conflicto no se definía claramente como movimiento anticolonial. Dentro de este género, el periodismo y el ensayo insurgentes jugaron un rol destacado, debiendo la historiografía esperar algunos años para hacer un balance con recursos más apropiados de la disciplina, así fueran tan precarios como se vislumbra en las primeras obras.

Historiadores españoles y latinoamericanos abordaron el tema de la Guerra de Independencia en forma casi contemporánea con su desenlace. Si para los primeros, la causa principal era el complot, para los segundos era el impulso de las nuevas ideas.

La aparente indefinición anticolonialista inicial fue uno de los argumentos que abonó la hipótesis de que no se trató de una guerra de liberación sino de una confrontación interna, dando lugar a una polémica al respecto que se desarrolló a comienzos de este siglo, en la que participaron Laureano Vallenilla Lanz, sostenedor de dicha hipótesis y José Gil Fortoul, quien opinaba lo contrario.¹⁷

La hipótesis "guerra civil" no era enteramente nueva, pues tenía precedentes en la interpretación que la historiografía española hacía de la pérdida de las colonias, muy notable en la segunda mitad de siglo y en particular cuando se buscaba una integración en el marco del panhispanismo de las últimas décadas.

La historiografía hispanoamericana analizaba el proceso en un contexto conformado por la visión condenatoria de la acción colonial por un lado, y las expectativas ante una nueva etapa cuyo punto de partida era el año 10', por el otro. La ilustración, el romanticismo y luego la tradición historiográfica positivista fijaron

en algunos casos el año 1810 como el de la Revolución de la Independencia Hispanoamericana, considerándolo como punto final de una etapa de opresión y también de partida hacia un futuro de gran esperanza, visión muy notable al conmemorarse el Centenario, salvando los matices de algunos casos y las formulaciones ácratas y apátridas que impugnaban la propia existencia de la Nación, en distinto grado según provinieran del más moderado socialismo o del más contestatario anarquismo.

En México, donde el Grito de Dolores iniciaba en 1810 el proceso independentista con un protagonismo social único por su magnitud, su historiador más prestigioso no lo consideraba así. En efecto, para Lucas Alamán el héroe de la Independencia era Iturbide, quien en 1821 organizaba la nación independiente cuyo origen más lejano se remontaba a Hernán Cortés, imagen rescatada de la *Historia antigua de México* de Francisco Javier Clavijero. El liberalismo, mediante autores como Carlos María Bustamante entre otros, contrastaba desde su valoración de los orígenes prehispánicos y de la condena al período colonial, que se nutría de la lectura de la *Historia general de las cosas de Nueva España* de Bernardino de Sahagún. Una y otra constituían el sustento de concepciones distintas sobre el origen de la nacionalidad mexicana y fundamentalmente, una disímil manera de organizar la sociedad hacia el futuro. La visión de la Independencia que Lucas Alamán proyectaba no tenía su inicio con la participación de las masas en 1810 sino con la emancipación conservadora de 1821, tal como analizó en su reconocida *Historia de México*, publicada en 5 volúmenes, 1849-1852.¹⁸

Diego Barros Arana en su *Historia de América* utilizó entre otras fuentes el *Cuadro histórico de la revolución mexicana* de Carlos María Bustamante, pero se sustentó principalmente en la *Historia...* de Lucas Alamán, a quien consideraba el mejor historiador mexicano, pese al “grave defecto” de su hispanismo.¹⁹

Sin desconocer la importancia del Grito de Dolores de 1810 ni la apreciación peyorativa de Alamán sobre Hidalgo, Barros Arana había alcanzado un juicio de compromiso:

“La revolución de 1821, a diferencia del movimiento encabezado por Hidalgo en 1810, encontraba partidarios en todas las esferas sociales, entre los antiguos insurgentes y entre los más decididos partidarios de la causa real antes de esa época. La rebelión había cambiado también de carácter: ya no era

aquella sangrienta lucha en la que los dos bandos cometían depredaciones y atrocidades de todo género, sino un impulso espontáneo, pero moderado, en que las malas pasiones estaban cubiertas por la templanza general."²⁰

El año 10' adquirió significado de génesis en otros países como Colombia y en Chile. En el primer caso, cuando el 20 de julio se designó la junta de gobierno, se consideró que ni los españoles podían continuar gobernando ni los americanos estaban dispuestos a ello, según Restrepo.

"Aterradas las autoridades españolas residentes en Santa Fe, veían claramente que su mando vacilaba y que se hallaban próximas a su ruina. La efervescencia era grande en la capital del reino, cuyo cabildo pedía con insistencia la creación de una junta de gobierno, y el más pequeño motivo debía causar un incendio".²¹

Se iniciaba una etapa heroica que Restrepo suponía se frustraba veinte años después con la disolución de Colombia.

"Esta república, semejante a la de Roma, debió su origen a guerrilleros audaces a quienes los españoles llamaron bandidos, los que vagando en las dilatadas llanuras del oriente de Venezuela, se burlaron del poder de la España con la lanza y el caballo. Reunidos luego bajo el mando de ilustres y denodados jefes, entre los cuales descollara Bolívar como el primero, ocupan la Guayana española, triunfan en Boyacá, se apoderan de la Nueva Granada, y la república de Colombia se levanta majestuosa, desde las selvas antiguas del Orinoco".²²

En Chile, el Cabildo repetía cuatro meses más tarde que en Buenos Aires argumentos análogos, valoración que la intelectualidad protagonista recogió inmediatamente como Camilo Enriquez, que los historiadores incorporaron en su interpretación del pasado como origen de la nacionalidad chilena según sugería Vicuña Mackena en su biografía de *O'Higgins* y que el poema *18 de septiembre*, publicado por el Gobierno de Chile en 1830, sancionaba desde una pluma prestigiada como era la del recién arribado Andrés Bello.

Esta genealogía fundada en el año 10' prosperó muy acentuadamente en donde los protagonistas fueron considerados los artífices más connotados de la Indepen-

dencia hispanoamericana, con analogías que la historiografía potenció en la interpretación del origen de las nacionalidades, tales como la venezolana y la argentina.

Decisiones de similar tenor en ambos Cabildos, el llamamiento a las provincias del interior, el cruce de los Andes, la muerte heroica del Negro Primero y el Sargento Cabral respectivamente, la muerte de sus Libertadores en el exilio, la anarquía, el caudillismo, las guerras civiles y la organización nacional, fueron recorridos paralelos de la historiografía de ambos países y el punto de partida el 19 de abril y el 25 de mayo, en cada caso. Se trata de dos “ejemplares” iniciativas impulsadas por Caracas y Buenos Aires, desde donde se “invitó” a las provincias para su incorporación al proceso independentista.

Rafael María Baralt y Bartolomé Mitre respectivamente, afianzaron esas imágenes favorecidas por la autoridad de ambos historiadores, reconocida por sus contemporáneos más conspicuos. Ambos pertenecían a máximas instituciones de la lengua o de la historia, tanto en España como en América. Al primero -cuya obra había sido elogiada por Humboldt-, el historiador español Miguel Lobo lo evaluaba como “el más elegante de los historiadores modernos contemporáneos”.²³

Por su parte, Bartolomé Mitre era considerado en su época como el más importante historiador argentino por sus colegas mejor autorizados, representantes a la vez de las historiografías nacionales más desarrolladas como la brasileña y la chilena. La primera, mediante su Instituto Histórico y Geográfico del cual fue miembro correspondiente; la segunda, a través de la elevada estima expresada por su historiador más representativo. En efecto, para Barros Arana la única historiografía que merecía ser mencionada además de la chilena era la mexicana y la brasileña. A la argentina la juzgaba como poco considerable precisamente hasta que se publicaron los trabajos de Mitre, al que elogiaba como político, dramaturgo, poeta y fundamentalmente como historiador, tal como lo juzga en diversos trabajos.²⁴

Ni Baralt ni Mitre fueron autores de la iniciativa en valorar el año 10' como el punto de partida de las nuevas naciones, pero la importancia y perdurabilidad de sus obras respectivas así como una tendencia a encontrar analogías en ambos procesos despiertan interés para su análisis. Además, pampa y llano, gaucho y llanero, payada y contrapunteo y la confrontación civilización y barbarie son algunas de esas semejanzas que la literatura latinoamericana recogió posteriormente.

Baralt consideraba a “la revolución venezolana, análoga en origen, progreso

y resultado a las revoluciones de casi todo el mundo occidental”, iniciada cuando el Ayuntamiento de Caracas decidió el 19 de abril de 1810 expulsar a las autoridades españolas y reemplazarlas por otras.

*“Todo esto era natural y puesto en razón, pues la revolución que se comienza debe perfeccionarse por un deber imperioso de propia conservación. (...) Otro de sus cuidados principales fue el de enviar emisarios a las provincias (...) y convidarlas a la unión (...) Una misiva dirigió a los ayuntamientos de todas las capitales de la América española, explicándoles su conducta e invitándolas a imitar su ejemplo”.*²⁵

El *Resumen de la Historia de Venezuela* de Baralt fue la base de los textos escolares, en los cuales se menciona más este acontecimiento que la misma fecha de la Declaración de la Independencia, proclamada un año más tarde.²⁶

En el Río de la Plata es bien conocida la valoración de Mayo hecha por la Generación del 37' y su confirmación por la llamada Generación del 80, tal como lo había sustentado Mitre en su interpretación del Acta Capitular del 25 de Mayo,

“...primera Constitución política que tuvo el pueblo argentino”. (...)

*“El nuevo gobierno así compuesto, no perdió momentos en propagar la revolución por todo el Virreinato, invitando a los pueblos a seguir el ejemplo de Buenos Aires”.*²⁷

Esa “primera constitución política” se consideraba el acta de nacimiento de la nación independiente y así se enseñaba en los libros oficiales de la escuela pública finisecular argentina, tal como lo hizo durante varios años Francisco Guerrini, autor de *El ciudadano argentino...* publicado en 1892:

*“El pueblo de Buenos Aires, reunido en la plaza de la Victoria el 25 de Mayo de 1810 lanzó el grito de revolución que más tarde dio por resultado su completa emancipación política. Ese fue el día que tuvo lugar la primera elección pública en nuestra Patria designándose por aclamación a siete honorables y distinguidas personas para que dirigieran los destinos del país...”*²⁸

Mitre, luego de su exilio montevideano se trasladó en 1847 a Bolivia, de donde fue expulsado al año siguiente como resultado de conflictos internos. Escoltado hacia la frontera con Perú, pudo detenerse durante dos horas en Tiahuanaco, cuyas impresiones proyectaría años más tarde al redactar *Las ruinas de Tiahuanaco*. Decía con inocultable exaltación romántica:

*“Había leído en los primeros documentos de la revolución argentina del 25 de mayo de 1810, -en que las antiguas tradiciones americanas se confundían con las nuevas aspiraciones a la libertad-, que su primer aniversario fue celebrado a setecientas leguas de distancia de Buenos Aires, en el Templo del Sol y en el Puente del Inca sobre el Desaguadero, entre cuyos dos puntos se encuentra el fúnebre campo de Huaqui, donde sus armas hasta entonces triunfantes, sufrieron el primer revés. El deseo de conocer estos lugares doblemente célebres, contribuyó en parte a hacerme aceptar la invitación que en 1847 me hizo el Gobierno de Bolivia para ir a dirigir un colegio militar en la ciudad de La Paz...”*²⁹

Mitre consideraba el carácter continental de la revolución y como análisis general dice en la *Historia de San Martín...*:

“En el año de 1810, el drama de la revolución se desarrolla en un vasto escenario continental, con una unidad de acción que llama la atención del mundo desde el primer momento. Todas las colonias hispanoamericanas, -con excepción del Bajo Perú comprimido,- se insurreccionan simultáneamente como movidas por un mismo resorte, y proclaman uniformemente la misma doctrina política”.³⁰

Benjamín Vicuña Mackena, por su parte, se refería la “Santa Hermandad del año X”, en la *Historia de la Revolución de la Independencia del Perú, 1809-1819*, que publicó en Lima en 1860.³¹

En general, el nacimiento de la nación se percibió como la culminación de un proceso de larga data, enraizado en la etapa colonial, aunque situaciones como la de la República del Uruguay y otros casos no hicieran coincidir a los autores sobre la valoración del año 10, tal como en varias obras lo sustentó Francisco Bauzá, el

historiador “de la nacionalidad oriental”, quien creía que 1810 era una proyección del juntismo montevideano de 1808 y que el ideal republicano debía explorarse en el artiguismo.³²

Obviamente, la nacionalidad oriental tenía para la historiografía del siglo XIX un origen fundado en la voluntad del pueblo, que se identificaba diferenciándose de “todo yugo”, el de Buenos Aires inclusive. Se desarrolló así lo que Carlos Real de Azúa analizó como “tesis independentista clásica”, cuya persistencia se prolongó casi sin cambios hasta la década del veinte del siglo actual, tesis que en su mayor parte, se había conformado en los ochenta del siglo anterior y cuya deuda con Bauzá es incontrastable, pues este autor, según Real de Azúa

*“Desarrolló...a lo largo y a lo ancho de Historia de la Dominación Española en el Uruguay (1882) su interpretación romántico-providencialista de la independencia oriental tal como la habría ido encamando el curso de su pueblo desde la condición de dispersa tribu indígena hasta 1830. Se hizo en puridad historia oficial hasta hoy tal versión, que en cualquier otra cultura pertenecería a la historia de la historiografía y se estudiaría con simpatía indulgente y hasta enternecida”*³³

En Brasil, predominantemente, se consideró la Independencia como un acuerdo familiar, más que como resultado de intereses conflictivos. Sus primeros historiadores, aunque con matices, han abonado esa imagen al minimizar el impacto de la acción insurreccional republicana, que desde mucho antes venía conspirando.

Juan Manuel Pereira da Silva no ocultaba la incidencia histórica de las insurrecciones liberales en su *Historia da fundação do império brasileiro*, publicada en París en 7 tomos entre 1864-1868; por su parte, Francisco Adolfo de Varnhagen, autor de la *Historia general do Brasil* publicada en 1854, no lo consideraba de la misma manera.³⁴

La importancia de Varnhagen en la historiografía brasileña fue considerable y se adaptó bien a la necesidad de interpretar el pasado con sentido nacional, particularmente la versión corregida de la segunda edición, en la cual agregaba el capítulo “Descrição do Brasil”.³⁵

La identidad nacional no se sustentó en una diferenciación conflictiva con la ex metrópoli sino en otros elementos que la historiografía consideró arraigados, tales

como cierto segregacionismo racial. Otra diferenciación que los historiadores brasileños destacaron fue también una segregación, pero en este caso de carácter continental, al distinguir el pasado y el destino de Brasil del resto de América. El carácter de la independencia, la supuesta carencia de conflictos civiles, la diferenciación con la práctica de los caudillos hispanoamericanos, coadyuvaron a afianzar la idea de la singularización brasileña con relación al resto de América Latina y también con los Estados Unidos.³⁶

Durante buena parte del siglo XIX la imagen de Hispanoamérica para los brasileños era que se trataba de una serie de repúblicas anárquicas; para éstas, Brasil era un imperio esclavista sensiblemente diferenciado, según se percibía desde la convocatoria al Congreso de Panamá de 1826.

Tareas nacionalizadoras de la historia

Que los historiadores se abocaran más a las historias nacionales y que dentro de éstas, la Independencia haya merecido mayor detalle, se explica por varias razones. Bastará por el momento recordar que el nacionalismo, tan difundido durante el siglo pasado en todo el mundo, tuvo necesariamente su correlato en la producción historiográfica. Gran parte de las obras históricas de Europa y Estados Unidos eran historias nacionales, y no hay por qué pensar que en América Latina no debía ser esa también la regla general, cuando precisamente se estaban formando los estados nacionales.

En cuanto a que el tema más investigado haya sido el de la Guerra de Independencia, puede tenerse en cuenta que no se trataba de cualquier proceso, sino de uno que con toda razón era percibido como un punto de inflexión en la historia americana y en la creación de las nuevas nacionalidades, situación mucho más acentuada entre los historiadores hispanoamericanos que en Brasil, según ya se señaló.

En una etapa, la historiografía de las ex colonias españolas expresó la interpretación que resultaba del proceso anticolonial, es decir, del surgimiento de los Estados nacionales y su diferenciación al independizarse de España. En la siguiente, interpretó la culminación de un proceso hacia la consolidación del Estado, por lo general a finales del siglo. De tal manera que en la primera, el liberalismo antiespañol

sustentaba el impulso nacionalizador antimetropolitano y en la segunda, el positivismo laicista coadyuvaba al proceso nacionalizador del Estado.

Para todo esto la historiografía debía contar con dos tipos de instrumentos. Con uno, en el plano de las ideas, prejuizaba la imagen del pasado. Con el otro, conformado con recursos propios de la disciplina, indagaba y narraba ese pasado.

Una hipótesis bastante difundida, afirma que ha habido una suerte de manipulación de la conciencia latinoamericana en las manifestaciones antiespañolas de la historiografía del período independiente, heredera de lo que se llamó Leyenda Negra y que al formular un proyecto “desespañolizante”, los intelectuales locales tomaban la ideología de otro.

Una alienación de esta naturaleza y magnitud es poco probable, pues es en la dinámica social donde se plasman las condiciones en que se construye la ideología y le confieren carácter dominante. En ese marco, digamos que adoptar una ideología, hacerla propia y con ella confrontar a otras, requiere también de ciertas condiciones, así no tengan estrecha similitud con las que le dieron origen, en este caso las existentes en Europa.

Así como la Ilustración fue útil ideológicamente a la Independencia, sin haberse originado en esa necesidad sino de la burguesía europea y con otros fines; las expresiones antiespañolas de aquella burguesía era igualmente funcional a las clases sociales criollas que sin proponerse una liberación nacional en el sentido estricto del término, impulsaba intereses anticoloniales, aún desde su regionalismo provinciano. El sentimiento antiespañol tenía en los historiadores de la primera etapa independiente un contenido que emanaba de la propia realidad que analizaban. No surgía tanto de un rencor de treientos años como de otro más reciente, potenciado durante los quince años que duró la Guerra de Independencia, constituyendo fundamentalmente un modo de afirmación de la nacionalidad emergente.

Desde una concepción fuertemente hispanista y clerical, algunos historiadores latinoamericanos, como el prestigioso americanista mexicano Carlos Pereyra -sincero en su antipanamericismo y mucho más en su anticomunismo-, desarrollaron la hipótesis de que el liberalismo republicano había sido una imitación simiesca de matrices ideológicas externas. Este historiador publicó numerosos trabajos durante cuatro décadas, prácticamente hasta su muerte en Madrid, en 1942. Entre ellos, *La obra de España en América* y fundamentalmente la *Historia de la América Española*, una obra monumental editada en 1920. En la *Breve Historia de América*

que publicó años más tarde en un volumen, dedica las últimas páginas a acusar por igual a Franklin D. Roosevelt, a Lázaro Cárdenas y por supuesto al comunismo, a los que pretendía asociados. Decía de Lázaro Cárdenas:

“Al producirse el Movimiento español, mientras Roosevelt y su consorte se declararon amigos de los rojos, Cárdenas, totalmente irresponsable, en lo personal y en lo político rompió las normas que podían limitar su acción. Era enemigo de la España nacional, como lo era de México nacional, que se solidarizó con la causa anticomunista de España (...) Derrotados los rojos en España, Cárdenas les abrió de par en par las puertas del país”.³⁷

Un hispanismo de esta naturaleza constituye una definición ideológica, que en los años de la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra, no dejaba duda alguna de que no se trataba de un merecido reconocimiento al pueblo español sino a los responsables de su atraso. Quienes así tomaban partido en el siglo XX no podían dejar de ser coherentes al analizar el XIX, cuando la confrontación ideológica había tenido un contenido fuertemente político, impulsado por el proyecto nacional, liberal y republicano de las clases emergentes luego de la Independencia.

La controversia entre hispanistas y antihispanistas era una de las facetas en que se expresaba la lucha ideológica en la lucha anticolonial. Tenía razón Rómulo Carbia cuando afirmaba que en definitiva, la Leyenda Negra “ha servido de arma para combatir a España y no pocas veces a la Iglesia”.

Rómulo Carbia ha asociado su erudita vocación a la investigación con una sincera adhesión conceptual de reconocida trayectoria. Ya en 1912, en una conferencia dictada en España, alertaba que lo que se había estudiado en América con relación a la ex metrópoli era una “historia apasionada y sembrada de insultos”.³⁸

En 1915 publicaba en Buenos Aires *La Revolución de mayo y la Iglesia* y en 1943 se editaba su importante obra *Historia de la Leyenda Negra hispanoamericana*; esta última dedicada por el autor

“a la España inmortal, católica y hacedora de pueblos, (de) un americano que tiene el doble orgullo de su condición de creyente y de su rancio abolengo español”.³⁹

Rómulo Carbia coincidía en varios aspectos con la historiografía española y latinoamericana del siglo XIX, al valorar la incidencia de las ideas exógenas. Más recientemente y desde otro enfoque, Alberto Filippi ha indicado también la fuerte influencia externa en la construcción de la imagen del pasado:

*“...la visión que de la historia de España y de Hispanoamérica han solido tener los otros países europeos, visión a menudo asumida por los latinoamericanos, que queriéndose despojar, a toda costa, de la supervivencia en ellos de la imagen española de América, acabaron en la paradoja de aceptar como una nueva imagen supuestamente ‘americana’, lo que era simplemente una vieja forzada visión europea antihispanoamericana”.*⁴⁰

De acuerdo, pero debe tenerse en cuenta que si en verdad la visión europea calaba en la conciencia de los americanos en general y de sus historiadores en particular, se debía quizá menos a una enajenación de la interpretación de su propio pasado y mucho más a sus reales intereses, según ellos los percibían, pues se trataba de crear nuevas nacionalidades en las ex colonias, luego de una prolongada guerra que en algunos escenarios había sido particularmente violenta.

Es notable como el juicio a la europeización se ha generalizado, al punto que el autor norteamericano E. Bradford Burns, cuyo discutible e interesante trabajo ya mencionado es fuertemente crítico sobre los historiadores latinoamericanos del siglo pasado, ha señalado enfáticamente esa característica y su contribución a la “dependencia de sus países”.⁴¹

En realidad, la interpretación del pasado colonial e independentista no podía ser otro más que el antiespañol, y no solo por reflejos de la llamada Leyenda Negra que desde la publicación de la obra de Las Casas parecía escamecer a España; tampoco porque una influencia unidireccional haya generado que esa opinión del mundo antiespañol fuera decisoria en el modo como los historiadores latinoamericanos interpretaron su pasado. Se trataba sí, de una imagen anticolonialista que a la vez que hacía un balance del pasado, proyectaba el porvenir de una nación independiente.

Lo antiespañol abría brecha para dar lugar, en reemplazo de lo español, a las nuevas nacionalidades que se sugerían naciendo junto con el movimiento de independencia, y así lo interpretó la historiografía nacionalista, aunque sea con

instrumentos de análisis europeos. De allí que el efecto “boomerang” que señala José Carlos Chiaramonte haya provocado una influencia pero en dirección contraria a la sugerida anteriormente, por lo menos en algunos temas en los cuales la historiografía latinoamericana se interesó más, tales como la interpretación sobre el origen de las respectivas nacionalidades, versión que fue recogida por historiadores de todo el mundo.

*“La fuerte influencia que la primer historiografía nacional de los países latinoamericanos ejerció desde mediados del siglo pasado sobre la cuestión de los orígenes de las nacionalidades, moldeó de tal manera el enfoque de la cuestión que se ha extendido a la historiografía latinoamericanista europea y norteamericana. El núcleo de esa influencia es el postulado de la existencia de una nacionalidad en cada uno de los países hispanoamericanos en el momento de la independencia. Y su expresión mas frecuente es la de leer cada alarde de sentimiento criollo -esto es español americano-, como una manifestación nacionalista. Es decir, no de un nacionalismo americano, sino de un nacionalismo mexicano, colombiano, argentino, u otro, según sean los casos. En suma, convertir las expresiones de identidad criolla en manifestaciones de nacionalismos locales”.*⁴²

Una interpretación alternativa a la predominante en el siglo XIX consideraba el proceso independentista como “emancipador”, innecesariamente “revolucionario”. Esta concepción, inicialmente poco difundida entre los latinoamericanos, sustentaba que “se justificaba la independencia pero no la revolución”, valoración del pensamiento conservador que no arraigó en la época, sino que tuvo mejor suerte posteriormente.⁴³

Es indudable que fue el pensamiento liberal el que elaboró un proyecto alternativo al del pasado en el marco de los principios republicanos que propició y constituyó el instrumento de ruptura más cabal, aunque los resultados indiquen que la versión ideal se haya alcanzado sólo en forma muy incompleta.

Prevalció inicialmente la versión antiespañola del liberalismo republicano que sustentaba conceptualmente el nacionalismo emergente, que se iría atenuando en la medida en que los Estados fueron afianzando la nacionalidad.

Para un Estado como el chileno, que entre 1830 y 1860 alcanzara un relativo grado de consolidación, la confrontación en el plano de las ideas se nutría cada vez menos en la visión antiespañola. La finalidad de fundar un proyecto nacional según cierto balance del pasado y perspectiva del futuro requería nuevos medios nacionalizadores que superaran los que ya se consideraban agotados, sentido en el cual actuaron orgánicamente brillantes intelectuales, como Andrés Bello y muchos de sus discípulos.

La polémica entre Andrés Bello y José Miguel Infante en 1835 acerca del reconocimiento por parte de España es un claro ejemplo de cómo se desarrolló la cuestión. Decía Bello en *El Araucano* nro. 132 de febrero de ese año:

*“El reconocimiento de nuestra independencia no será un favor de la España, pero será siempre un bien para la América, porque la paz es un bien, y porque ella extenderá nuestro comercio, poniéndonos en relación, sea con la España misma, sea con otras naciones que se abstienen de tratar con nosotros mientras carecemos de un título que, según ellas, es necesario para legitimar nuestra existencia política”.*⁴⁴

Desde *El Valdiviano Federal* nro. 91 del 1 de marzo le respondía Infante, el consecuente liberal que había adversado al Tratado de Lircay en correspondencia con su trayectoria en el proceso independentista:

*“...los pueblos de América, lejos de pedir el reconocimiento de la España, desean más bien rechazarlo, aún cuando se les ofrezca, porque está en sus intereses dejar correr al menos medio siglo sin relaciones con una nación que en tres siglos de dominación infundió las preocupaciones más onerosas, las que no hacía sino revivir y vigorizar; y últimamente que si es venido este tiempo se tratare de ese reconocimiento a la España, la que debe indemnizar a las nuevas repúblicas de las deudas que contrajeron para repeler la guerra más atroz, injusta y bárbara que han visto los siglos”*⁴⁵

Pese a los esfuerzos de Bello, el juicio adverso a España no se desvaneció tan rápidamente, por lo menos hasta finales de la década del 60', situación bastante precoz si se compara con otros países del continente.

Considerar la oposición liberal a España solamente como un sentimiento antiespañol europeizante, distorsiona el contenido de una lucha ideológica y anticolonial, aún reconociendo los excesos que dicha oposición ha elaborado como producto precisamente del carácter conflictivo de la misma.

Por otro lado, no debe olvidarse que mientras los historiadores latinoamericanos del siglo XIX analizaban el pasado, se había confrontado con España durante la Guerra de Independencia, se la había condenado unánimemente en la década del sesenta cuando atacó puertos chilenos y peruanos, participó en la invasión a México, recolonizó Santo Domingo y reprimió en Cuba los intentos separatistas de 1868-78. La política colonialista española en esta etapa no la eximía de responsabilidad, aunque haya sido tan precaria como lo demuestra los resultados en Asia y África, situación que alcanzó la imagen de verdadero desastre al finalizar el siglo XIX.

Sin embargo, la adversión hacia España se tornó menos significativa cuando la confrontación con la Iglesia pasó a primer plano en el proceso de consolidación del Estado. El juicio condenatorio a España, que había sido central como expresión anticolonialista, no desapareció pero quedó subordinado a la lucha contra la Iglesia que se consideró fundamental durante un corto tiempo. En efecto, también la confrontación con ésta fue desvaneciéndose en la medida en que se consolidaron los Estados, pues juntamente con el sistema educativo, la Iglesia constituyó un importante mecanismo de regulación social. El nuevo acuerdo entre Iglesia y Estado fue un mérito compartido, y en esto el Papa León XIII tuvo un protagonismo singular, notable en Europa y en América Latina entre fines del siglo pasado y comienzos del actual.

La historiografía abandonó las manifestaciones antiespañolas más beligerantes del liberalismo decimonónico, tomando caminos divergentes. Uno, desde una concepción hispanizante y clerical, cuyo aporte a la historiografía nacionalista llamada revisionista demuestra el contenido ideológico de la misma. El otro, desde una visión positivista o próxima a ella, pretendió una solución ecléctica, no sólo frente a esa cuestión sino también a otras discrepancias historiográficas.

Anteriormente, el esfuerzo llevado a cabo para disciplinar a las Corporaciones, en particular al Ejército y la Iglesia, provocaron enfrentamientos de distinta naturaleza, según cada realidad nacional. Si masones y positivistas jugaron en esta confrontación un importante rol en favor del Estado, también los historiadores de fines de siglo -que eran una o ambas cosas a la vez-, particularmente en aquellos

países donde la historiografía tuvo un desarrollo mayor y más rápidamente se afianzaba el Estado, tal como fue en Chile.

Temas controversiales fueron incorporándose en la medida en que se encontraban y salvaban los obstáculos para la relativa consolidación del Estado, entre los cuales la Iglesia no era el de menor magnitud en la segunda mitad del siglo pasado. Toda referencia histórica que sustentara la oposición al clero raramente estaba disociada de España, pero como se dijo, pasó a segundo plano y con ello el tradicional antihispanismo.

Así como Miguel Luis Amunátegui polemizaba airesamente con Crescente Errázuriz, autor de *Los orígenes de la iglesia chilena (1540-1603)* publicada en 1873 -uno de los pocos historiadores de prestigio que asumían la defensa de la Iglesia-, Diego Barros Arana publicaba dos trabajos sumamente controversiales, en medio del debate que se desarrollaba en el ámbito político chileno acerca de la tolerancia religiosa, la enseñanza laica y los cementerios estatales.⁴⁶

Ambos artículos abordaban el tema de la Iglesia y su vinculación estrecha con la Corona durante la Colonia y la Guerra de Independencia, dos períodos que ya habían sido juzgados por la historiografía chilena de manera condenatoria.

En el primero de ellos, *Riquezas de los antiguos jesuitas de Chile* publicado en 1872, trataba el caso chileno, pero hacía consideraciones de carácter general para el resto de América. Al referirse a las fuentes para su estudio, indicaba que por su origen, se podía llegar a conclusiones antagónicas, según fueran de uno u otro tipo:

a) “*las crónicas jesuíticas y los historiadores que las han seguido fiel y constantemente*” y

b) “*los pocos documentos de otro origen que nos quedan, los informes de los soldados en la conquista y de algunos letrados*”.(...)

“*Para nosotros, la verdad está a medio de estas dos apreciaciones extremas*”.⁴⁷

Más allá de los límites del pensamiento historiográfico de la época en cuanto al tratamiento de las fuentes y detrás de este aparente eclecticismo, Barros Arana condenaba a los jesuitas por una hipótesis contrafactual, al suponer que de no haber sido expulsados, hubiesen mantenido la lealtad con la Corona y adversado la lucha

por la independencia, anticipándose de esta manera al debate acerca de la participación de la Orden en el proceso independentista.

La visión liberal republicana de mediados del siglo pasado sustentó el mito del independentismo jesuítico, comprobable a su juicio por la proclama de Miranda precedida de la famosa *Carta a los Españoles Americanos* del Padre Vizcardo Guzmán, de la posición sustentada por el ex jesuita Juan José Godoy en Chile y en general por los numerosos escritos que los emigrados hicieron circular desde su destierro en Italia. Entre las primeras opiniones historiográficas puede mencionarse la de Rafael María Baralt, que los apoya cautelosamente en su *Resumen de la historia de Venezuela*, resaltando las virtudes más conocidas y reconociendo sus vicios más difundidos.

En tanto que Bartolomé Mitre, más próximo a la opinión de Barros Arana, consideraba a la organización de los jesuitas un “régimen autocrático” que “entrañaba la barbarie”, según afirmaba en su *Historia de Belgrano...*⁴⁶

Barros Arana hacía lo correcto al no dissociar la acción de la Iglesia y la Corona durante la Colonia y la Guerra, y considerar que ambos detentaban mecanismos de dominación, que en definitiva lo eran del Estado.

Al analizar el rol del clero durante la guerra de independencia en un trabajo que publicara en 1875, describe la represión a los patriotas por la acción combinada del ejército realista y el clero, sin olvidar que los Papas Pío VII y León XII se habían manifestado contra la Independencia, repitiendo conceptos que sus colegas Amunátegui y Vicuña Mackena venían sustentando desde varios años antes.

Barros Arana distinguía entre los sacerdotes patriotas- algunos considerados como verdaderos mártires- y los pertenecientes al clero realista, que globalmente los consideraba artífices del colonialismo español.

*“El fanatismo religioso de las poblaciones, sostenido y alimentado por un clero numeroso que creía vinculado su prestigio y su influencia al mantenimiento del régimen colonial, puso más obstáculo al triunfo de la revolución que todo el poder de Fernando VII”.*⁴⁹

El Vaticano condenaba a liberales, positivistas y masones, que como en la etapa anterior, los consideraba enemigos de la Iglesia y de la tradición española, tradición que veía peligrar incluso dentro de la propia España.⁵⁰

La mayoría de los historiadores latinoamericanos eran juzgados como enemigos de esas tradiciones, mayoría que se trataba compensar con la activa participación de los intelectuales más conspicuos de la jerarquía eclesiástica, tales como los Obispos de los Santos Tabora en Bolivia o Valentín Valdivieso en Chile, pero en general el perfil demo liberal predominó entre los intelectuales más connotados del siglo XIX, incluyendo por supuesto entre quienes se abocaron a la historiografía.

La controversia entre el Estado y la Iglesia en la segunda mitad del siglo heredaba en parte, sólo en parte, la confrontación que la primera historiografía había sostenido al interpretar el proceso de independencia de las colonias y aunque en ambos casos se recurrió a instrumentos ideológicos externos, tanto en uno como en otro se trataba de *traducciones* adaptadas a la realidad concreta.

*“Cuando los líderes criollos necesitaron la justificación teórica para su empresa (...) no hicieron más que acudir a lo que ya estaba hecho en Europa, se ajustara bien o mal a sus necesidades reales”.*⁵¹

Si esto es aplicable a la ideología, en el caso más específico de la historiografía mucho más, ya que no se trata solamente de una expresión ideológica sino que es un oficio o -la mayor de sus pretensiones- una ciencia y en uno u otro caso, requiere de ciertos métodos para lo cual el historiador debe estar adiestrado y que en Europa se conocían mejor.

Por otro lado, la influencia de la historiografía europea tenía sus matices, tales como algunos casos en que el influjo conceptual no iba acompañado necesariamente del metodológico ni de una correspondencia total entre percepciones europeas y latinoamericanas. Así por ejemplo, Henry Martin y Julio Michelet, dos historiadores asociados a la idea de un nacionalismo de raíz política engendrado en la admiración a la Revolución Francesa, tuvieron influjo sobre historiadores latinoamericanos que a la vez admiraban sin recelo las visiones posteriores más moderadas de Hipólito Taine y Foustel de Coulanges.

El caso de la autoridad de Taine sobre muchos historiadores latinoamericanos es comprobable en varios casos, aún cuando no participaran de la misma tradición historiográfica como ha demostrado Fernando Devoto al analizar el conocido debate entre Mitre y López. Ambos recurrían a Taine para fundamentar argumentos

opuestos, a la vez que tanto uno como el otro tenían escasa afinidad desde el punto de vista estrictamente historiográfico con el prestigioso historiador francés, que sí tendrían otros historiadores argentinos que como ellos, reflexionaban desde la perspectiva de la clase dominante.⁵²

Es que por muchas razones, Hipólito Taine encajaba perfectamente en esas reflexiones en varios países de América Latina, así sus historiadores fueran narrativistas o no. En 1893 Ernesto Quesada recordaba la polémica entre Mitre y López y luego citaba a Taine, de quien valoraba que aún desde su concepto filosófico, no dejara de basarse en “documentos originales”.⁵³

A comienzos de este siglo Baltazar Vallenilla Lanz, hermano de Laureano, comparaba en Caracas a la obra recién publicada de Gil Fortoul con la de Taine, conocida desde tiempo antes por la intelectualidad venezolana, así como por la del resto de América Latina.

En Chile, donde los historiadores estaban tan prontos en recibir las novedades europeas, se había conocido el primer volumen de *Los Orígenes de la Francia contemporánea* a pocos meses de haber sido editada en París en 1876, en un momento en que el debate por el laicismo venía ocupando la atención de la sociedad política y de sus intelectuales.

Efectivamente, la competencia entre el Estado chileno y la Iglesia tenía un alto nivel de conflictividad en ese momento, cuando la sociedad política estaba pugnando por el mayor grado de secularización, expresión de un pacto político cuya sustentación social excluía a la mayoría de los chilenos y dejaba en el olvido algunas tendencias que la Independencia había insinuado, Portales abortado y Bilbao apoyado, tres proyectos que en el último tercio de siglo se consideraba cosa del pasado y a los cuales se anteponía una alternativa viable que sintetizaba viejos y nuevos intereses en la misma estructura del Estado.

Una visión conservadora y laicista como la de Taine, tan acorde al liberalismo chileno de la época, no podía pasar desapercibida para una mente lúcida como la de Barros Arana y a poco de publicarse el primer tomo de *Los orígenes...*, difundía un comentario de la obra.

*“Es singular como el crítico ha encontrado en un asunto tan conocido y tan traqueado tantas observaciones originales y una luz nueva para dar a conocer la acción y la importancia de esos hombres sobre el tiempo en que vivieron”.*⁵⁴

El positivismo influyó atenuando el carácter condenatorio de la historiografía latinoamericana hacia las ex metrópolis y derivó, por distintos carriles, a un hispanismo de múltiples facetas.

Los historiadores del siglo pasado, tanto españoles como hispanoamericanos, habían reflejado en sus obras dos momentos. Uno, cuando el antihispanismo propio de los primeros historiadores de la Independencia -salvo raras excepciones como Groot o Alaman-, tuvo su antinomia historiográfica en autores españoles, tales como Mariano Torrente, o criollos partidarios del absolutismo, como José Domingo Díaz. El otro, a finales del siglo, cuando los latinoamericanos reconocían que la generación de historiadores que les había precedido había exagerado el carácter acusatorio de la historia de España en América y como contrapartida, los historiadores españoles- sin dejar de defender la acción de España durante la Colonia- reconocían "algunos errores", sin asumir una actitud de enfrentamiento sino de fraternal comprensión con los hispanoamericanos.

Esta interpretación "oficial" se plasmó entre la última década del siglo pasado y la primera del presente, más precisamente entre los preparativos del Cuarto Centenario del Descubrimiento y el Centenario de la Independencia. En 1900, cuando el Poder Ejecutivo Argentino decretaba la supresión en los actos públicos de los versos y estrofas del Himno Nacional que se consideraban ofensivos a la Madre Patria, ya no existían colonias españolas en América y la Generación del 98 transmitía otra imagen de España. Esta imagen mostraba que no solo existía una España monástica y monárquica, sino que había otra que los hispanófilos solían no tener en cuenta y que sin embargo, era la que muchos americanos sentían más afín. El siglo XX lo demostraría durante la Guerra Civil.

En general, desde fines del siglo XIX, se desarrolla con un vigor desconocido hasta entonces una corriente bifronte de reinterpretación del pasado, que modeló parte de su sustentación historiográfica en una revisión de la valoración de algunos temas. Esto era lo que tenía en común, pero las interpretaciones "revisadas" seguían siendo contradictorias.

Por un lado, se desarrolló una posición hispanizante que había tenido escaso peso hasta entonces y que tendía a contrarrestar los juicios negativos que el liberalismo había sustentado hacia España luego de la Independencia. En el período de entreguerras, esta corriente, cuyos aportes han sido puestos en duda por importantes historiadores de la actualidad como Carlos Rama y Tulio Halperin

Donghi, tuvo un relativo y transitorio desarrollo, notoriamente atenuado desde de la década del setenta.⁵⁵

Por el otro, la historiografía positivista, con una interpretación que atenuó la beligerancia en algunos temas, comenzó a considerar como cosa del pasado -y aún de cierta falta de madurez de la disciplina-, las controversias del siglo XIX, entre otras, las referidas a la manera como se juzgó a España, tendencia acentuada posteriormente y que acortó la distancia que la separaba de la anterior, aunque por lo general no llegó a compartir los mismos fundamentos nacionalistas.

José Gil Fortoul, cuyo primer tomo de la *Historia Constitucional de Venezuela* se publicó en 1907, apenas si esbozaba esa nueva tendencia, mucho más acentuada en el autor hacia 1930 cuando lo dice explícitamente en el Prefacio de la segunda edición:

*“... Por largos años hubo aquí dos escuelas sobre la manera de historiar el régimen colonial, las guerras de Independencia y los primeros períodos de la República. Para la una escuela, a España se le debe toda la “civilización” de las Indias Occidentales: ella no encontró sino “bárbaros”, y sometiéndolos en unas partes o aniquilándolos en otras, implantó un régimen más avanzado, en el sentido europeo, del cual deriva todo lo bueno que se pudiera hallar en las nuevas Repúblicas. Para la otra escuela, el coloniaje fue solamente dominación sin freno, despotismo ilimitado, oscura tiranía. Exageración y exclusivismo explicables a raíz de la emancipación, incomprensibles ahora después de más de un siglo”.*⁵⁶

El positivismo mexicano hizo a su vez lo suyo. En *México a través de los siglos*, obra que organizó Vicente Palacio Riva y que al publicarse en 1889 podía considerarse una obra cumbre, el pasado prehispánico y el colonial se analizaron como parte de un proceso cuya evolución culminaba con el porfiriato, dando por superado los supuestos controversiales de la historiografía anterior que enfrentaba a liberales y conservadores desde las primeras décadas de vida independiente.

En Colombia también había dos interpretaciones encontradas del pasado. La primera, basada en la obra de José Manuel Restrepo, consideraba el período de la independencia desde un enfoque liberal; la segunda, fundada en la obra de Jose

Manuel Groot, *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada* (1869) en 5 volúmenes, en la cual se valoraba la acción cristianizadora y civilizadora de la Colonia. Esta confrontación quedó saldada eclécticamente por la historia oficial a comienzos de este siglo que rescató del pasado los paradigmas para las nuevas generaciones, dejando a un lado controversias que dificultaran la enseñanza de la "historia patria". En esta tarea la Academia Colombiana de Historia, fundada en 1902, tuvo un rol significativo. En efecto, con motivo de conmemorarse el Centenario se llamó a un concurso abierto en 1910, resultando ganadora la *Historia de Colombia*, de José María Henao y Gerardo Arrubla, luego texto oficial para la enseñanza de la historia y síntesis superadora del viejo conflicto.⁵⁷

Casos similares se verifican en otros países del Continente: así como Francisco Bauzá rescataba valores de la colonia en su *Historia de la dominación española en el Uruguay*, publicada en 1880-82; en Perú, Javier Prado interpretaba con un nuevo enfoque la imagen del pasado, en su discurso *El estado social del Perú durante la dominación española*, pronunciado en 1894.

Bartolomé Mitre y Diego Barros Arana, dos de los historiadores de mayor prestigio del siglo XIX latinoamericano y cuya amistad y afinidad conceptual está totalmente comprobada, en el contexto controversial pudieron ser calificados como antihispanistas, pero en el marco del razonamiento seguido hasta ahora debemos considerarlos en la línea conciliatoria mencionada, aún para el caso del segundo, cuyo acentuado anticlericalismo estuvo muy asociado a la lucha entre la Iglesia y el Estado en Chile, además de su convencido catolicismo del cual no abjuró ni siquiera cuando percibía el fin de su vida en 1907.⁵⁸

Contra ambos apuntó la crítica de sesgo católico, tales como la llamada historiografía revisionista que utilizó un lenguaje ambiguo al momento de juzgarlos desde una perspectiva que Halperin Donghi llamó "decadentista", sin distinguir claramente las dos tendencias del liberalismo que se iban diferenciando paulatinamente en todo el continente; dando lugar en varios casos al surgimiento de partidos *Radicales* por un lado, y *Liberales-Conservadores* y/o *Conservadores-Liberales* por el otro.

En Chile, mientras que el antihispanismo de Lastarria o de Bilbao sustentaba formulaciones que orientaban las expectativas del radicalismo, los intelectuales e historiadores del sistema social y político que se consolidaba iban conformando una imagen más adecuada, particularmente Barros Arana, que en una época tan

temprana como en la década del sesenta, reflexionaba así sobre la acción de España en América:

*“Las declamaciones y quejas de la época de la revolución de nuestra independencia han arraigado en el espíritu de los americanos preocupaciones erróneas acerca del sistema colonial de los españoles. Se ha dicho y repetido hasta el cansancio que los conquistadores buscaban sólo el oro y las perlas; y que hallada la fortuna, no pensaban más que en volver a su patria. Muy al contrario de esto, los españoles fueron colonizadores tan afanosos como heroicos conquistadores. Trajeron a la América cuanto tenían en España, sus tribunales, sus cabildos, sus Universidades, su religión, sus libros y hasta sus preocupaciones. Estudiad la historia íntima de las colonias y veréis al gobierno cuidando de la construcción de un molino, empeñándose en el cultivo de una semilla europea, reglamentando la crianza de ganados para fomentar el desarrollo de las razas importadas, dictando ordenanzas de policía, no sólo para el aseo de las ciudades sino también para los trabajos de la agricultura o de la minería. La España nos dio cuanto tenía: el mal no estaba donde se ha creído hallar, esto es, en que la metrópoli nos miraba en menos. Consistió, sí, en los errores económicos y políticos que al cabo de tres siglos llevaron a la misma madre patria a una postración casi completa. Las colonias no conocieron la libertad de comercio, porque la España misma no lo aceptaba en toda su extensión, no conocía siquiera ese principio civilizador. La centralización administrativa amarró los brazos de los americanos, extinguió todo impulso individual y social; pero esa centralización existía también en la metrópoli, donde produjo idénticos resultados. Así ha sido que a la época de nuestra independencia nos hemos hallado débiles y vacilantes, sin fuerzas para marchar por nosotros mismos, esperándolo todo de los gobiernos. ¿No ha sucedido una cosa semejante en España al inaugurarse el régimen constitucional?”*⁵⁹

Es obvio que Barros Arana no censuraba a España sino al régimen, pese a lo cual Francisco Encina lo definía junto los demás historiadores chilenos de la segunda mitad de siglo, como liberales antiespañoles, sin mayores distinciones. A

Barros Arana, en distintos lugares, lo caracterizó como “aristócrata conservador” o como “liberal”, pero siempre como anticlerical y antiespañol. Para este autor, también Lastarria, Vicuña Mackena y Amunátegui

*“... creían que su presente, las ideas, las creencias y las instituciones de la mística liberal que profesaban, era algo definitivo, una cumbre a la cual la humanidad había llegado después de áspera repechada, y lo erigieron en medida del pasado y en cárcel del futuro. Su empeño no era captar el pasado, sino juzgarlo, como el juez al reo. A los cuatro les animaba un violento odio a España”.*⁶⁰

Por supuesto que este juicio así como otros que ha sustentado el polémico historiador chileno ha dividido aguas, pero en este caso parece que sus detractores, a diferencia de lo que sucede con Barros Arana, superan en número a sus seguidores.

La vida y obra de Diego Barros Arana ha sido estudiada desde antes de su muerte, siendo cuantiosa la bibliografía al respecto, tanto la que lo elogia y que es ostensiblemente mayoritaria, como la que lo condena y que puede llegar a desorientar al lector más avisado, ya que para algunos es conservador y para otros un liberal impío y antihispanista.

Ni lo uno, ni lo otro. Su pertenencia al Partido Liberal chileno no era óbice para acordar con el historiador conservador mexicano Lucas Alamán, al que consideraba la mayor autoridad historiográfica de su país.

Como a otros historiadores latinoamericanos de su época le tocó participar de un balance que desde una perspectiva signada por la clase dominante consolidaba la conciencia social con imágenes del pasado, integrando de manera activa el núcleo que fue artífice en la modelación y realización del proyecto nacional.

Con esta última generación de historiadores del siglo pasado comienza en algunos países a perfilarse nuevas orientaciones historiográficas, a veces sin discontinuidades ya que ciertas filiaciones tienen mayor permanencia de la que los mismos contemporáneos advertían en los inicios del siglo actual.

En países como México, Colombia, Argentina, Chile, Perú, Venezuela, juntamente con las conmemoraciones del Centenario, surgieron corrientes o escuelas de historia que se consideraron nuevas, cuyo desarrollo fue bastante notable durante el período de entreguerras, particularmente en la Argentina.⁶¹

La indagación del pasado

La vinculación de las nuevas escuelas historiográficas con la historiografía del siglo pasado que se llamó “tradicional” siguió siendo estrecha, aún cuando algunos autores consideraron a sus obras como una nueva interpretación del pasado. Tal es el caso de José Gil Fortoul con relación a Rafael María Baralt en Venezuela, de Francisco Encina con Diego Barros Arana en Chile o de Capistrano de Abreu con Francisco Adolfo de Varnhagen en Brasil. Pero a su vez, en su momento los primeros también se habían considerado parte de una generación superadora, creadores de una historiografía de nuevo cuño. En efecto, Baralt criticaba a sus antecesores que se dedicaban “enteramente a la narración de sitios y batallas”; Barros Arana recordaba por su parte que los nuevos métodos de la historia han “destruido un gran número de invenciones poéticas” y Varnhagen se disponía “a combatir ciertas creencias e ilusiones que nos habíamos acostumbrado a respetar”.

La interpretación del pasado de la historiografía del siglo XIX siguió pesando en buena parte del actual, pues a aquellos historiadores les había tocado elaborar la historia de los Estados nacionales siendo testigos, colaboradores o protagonistas del proceso que narraban. Otros tenían información directa a través de afortunadas entrevistas con los personajes históricos que ellos mismos definían como tales. Mitre debió considerarse afortunado cuando Sarmiento facilitó la llegada del General Páez a Buenos Aires, donde con algunas ausencias temporarias, permaneció entre 1868 y 1871. Se trataba del último de los próceres de mayor jerarquía que sobrevivían en la época.

A los historiadores del siglo pasado les tocó además, fundar la disciplina, tarea que les demandó la totalidad del siglo, compilando información, creando ámbitos específicos, definiendo métodos de investigación, publicando y discutiendo críticamente obras históricas, tal como se hacía en Europa y en Estados Unidos con algunas décadas de ventaja y con resultados por lo general incomparables.

En Europa, bajo el impulso de las interpretaciones más totalizantes que la Ilustración había aportado y el interés por las fuentes a que indujo el romanticismo, se realizaron importantes recopilaciones documentales. En España, donde la tradición archivística era muy antigua, se inició a través de la Academia, una compilación de gran aliento organizada por Fernández de Navarrete, quien publicó entre 1825 y 1837 la primera colección sistemática de documentos referidos al

período colonial. En Estados Unidos esta labor heurística se inició en la tercera década del siglo pasado, con las compilaciones de Jonathan Elliot, Jared Sparks y Peter Force.

También en América Latina se confeccionaron colecciones de esa naturaleza desde mediados del siglo, pero aún a comienzos del actual eran relativamente insuficientes y no todas guardaban la necesaria rigurosidad del método. Entre todas se destacan las publicadas por Pedro de Angelis (Argentina, 1835-38); Juan Manuel Pereira da Silva (Brasil, 1847); Andrés Lamas (Uruguay, 1849); Juan Pablo Urzúa (Chile, 1861); Joaquín García Icazbaleta, (México, 1870); Aristides Rojas (Venezuela, 1878). Sin duda que el mayor compilador de fuentes de todo tipo y poseedor de una de las bibliotecas particulares más completas de historia americana fue el prestigioso historiador chileno José Toribio Medina, cuya obra ha sido considerada entre las más importantes de las tres primeras décadas del siglo actual.

Las compilaciones documentales debían facilitar la creación de nuevos conocimientos y corregir los existentes. El ejemplo europeo y norteamericano era conocido por los historiadores más informados y aún por quienes no lo eran estrictamente, pero que aportaron al conocimiento histórico.

La premisa *sin documentos no hay historia* se difundía rápidamente en los círculos especializados de América Latina. No es casual que a mediados del siglo pasado fueran precisamente Brasil y Chile los países que tenían un mayor desarrollo historiográfico, donde historiadores e instituciones difundían esta premisa organizando archivos, compilando documentos, fundando bibliotecas, adiestrando investigadores, realizando investigaciones, como Francisco Adolfo de Varnhagen y el Instituto Histórico y Geográfico del Brasil, en el primero; Diego Barros Arana y la Universidad de Chile, en el segundo.

Varnhagen era hijo de un oficial alemán bajo órdenes brasileñas. Parcialmente educado en Lisboa, tuvo una importante dosis de formación autodidacta e inició su carrera de investigador con una gran predilección por los trabajos documentales, consultando fuentes en archivos europeos, tales como en Alemania, Portugal, España, Holanda y Brasil. En esas fuentes se basó para realizar trabajos formalmente polémicos tales como la ubicación de la isla Guanahani o la controversial defensa de Américo Vespucio. Su *Historia General del Brasil*, editada en dos volúmenes en 1854-1857 es la primera obra significativa de esa naturaleza. Las obras de

Varnhagen tuvieron una gran difusión en América y en Europa, publicándose en portugués, alemán, francés, español e italiano.

Barros Arana, que había sido educado en Santiago de donde era originario, era hijo de un comerciante chileno conservador partidario de Diego Portales y de una argentina emparentada con un funcionario de Rosas. Su conservadurismo juvenil cambió rápidamente hacia un liberalismo cuya sustentación, luego marcadamente positivista, lo convirtió en un convencido ateo. Sus visitas a archivos y bibliotecas latinoamericanas y europeas, fundamentalmente esas últimas realizadas en dos oportunidades (1859 y 1879), coadyuvaron a su formación, además de haber obtenido información para sus investigaciones. En el segundo de los viajes asistió a numerosas conferencias y cursos dictados por los más conocidos especialistas de la época, entre ellos Fustel de Coulanges, cuya obra lo había impresionado algunos años antes.

*“Por un gran esfuerzo de trabajar y de talento M. Fustel de Coulanges ha sabido transportarse a los tiempos cuya historia narra y penetrarse de su espíritu, estudiando pacientemente las instituciones del pasado en los documentos de cada siglo, y sin dejarse arrastrar al error tratando de explicarse esas instituciones por su comparación con las presentes. De esta manera ha logrado demostrar que hay de continuo y de diverso, porque las instituciones duran a pesar del empeño que se pone en reformarlas; y diversa, porque los acontecimientos que se producen las modifican gradualmente”.*⁶²

Mitre, Varnhagen y Barros Arana, prominentes historiadores, conocían la importancia de las fuentes documentales y de disciplinas como la arqueología, la numismática, la filología, la diplomática; temas que desarrollaron en algunos trabajos. Barros Arana los difundió en diversos artículos, pero al igual que sus colegas, predominó una predilección manifiesta por las fuentes documentales, cuya compilación él mismo realizara. Conocía los criterios en boga para la confección de compilaciones de fuentes e incluso aconsejaba cómo hacerlas, siguiendo el ejemplo de españoles, franceses y norteamericanos, tema que como en la investigación histórica, se desenvolvía con mayor solvencia que en los geográficos, lingüísticos o antropológicos que ocasionalmente incursionó.

*“Una colección de esta naturaleza debiera contraerse principalmente a la publicación de documentos bien clasificados y ordenados, como se ha hecho en Europa y los Estados Unidos con colecciones análogas. En ella debieran insertarse los historiadores primitivos que forman autoridad de documentos, con introducciones biográficas, destinadas no sólo a dar a conocer la vida del autor sino también a explicar el valor relativo de los escritos. No se necesita, por cierto, escribir muchas páginas para hacer esto, las noticias concisas, formadas sin pretensiones literarias son las mejores. Es necesario, además, acompañar los textos de notas explicativas o de simple referencia para facilitar a los lectores los trabajos de investigación”.*⁶³

Pero por lo general, muchas compilaciones fueron realizadas sin seguir los métodos adecuados y al finalizar el siglo los resultados eran poco auspiciosos, aunque en algunos países se alcanzara un éxito relativamente mayor.

La historiografía latinoamericana tenía, como ya se dijo, un desarrollo muy desigual y el nivel alcanzado por México, Brasil y Chile era poco frecuente en los demás países latinoamericanos, excepto quizá en ambas márgenes del Río de la Plata donde Domínguez, López, Berra, Lamas, Bauzá y fundamentalmente Mitre, anunciaban una historiografía en crecimiento. Lo predominante fue un escaso desarrollo que era perceptible en los primeros años del siglo actual, según lo atestiguan historiadores de la época y los esfuerzos superadores hechos en varios países por las Academias de la Historia, las universidades y otras instituciones. El problema no residía solamente en la falta de compilaciones, sino en la calidad de las existentes, como lo ha hecho notar Alberto Filippi.

*“...los trabajos de recopilación documental, especialmente los del siglo pasado y de comienzos de éste, adolecen (...) de una insuficiente penetración crítica, no sólo respecto a las fuentes sino también acerca de la misma génesis, elaboración o constitución de los textos o de los documentos y, particularmente, sobre los usos a los que posteriormente se sometió a las mismas fuentes, como consecuencia de las inevitables manipulaciones, (...) diatribas o polémicas que originó la independencia, y que han obstaculizado (...) la reflexión sobre la historia hispanoamericana”.*⁶⁴

Es verdad que estas compilaciones en general fueron muy deficientes en la mayor parte de América Latina durante el período analizado, pero justo es decirlo, jugaron un rol significativo en la formación de la historiografía.

Aún con recursos deficientes los historiadores del siglo pasado dieron un gran impulso a la disciplina y a la vez, muchos de ellos asumieron un protagonismo significativo en la modelación de la sociedad latinoamericana y en la propia estructura de poder. Conjuntamente con la restante intelectualidad, cuyo liberalismo oscilaba desde las expresiones más radicales de Francisco Bilbao a las extremadamente moderadas de Bartolomé Mitre, tuvieron la doble responsabilidad de ser actores y a la vez coadyuvar desde la disciplina a la consolidación del Estado y de la Nación, tarea en la cual también la Masonería tuvo un papel destacado y a la cual pertenecían no pocos de ellos.⁶⁵

En su mayoría, los historiadores del siglo XIX fueron funcionarios estatales, miembros del clero, del ejército y en numerosos casos pertenecían a familias cuyo nivel de ingresos era sensiblemente elevado.

La casi totalidad de los historiadores fueron varones, ya que las pocas escritoras del siglo pasado se dedicaron a otros géneros de la literatura, aunque alguna haya sido incluida, como Juana Manuela Gorriti, la escritora salteña que cultivó la novela histórica y la poesía.

Ni la ubicación social ni el alto índice de masculinidad debe sorprender, ni siquiera si se lo compara con otras actividades de la cultura donde la tendencia era menos acentuada en ambos casos, aunque la postergación, tanto social como de género, explica en parte esa situación. En la época, la tarea del historiador estaba asociada a la actividad propia de la sociedad política y ésta, como se sabe, estaba integrada en su mayor parte por los varones de la clase dominante.

Mediante el método prosopográfico en base a 63 biografías de autores latinoamericanos que solo incluía una mujer (la mencionada Juana Manuela Gorriti), el investigador Bradford Burns había llegado hace unos años a conclusiones tales como: que los historiadores latinoamericanos del siglo pasado pertenecían a clases acomodadas; que en su mayor parte viajaban por el exterior de sus países respectivos; que conocían otros idiomas como el francés, el inglés el alemán, el latín, el griego; que estaban íntimamente vinculados al poder político; que interpretaron el pasado de acuerdo a esos perfiles; que ignoraron el rol de las masas en la historia; que eran mayoritariamente varones.⁶⁶

De acuerdo, de todos modos -salvo detalles-, no fue una característica exclusiva de los historiadores latinoamericanos ni demasiado diferente a algún momento de la historiografía europea y norteamericana que transitó por etapas similares antes de su profesionalización. Aunque con bastante anterioridad, también allí el proceso de consolidación de la disciplina fue un lento proceso hasta alcanzar finalmente cierto grado de profesionalización y de encuadre institucional, incluyendo el nivel universitario.

En América Latina durante gran parte del siglo XIX la historia fue poco considerada como disciplina en las universidades, pero algunas de ellas le dieron un gran impulso en investigación y docencia, tales como la Universidad de Cauca en Colombia o la de Chile, esta última la más notable entre todas ya que desde su fundación bajo el rectorado de Andrés Bello (1843) impulsó la investigación histórica y publicó numerosos trabajos. El sistema educativo en general estaba bastante desarrollado con relación al resto de América Latina, muy notable en el nivel medio y universitario, y en cuanto al desarrollo de la disciplina, la creación y transferencia de los conocimientos alcanzaba a todos los niveles de la educación.

En cuanto a la Universidad argentina -al igual que en la mayoría de América Latina-, su aporte a la historiografía fue más tardía que la chilena, siendo en general un hecho del siglo XX, destacándose desde las primeras décadas el Instituto Emilio Ravignani de la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional del La Plata.

En el siglo XIX el espacio institucional de la historiografía comenzó a ser cubierto por Institutos y Academias que se fueron organizando con mayor o menor apoyo estatal, tales como el Instituto Histórico y Geográfico de Brasil (1838), su homónimo uruguayo que creara Andrés Lamas (1843), la Sociedad Geográfica e Histórica de Sucre (1878), así como otras instituciones menos perdurables que desaparecieron en medio de los conflictos y guerras civiles, como el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata que fundara Bartolomé Mitre en 1854 y que la Academia considera como su antecedente más lejano.⁶⁷

En 1888 se creó en Venezuela la Academia Nacional de la Historia y en 1902 la de Colombia. En nuestro país, con el precedente del Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata que funcionó entre 1854 y 1860, se había organizado en 1893 la Junta de Numismática, luego en 1896 como Junta de Historia y Numismática Americana, que en 1938 tomó la designación actual.

Durante la segunda mitad del siglo pasado estas instituciones jugaron un

relevante rol heurístico; algunas además fueron severos fiscales de la historiografía oficial nacional y en su mayoría se propusieron un acercamiento entre instituciones americanas designando miembros correspondientes de manera recíproca y propendiendo al intercambio entre ellas, incluida la Asociación Americana de Historia de los Estados Unidos, creada en 1884. En general, jugaron un papel coadyuvante para la conformación de la historiografía latinoamericana, tanto porque impulsaron su desarrollo en los respectivos países, como porque crearon mejores condiciones para el abordaje de la historia americana como totalidad.

Sin embargo, no se avanzó con ninguna propuesta que permitiera la elaboración conjunta de una Historia de América, hecho que recién se planteó en 1922 en el I Congreso Internacional de Historia de América que por iniciativa del Instituto Histórico y Geográfico de Brasil se realizó en Río de Janeiro. El historiador brasileño Alfonso Celso propuso un proyecto para la realización conjunta de una Historia de América, pero al reunirse el II Congreso en Buenos Aires, quince años después, la tarea no se había iniciado. Le cupo a la Academia Nacional de la Historia organizar la Historia de América, bajo la dirección de Ricardo Levene que entre 1940 y 1942 publicó la monumental obra colectiva en 14 tomos.⁶⁸

Estos y otros factores deben haber pesado en la opinión del historiador norteamericano William Spence Robertson que en 1945 juzgaba así la situación historiográfica sudamericana:

“...la dirección de la investigación y los escritos en el terreno histórico en América del Sur, ha pasado del Brasil y Chile a la Argentina”.⁶⁹

Es necesario aclarar que en el norte, la historiografía mexicana no solo mantuvo una relevante presencia sino que continuó destacándose crecientemente, heredera de una tradición muy notable durante el siglo XIX, cuando se fueron definiendo con mayor precisión los paradigmas propios de la disciplina y la tendencia hacia la profesionalidad comenzaba a perfilarse en los países de mayor desarrollo historiográfico.

Pese a los diferentes criterios sobre la profesionalización de la historia, las opiniones más frecuentes la consideran establecida durante el siglo XIX, primero en Europa y algo más tarde en Estados Unidos.⁷⁰

Si en este aspecto el efecto de rezago es notorio en América Latina, no lo es

menos en otros tan específicos como los que se refieren a la manera de hacer historia y a las formas que el discurso histórico debía asumir, cuestiones que se plantearon de diversas maneras, una de las cuales es bastante conocida y se refiere a la polémica entre “narrativistas” y “filosofantes”.

Historia narrativa versus historia “filosófica”

Es sabido que la profesionalidad consolidó en los historiadores la convicción de que la historia es una ciencia y aunque distinta a otras, requiere rigurosidad para alcanzar el verdadero conocimiento. En América Latina esta convicción se desarrolló con anterioridad a la profesionalización propiamente dicha de la historia, cualquiera sea el criterio que se tenga sobre ésta. En efecto, la llegada de extranjeros, los viajes al exterior y la circulación de libros fueron favorecidos por la mejora de los transportes y la integración al mercado mundial, poniendo al alcance de los historiadores latinoamericanos el soporte teórico-metodológico en boga cuyo origen era fundamentalmente europeo y a la vez favoreció el intercambio entre ellos mismos.

Aunque más lentamente que en Europa, junto con la labor heurística y otros indicadores del avance de la disciplina, se fue definiendo el contorno de la historiografía, incluyendo aspectos metodológicos tales como el que se debatía entre historiadores narrativistas y especulativos.

En Europa, la “tradición filosófica” y la “historia narrativa” habían generado posiciones contrapuestas algunas décadas antes que la discusión llegara a América Latina. La influencia directa o indirecta de Leopoldo von Ranke es perceptible. Quizá en forma directa en casos como Francisco Adolfo de Varnhagen y en general en la historiografía brasileña de mediados de siglo, pero también por intermediación de autores de otras nacionalidades europeas, pues las novedades culturales llegaban por lo general a través de Francia. Es sabido, por ejemplo, que Giambattista Vico, que había escrito *La Ciencia Nueva* en la primera mitad del siglo XVIII, fue conocido en América Latina por la traducción y adaptación que hiciera Jules Michelet en 1836, quien además denotaba una sensible influencia del alemán Johann G. Herder y como Agustín Thierry, era un connotado narrativista. Todos tuvieron alguna influencia en la historiografía latinoamericana, al igual que otros franceses como Guizot en el Río de la Plata, independientemente de su mayor o menor inclinación al método

narrativo. Un discípulo de Thierry, Henry Martin, autor de una *Historia de Francia*, fue considerado un modelo por Barros Arana, en particular para la redacción de su obra monumental *Historia General de Chile*, escrita entre 1881 y 1899 y publicada en 1884-1902.

El debate ocupó la segunda mitad del siglo pasado y si bien el mismo no se agotó entonces, su auge perduró cuatro décadas, entre 1843 cuando Andrés Bello expuso algunas ideas acerca de la historia en el acto inaugural de la Universidad de Chile y 1882, cuando culminaba la famosa polémica López-Mitre en la Argentina.

En ambos casos, la polémica alineó a los partidarios respectivos, más allá de sus nacionalidades. Exponentes de ambas corrientes en Chile, Argentina y Uruguay así lo demuestran. Mientras que José Victorino Lastarria, Vicente Fidel López y Francisco Berra adscribían al método llamado filosofante; Diego Barros Arana, Bartolomé Mitre y Andrés Lamas optaban por el narrativista.

Andrés Bello, que salvo aislados escritos no dedicó su labor a la investigación histórica, tuvo una influencia muy significativa en el debate, pues su autoridad intelectual se imponía pese a que sus seguidores podían cuestionarle sus ideas políticas, contrarrestadas por otros rasgos más positivos que caracterizan su imponente personalidad literaria y su tolerante gestión como Rector de la Universidad de Chile, donde se incorporaban muchos exiliados talentosos de América y Europa.

Su concepción acerca de la Historia había quedado claramente expuesta en el *Discurso inaugural de la Universidad de Chile* que pronunciara el 17 de setiembre de 1843:

“... Yo miro, señores a Herder como uno de los escritores que han servido más útilmente a la humanidad: él ha dado toda su dignidad a la historia, desenvolviendo en ella los designios de la Providencia y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos; no se puede apreciar su doctrina, sino por medio de previos estudios históricos. Sustituir a ellos deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los

grandes pueblos y de los grandes hombres; sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas, que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos; sería quitar a la experiencia del género humano el saludable poderío de sus avisos, en la edad, cabalmente, que es más susceptible de impresiones durables; sería quitar al poeta una inagotable mina de imágenes y de colores. Y lo que digo de la historia me parece que debemos aplicarlo a todos los otros ramos del saber." ⁷¹

La opinión de Andrés Bello inclinó la balanza hacia el narrativismo desde la instalación del tema en 1844, cuando José V. Lastarria presentó la Memoria que los Estatutos de la Universidad establecían para el acto solemne anual y para lo cual había sido designado por su Rector Andrés Bello. Lastarria presentó, *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, cuyo contenido liberal y antihispánico había desarrollado de manera "filosofante". El mismo año, Claudio Gay publicaba su obra, comentada por Bello en dos artículos publicados en *El Araucano* en 1844 y 1845, en los cuales hacía referencias sobre el método, aunque aparentemente sin ánimo de debate. En realidad, fue en 1847 cuando éste se desarrolló con total franqueza, al detonar la polémica entre Jacinto Chacón -prologuista de una nueva Memoria de Lastarria- y Andrés Bello, ahora sí con una vehemente predisposición para la contienda.

La fuerte alineación de Andrés Bello y Claudio Gay con el método narrativo definió la polémica. Paradójicamente, ninguno de los dos era historiador en sentido estricto, por lo menos con relación a mejores dotes demostradas en otras especialidades, pero modelaron la matriz de la nueva historiografía chilena, cuyos representantes más conspicuos fueron, Amunátegui, Vicuña Mackena y Barros Arana, este último el más notable entre todos.⁷²

El debate, aunque apasionado, estaba mucho más cerca de un contenido meramente metodológico que conceptual. Como muchas otras confrontaciones desarrolladas en el seno de la clase dominante, predominó siempre la tendencia al acuerdo. Como las diferencias entre liberales y conservadores, cada vez menos significativas, así también sucedió con esta polémica. "Tanto pelear para terminar conversando", diría el historiador Miguel Izard.

El historiador uruguayo Juan Antonio Oddone lo ha verificado para el caso rioplatense, donde se exploró el pasado con la finalidad de hallar imágenes positivas

para afianzar la nacionalidad, objetivo que compartían quienes adherían a uno u otro método.

“Las diferencias, que en su hora se agitaron en polémicas memorables, no radican en los fines sino en los medios (...) Todos hicieron filosofía de la historia; la diferencia es que algunos terminaron en conclusiones filosóficas mientras que otros empezaron a elaborar historia con conclusiones filosóficas que sólo fueron robusteciendo sus tesis”⁷³

En el ambiente intelectual chileno de mediados de siglo, los conflictos ideológicos en el seno de la clase dominante trasuntaban el apaciguamiento propio de quienes habían logrado un pacto político duradero, pese a los ajustes que luego impusieron quienes provocaron la caída de José Manuel Balmaceda, reproduciendo la imagen de una sociedad pluralista que ensamblaba lo nuevo con lo viejo sin desplazamientos drásticos, sino con vocación integradora.⁷⁴

En ese medio se desarrolló Barros Arana y al igual que la sociedad política chilena, pasó de una concepción conservadora y religiosa a otra de matriz liberal, recibiendo influencias de distintas vertientes, matizadas al momento de hacerlas suyas. Luis Antonio Vendel-Heyl, un saintsimoniano y narrativista residente en Chile desde 1841, Profesor de la Universidad desde su creación hasta su muerte en 1855 cuando fue reemplazado por Barros Arana, ejerció alguna influencia en ese sentido, incluyendo el problema historiográfico en discusión.

Barros Arana asumió la defensa del método y lo difundió desde la investigación, la docencia y la polémica.

1.- *Desde la investigación*, lo indica sobradamente en numerosas publicaciones y expresamente en el Prólogo de su obra monumental *Historia general de Chile*. 16 vol. Ed Rafael Jover Santiago, 1884, tal como también lo había sostenido en la primera obra importante de juventud, a los 23 años. En la *Historia General de la Independencia de Chile*, publicada en 1854-1858, advertía que utilizaba el “sistema narrativo” por ser el más adecuado y porque no era el tiempo de juzgar a los hombres de la Independencia.

“Simples narradores, los cronistas de la presente generación, debemos

recopilar todas las noticias posibles que ilustren a los historiadores futuros para que puedan dar su fallo con acierto”... “75

Años más tarde, con espíritu de maestro, se dirigía a los jóvenes investigadores aconsejándoles a ser críticos y cuidadosos en detectar errores en las fuentes bibliográficas, aun de las crónicas de los contemporáneos pues, aún en esos casos “son preferibles los documentos”.⁷⁶

Creía que el llamado “método crítico” estaba en la base misma de la cientificidad de la historia,

“En su deseo de descubrir la verdad, y de despegarla de todo incidente falso o mal confrontado, la crítica histórica ha destruído un gran número de invenciones poéticas que engalanaban las páginas severas de la historia”. (...) “No sólo ha desterrado episodios o incidentes secundarios, sino que ha hecho desaparecer personajes y hechos que ocupaban un lugar prominente en las tradiciones de un pueblo y en las historias más graves y al parecer mejor estudiadas”.⁷⁷

Esto fue afianzándose como una conducta en Barros Arana; en la tarea paciente de la investigación, en la búsqueda infatigable de documentación en bibliotecas y archivos y la asistencia a cursos de importantes especialistas, tanto en sus viajes por América Latina como en sus dos estadias en Europa, en 1859 y 1879.

2.- Desde la docencia, tuvo realmente oportunidades. Fue Rector del Instituto Nacional, Decano de la Facultad de Humanidades y Rector de la Universidad. Durante su función en el Instituto publicó varios textos escolares. Uno de ellos, *Elementos de retórica y poética* (1867), de modestas pretensiones según el autor, contiene un capítulo que dedica a la historia y donde sintetiza la evolución de la historiografía desde la Antigüedad Clásica, dejando un claro testimonio de su concepción sobre la historia en general y sobre el debate en particular.

“(...) es un grave error creer que la filosofía de la historia existe sólo en esas consideraciones generales, en esas conclusiones morales o políticas que el historiador deduce de los hechos. En la exposición clara y razonada de los

*sucesos humanos, en el agrupamiento de los pormenores mas interesantes e instructivos, en el estudio prolijo de los caracteres, de las ideas y costumbres de cada siglo, se halla fácilmente la filosofía de la historia, o al menos, puede deducirlo el lector sin trabajo alguno”.*⁷⁸

3.- Desde la polémica, participó en ella cuando estaba en su máximo desarrollo en el Río de la Plata, tal como se recoge en diversos artículos publicados en Santiago y en la correspondencia con Bartolomé Mitre, a quien unía una amistad y afinidad conceptual muy estrechas, así como una común desconsideración hacia López, quien según Mitre le advertía, escribía “historia sin documentos”.⁷⁹

Barros Arana consideraba a la historiografía argentina poco desarrollada en la época, siendo Mitre, en su opinión, el primer historiador importante. En 1876 publicó un artículo *Historiadores argentinos anteriores a Bartolomé Mitre*, en el cual ignoraba totalmente a Vicente F. López, a la vez que afirmaba que la *Historia de Belgrano...* era la mejor historia de la independencia argentina. Cuando Mitre viajó a Chile en 1883, Barros Arana reeditó dicho artículo y agregó nueva información, alabando además, la *Historia de San Martín...* y comentando la polémica, en la cual “Mitre demostró una gran superioridad”.⁸⁰

Su opinión sobre López coincide con Mitre porque en definitiva coincidían en el método. Sobre ambas cosas opinaba Barros Arana en 1875:

*“He leído en la Revista Argentina los artículos de López sobre el año 20’. He aquí una literatura histórica que no puede agradar a los que tenemos la costumbre de estudiar los documentos, comprobar las fechas, etc., y que, en realidad, no enseña nada, absolutamente nada. Siempre he creído que lo que se llama historia filosófica es el asilo de los que no quieren estudiar la historia, de los que quieren hacer de esta ciencia un conjunto de generalidades y declamaciones vagas e inútiles. Yo no sé si usted recuerda la polémica que sobre este punto sostuvo don Andrés Bello en 1847 con Lastarria y otros escritores chilenos, combatiendo ese género de historia filosófica. A pesar del prestigio de tan gran maestro, los que en Chile nos hemos dedicado a estudiar y a escribir historia, sobre todo Amunátegui y yo, hemos tenido que batallar largo tiempo para demostrar que la historia sin hechos bien estudiados y sin documentos, es completamente inútil y absurda”.*⁸¹

En toda la obra de Barros Arana su expresa adhesión al narrativismo estaba presente. En algunos textos, como los dedicados a la enseñanza, utilizaba una fórmula de aparente objetividad; en otros -introducciones a sus propios trabajos- como una indicación del método utilizado, pero en artículos, conferencias y correspondencia se manifestaba como un fervoroso polémico, pese a que siempre arribara a conclusiones moderadas.

*“...se había discutido en el seno de la universidad y fuera de ella, el método que debía seguirse en la composición de los trabajos históricos. Preferían unos la historia filosófica, es decir, una historia con pocos hechos, formada de disertaciones mas o menos generales, para apreciar la importancia de los sucesos y de los hombres, y el desenvolvimiento del progreso de un país. Sostenían otros, y esta fue la opinión que sustentó don Andrés Bello con su voto respetable, que estos trabajos denominados historia filosófica no podían ser útiles y provechosos, como tampoco podían ser exactos, sino cuando estaban basados en un estudio prolijo y cabal de los hechos. Según la opinión del ilustre sabio, la historia narrativa era indispensable: era ella la que estudiaba atenta y detenidamente los sucesos de los tiempos pasados, la que explicaba todos los pormenores, y la que servía de punto de partida a los trabajos puramente especulativos y filosóficos. Sin ello, decía perfectamente Bello, estos últimos estudios no pueden ser más que una serie de generalidades mas o menos vagas, mas o menos aplicables a todos los tiempos y a todos los países. Los sostenedores de la historia filosófica defendían su opinión con cierto talento fascinador. Citaban en su apoyo algunos trabajos europeos sumamente notables, sin fijarse que habían sido preparados sólo después de haberse hecho los más extensos estudios en el género narrativo”.*⁸²

El debate coadyuvaba en sí mismo a la construcción científica de la disciplina más que a una definición maniquea acerca de la utilización o no de documentos históricos. Ni Lastarria, López o Berra despreciaban totalmente las fuentes documentales, ni Barros Arana, Mitre o Lamas desconocían la importancia de los conceptos teóricos, pese a que en el apasionamiento de la argumentación se hicieran afirmaciones exageradamente contrarias.

Un ejemplo cabal en la historiografía brasileña es la obra de Francisco Adolfo Varnhagen, quien redactó su *Historia general de Brasil* con un perfil adecuado al que imperaba en el Instituto Histórico y Geográfico, siendo tanto el autor como la institución partidarios de una historia dominada por la razón y basada en los documentos.⁸³

El Instituto no sólo había impulsado fuertemente la compilación de documentos históricos, favorecida a su vez por la creación del Archivo Nacional coincidentemente también en 1838, sino que fomentó el adiestramiento de los investigadores para la investigación de la historia brasileña y sentó las bases orientadoras más precisas. En efecto, el artículo *Cómo se debe escribir la historia del Brasil* (1845) del investigador alemán Karl Friederich Philipp von Martius publicado en la *Revista* del Instituto fue considerado un modelo a desarrollar, tal como en gran medida adoptó Varnhagen.

Con la conocida polémica entre López y Mitre se cierra esta etapa, no porque fuera clausurado totalmente sino porque con la "Introducción" a la *Historia de la Revolución Argentina*, de Vicente Fidel López (1881), la respuesta de Bartolomé Mitre en las *Comprobaciones históricas a propósito de la Historia de Belgrano* (1881), la *Refutación a las comprobaciones históricas de la historia de Belgrano* (1882) con que nuevamente arremetía López y finalmente las *Nuevas comprobaciones históricas a propósito de la historia argentina* (1882) en las que Mitre ponía punto final al debate, se agotaron los argumentos más significativos, aunque la controversia haya tenido continuadores y siguiera conservando preferencias entre los historiadores por una u otra corriente, renovándose el debate en años recientes con las propuestas de Hayden White y las que propugnan el retorno a la historia política.

El narrativismo tal como hoy se propone no es en realidad un retorno sin cambio. Constituye sí un intento superador en el marco de realidades sociales e innovaciones metodológicas que no es el caso discutir aquí. Trabajos como los de Hayden White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, publicado en inglés en 1887 y traducido al español en 1992 dan cuenta de un debate sobre el tema que lleva varios años. La polémica adquirió notoriedad a finales de la década del setenta cuando Eric Hobsbawm refutó en *Past and Present* al artículo de Lawrence Stone "El regreso a la narrativa..." pero de todos modos, el tema nunca se había desactivado totalmente, máxime cuando desde el creciente prestigio de los historiadores de *Annales* se opuso una fuerte crítica al narrativismo, a la historia política a la historia de los acontecimientos.⁸⁴

Cuestiones sobre el nombre específico de América

Durante el siglo XIX los americanistas designaron al objeto de estudio según las circunstancias, los temas abordados, el período de análisis, así como el origen y la época del historiador. La definición, la delimitación y la cuestión del nombre son problemas planteados desde la Conquista, con nuevo contenido a partir de la Independencia, pero su debate en la historiografía -aunque se inició en el siglo pasado-, pertenece fundamentalmente al siglo XX.

Tal como lo ha señalado en varias oportunidades José Carlos Chiaramonte, el uso de los términos América o americano tenía un significado propio de la indiferenciación nacionalista de los primeros tiempos del período independiente. Hace unos años, un autor mexicano, al analizar el cambio de nombre de un periódico insurreccional de la época (1810-1812) que se inició como *Despertador Americano*, luego *Ilustrador Nacional* y nuevamente *Ilustrador Americano*, si bien concluye dudosamente en que predominaban criterios oportunistas en sus dirigentes para el cambio de nombre, deja en claro que en amplios sectores de la sociedad mexicana primaban otros sentimientos más generalizados que el de nación, tal como luego se consideraría en sentido más estrecho.

“Otra vez se usa el vocablo “americano” en oposición al de “nacional”, justo y preciso; pero para los insurgentes, México es América, y esta forma determinativa conducía hacia una más clara interpretación, al menos para los iletrados que seguían el movimiento.”⁸⁵

Los historiadores de la Independencia no abandonaron el vocablo pero fueron dándole un significado más abarcador. América continuaba siendo un espacio común, pero conformado por particularidades que vislumbraban el creciente nacionalismo. A mediados de siglo cualquier cosa americana lo era en general; en particular, la configuración local anunciaba una identidad más estrecha y así lo interpretaba la historiografía de la época al proyectar imágenes de la nacionalidad, tal como lo hacía Restrepo.

“El deseo de recordar los hechos de los ilustres guerreros y de los políticos que

*han fundado la República de Colombia, nuestra patria, nos ha puesto la pluma en la mano, con el objeto de trazar un cuadro de la Historia de su Revolución''.*⁸⁶

La idea de un pasado compartido y de intereses confluentes no se perdió totalmente durante el siglo XIX, pero se desarrollaron interpretaciones contrapuestas que se potenciaron en el siglo actual.

Años atrás, al proponer una periodización de la historia latinoamericana, Omar Díaz de Arce asociaba la misma a la hipótesis de que se trataba de una "historia común", pese a la constitución de los estados nacionales luego de la independencia.⁸⁷

Esta formulación no era nueva ni la única que sobre el tema los historiadores debatían desde hacía bastante tiempo, pero en los inicios de los setenta parecía eclipsada por otras preocupaciones teóricas que anunciaban transformaciones que finalmente no se alcanzaron.⁸⁸

La hipótesis de una historia común incluye un supuesto y dos alternativas. El primero, es que se trata de una unidad histórica, donde las historias nacionales son particularidades de esa totalidad. Las de segundo término, incluyen o no a la América sajona, en cada caso.

El supuesto es que desde una perspectiva global, es necesario articular la historia regional, nacional y continental, ampliando y mejorando las posibilidades de la investigación histórica, ya que los grandes temas en su mayoría no son únicos y son comparables.⁸⁹

Como se sabe, el método comparativo es insustituible en las ciencias sociales en general y en la historia en particular. Entre los numerosos aportes a la investigación, el más simple y frecuente es el que al contextualizar el objeto de estudio en un universo mayor, disminuye el riesgo al "parroquialismo" y hace del estudio de una particularidad un nuevo aporte al conocimiento de la totalidad. "Parroquialismo", "provincialismo", "aldeanismo", son expresiones mediante las cuales algunos autores del siglo pasado descalificaban la tendencia que, eventualmente, sería contraria al método histórico, tan difundido luego por Marc Bloch. A fines de siglo así lo advertía Martí en su conocido ensayo *Nuestra América* al igual que algunos historiadores latinoamericanos, aunque fue entre los norteamericanos donde esa preocupación parece haber sido mayor, por lo menos en algunos de ellos como Moses, W.F. Allen y Turner.⁹⁰

Admitido el supuesto, las alternativas son, por un lado, la homogeneidad socio-cultural históricamente conformada que la CEPAL ha denominado “región” y que obviamente, excluye a los Estados Unidos y Canadá. Integrada por países de raigambre portuguesa y española, puede ampliarse al Caribe no ibérico, tal como se incluyen en el marco del SELA. Por el otro, la que considera que todo el continente americano tiene una historia común, cuyo origen se encuentra en el pensamiento político norteamericano, monroísmo y panamericanismo mediante.

En cierta medida la cuestión del nombre estuvo asociada a movimientos ideológicos y de naturaleza análoga como el paneslavismo y el pangermanismo que se desarrollaron alrededor de centros hegemónicos durante el siglo pasado, con cierto énfasis en el campo diplomático y con justificativos tales como afinidades culturales, geográficas, geopolíticas, históricas, tales como el panhispanismo, el panlatinismo y el panamericanismo.

Mientras que los dos primeros ostentaban como justificativo elementos constitutivos de una cultura común, el panamericanismo se sustentaba en la frágil fundamentación de los “dos hemisferios” y en la pertenencia de toda América a uno de ellos, según la tradición de filiación monroísta.

Al iniciarse la década del 80' del siglo pasado, Estados Unidos había alcanzado condiciones propias de un capitalismo monopólico, aunque la exportación de capitales le era menos imperiosa que para sus congéneres europeos. No obstante, su interés por América Latina -que no era nuevo- creció notablemente, en particular a partir de la Guerra del Pacífico (1879- 883), donde infructuosamente había intentado tener alguna ingerencia.

Fue por entonces cuando el gobierno norteamericano convocó a todos los países del hemisferio a una reunión con propuestas tales como el arbitraje norteamericano en los conflictos interlatinoamericanos, la creación de una unión aduanera que facilitara el intercambio entre todos y la construcción de un ferrocarril panamericano, sugeridas en la Primera Conferencia de 1889-90, en la cual los acuerdos fueron magros y quizá el más perdurable haya sido fijar el 14 de abril como Día de las Américas.

La olvidada mitad de la historia americana, que el historiador Bernard Moses publicara en 1898, recuperaba desde la disciplina un espacio para el nuevo Destino Manifiesto, tanto para la memoria histórica como para el expansionismo norteamericanos.

Estados Unidos tenía una presencia aún poco destacada en América Latina, concentrándose fundamentalmente en el Caribe, pese a lo cual se desarrolló un nacionalismo reactivo bastante notable en algunos círculos de la intelectualidad.

Manifestaciones contra norteamericanos y en menor medida franceses y españoles eran más frecuentes que contra los británicos. Se trata por lo general de expresiones más o menos defensivas de la pequeña burguesía radicalizada, entre las cuales se destaca José Martí; otros como el venezolano César Zumeta, dudosamente consecuente, fue funcionario del dictador Juan Vicente Gómez, y al igual que otros pensadores positivistas, era ostensiblemente antinorteamericano. También desde el modernismo literario se desarrolló un juicio similar, pero al estar asociado a convicciones por lo general antidictatoriales tuvo un contenido más progresista. Por otro lado, muchos diplomáticos latinoamericanos -algunos de ellos también historiadores- sostuvieron opiniones análogas en distintos foros internacionales, nada asombroso si se tiene en cuenta la dependencia británica de sus países de origen.

Roque Sáenz Peña, que en la Conferencia Internacional de las Naciones Americanas realizada en 1889-90 en Washington pronunciara su conocido discurso *América para la Humanidad*, publicó poco antes de ser electo Presidente argentino *La Doctrina de Monroe y su evolución*, artículo en que denuncia la política exterior norteamericana pero justifica la europea en general y en particular la británica.

Tampoco puede considerarse una posición antimperialista la sustentada por Eduardo Prado, el rico hacendado paulista que en 1893 escribió y publicó el vehemente alegato antinorteamericano *La ilusión yanqui*, pues más que un antimperialista fue un reconocido liberal probritánico que fundamentaba con su posición antinorteamericana un furibundo antirrepublicanismo, afirmando que las monarquías eran más convenientes al proletariado y al socialismo que las repúblicas, siendo como era en su país, un ferviente defensor del desvanecido Imperio de Pedro II.

Algunas vertientes del nacionalismo latinoamericano adversaron al panamericanismo, siendo frecuentemente un efecto reactivo propio de alguna fracción de la clase dominante cuya elaboración ideológica se orientó hacia el rescate de supuestos valores nacionales que sirvieron de fundamento a posiciones chauvinistas y xenófobas, potenciadas por la historiografía nacionalista del siglo XX, desde una concepción hispanizante y reaccionaria.

Excluir a los Estados Unidos de la "historia común" tuvo una fuerte connotación ideológica durante la primera mitad del siglo actual, en tres

“antipanamericanos” diferenciados: 1) Cuando la clase dominante estaba asociada a la burguesía europea, expresó un antipanamericanismo oportunista; 2) Cuando Estados Unidos llevó a cabo su política exterior más agresiva, generó un antipanamericanismo antimperialista y 3) Cuando se enfrentó a los países del Eje, provocó un antipanamericanismo falangista.

Pero una unidad histórica debería depender menos de la coyuntura internacional y mucho más de la base epistemológica de la historiografía; por lo menos así lo entienden algunos historiadores, que al excluir a la América sajona del resto, encuentran su propia comunidad en los rasgos culturales que tanto asemejan Canadá y Estados Unidos.

*“Estas dos potencias deben su unidad tanto a su lengua (el inglés) como a su tipo de vida. Algunas minorías hablan francés, español o yidish pero la cerveza y el whisky sustituyen al vino, la religión protestante es todavía la de mayor importancia, y las instituciones políticas provienen directamente de Inglaterra. De todo ello resulta una uniformidad tal que, cuando el viajero pasa la frontera entre los Estados Unidos y el Canadá, no percibe diferencia alguna”.*⁹¹

Muchos de los grandes temas de la historiografía fundamentan la comunidad histórica latinoamericana y a la vez, explican la exclusión de la América sajona. Las diferencias entre una y otra realidad fueron percibidas por lo menos desde el siglo pasado, aunque no se planteara el problema de una historia común que incluyera o no a los Estados Unidos.

La exclusión de los Estados Unidos no fue provocada por los historiadores latinoamericanos ni europeos. Cuando en el último cuarto del siglo pasado la historiografía norteamericana cayó en lo que se llamó el “cautiverio babilónico”. No sólo se aisló de Europa sino del resto del continente y pasarían varios años hasta que se tomara consciencia de esto. En realidad, la cuestión parece ser que se planteó como problema historiográfico cuando en 1932 Herbert Eugene Bolton, a la sazón Presidente de la Asociación Americana de Historia, pronunció un famoso discurso que tituló *La Epopeya de la Gran América*, en el cual exponía la tesis de una unidad histórica para todo el continente, dando inicio a un interesante debate que se prolongó durante varios años, alcanzando ribetes casi dramáticos en los años de la Segunda Guerra, cuando dicha tesis se desarrolló en un contexto en que el

panamericanismo resultaba ser una suerte de contención democrática frente al fascismo.

El debate tomó cuerpo cuando en 1939 Edmundo O'Gorman publicó una crítica a la tesis de Bolton, *Hegel y el moderno panamericanismo*; Lewis Hanke solicitó a la Academia Nacional de la Historia una opinión sobre ambos artículos para ser presentada en la Round Table de la Sección de Historia Latinoamericana de la Asociación que se reuniría en Chicago en diciembre de 1941.

La respuesta fue un artículo de Enrique de Gandía, *El panamericanismo en la historia*, publicado por la Academia en 1941 y reproducido por Hanke, además de otros artículos y comentarios similares difundidos por esa institución durante los años de la guerra. Si bien las opiniones eran responsabilidad de los autores, entre quienes se encontraban además de De Gandía, José Luis Cantilo y el propio Ricardo Levene; todo parece indicar que la Academia no sustentaba una opinión crítica al panamericanismo, desde ningún punto de vista, incluyendo el que por el momento nos interesa, es decir, el de la unidad histórica de América.⁹²

Un aspecto que se tomó en cuenta para fundamentar la exclusión de la América sajona fue el de la heterogeneidad cultural en oposición a la mayor homogeneidad del resto del continente, dando lugar a su sustentación en la *latinidad*, por un lado, y en la *hispanidad*, por el otro.

El descubrimiento de la latinidad de América fue sin duda de origen francés. Michel Chevalier, quien durante los años 1833 y 1835 viajó por los Estados Unidos y observó su pujante capitalismo, compiló una serie de notas en *Cartas sobre la América del Norte*, describiendo las notorias diferencias entre las Américas latina y sajona. Años más tarde, en su publicación *México antiguo y moderno*, este saintsimoniano se manifestaba como un propagandista del panlatinismo basado en la común religión católica y en la latinidad que bajo la guía de Francia incluiría además de América a Italia, Portugal y España.

El interés francés por América no era nuevo y encontró en el latinoamericanismo impulsado por el Segundo Imperio una forma de legitimación seudocultural, correlato de la política cesarista del Estado y paradigma de muchos gobernantes latinoamericanos.

“Dos momentos y dos productos de la práctica y de la ideología expansionista que bien se pueden combinar con la política económica y cultural hacia el

*mundo que hasta entonces se había denominado hispano o iberoamericano. La invocada exaltación de los modelos cesaristas de gobierno, facilita el expansionismo económico y cultural y, viceversa, las políticas exteriores imperialistas encuentran en la defensa y en la difusión del cesarismo en América Latina, un punto de fuerza para su propia actuación. No en vano Napoleón III denominaba la política cesarista de poder el *Système Imperial* cuyos hitos habían sido Argelia, Sebastopol, Lombardía, Líbano y ... México y cuyo "modelo" debía "poder ser universalizable".*⁹³

La expresión más acabada del latinoamericanismo francés se alcanzó bajo el Segundo Imperio de Napoleón III y tuvo como práctica más elocuente la ocupación de México entre 1862 y 1867. El justificativo inicial se sustentó en el principio de protección diplomática y el cobro compulsivo de la deuda extranjera mexicana, lo que llevó a la acción coaligada de España, Francia e Inglaterra -los principales acreedores-, pero la finalidad estratégica francesa era la anexión.

La mutación del latinoamericanismo siguió un camino sinuoso pero con destino cierto. Alberto Filippi en su trabajo ya citado considera paradójico de que esa "metamorfosis culminante", creadora de la nominación *América Latina*, se haya llevado a cabo en tiempos de hegemonía británica y que fuera acuñada bajo inspiración francesa en tiempos de Napoleón III, lo cual resulta menos inverosímil si se tiene en cuenta el carácter paradigmático de la cultura francesa en el seno de la clase dominante latinoamericana y en gran parte de la intelectualidad de aquel entonces. Ejemplos no faltan.

Dos intelectuales y diplomáticos, el argentino Carlos Calvo y el colombiano José María Torres Caicedo vivieron muchos años en Francia y ambos, desde distintas ópticas, abordaron la latinidad de América. El primero, destacado jurista, historiador y delegado del Gobierno argentino en París hasta su muerte en 1906, había representado al Paraguay en un pleito con Gran Bretaña antes de la Guerra de la Triple Alianza. Conocido por su posición crítica frente al principio de *protección diplomática* y antecesor en algunos aspectos de las formulaciones que luego se conocerían como Doctrina Drago, fue también un entusiasta admirador del latinismo de origen francés y detractor de los Estados Unidos.

Carlos Calvo titulaba una obra de su autoría *Anales históricos de la revolución de la América latina, acompañados de documentos en su apoyo. Desde el año 1808*

hasta el reconocimiento de la independencia de ese extenso continente. Editada en francés, París, 1864 en 3 volúmenes y en español en 5 volúmenes, publicados entre 1864 y 1867. En 1862 había presentado un trabajo sobre tratados internacionales de los países de “América latina”, perfilándose las formulaciones que luego conformarían la Doctrina que lleva su nombre y que sustenta el principio de la igualdad jurídica de los Estados, de capital importancia para países que como los latinoamericanos se hallaban endeudados y permanentemente expuestos a las intervenciones por parte de las naciones acreedoras. Su obra como internacionalista sigue siendo comentada por los especialistas, tanto por lo vigente de su Doctrina como por lo permanente de la deuda externa latinoamericana y es una fuente ineludible para los historiadores de las relaciones internacionales de América Latina.⁹⁴

El segundo, quien también ejercía sus funciones en Francia, tuvo un rol más específico en lo que Ardao llamó “trasmutación dialéctica” al imponerse el nombre *América Latina*.

“Se trataba de la introducción histórica de un nuevo concepto de las relaciones de nuestra América con Europa por un lado y con Estados Unidos por el otro, ante el cual vino a caducar el tradicional e indiscriminado dualismo Europa-América.”⁹⁵

En efecto, según el desaparecido pensador uruguayo, la paternidad corresponde a Torres Caicedo, quien desde París consignó el nuevo nombre en 1861 y publicó su ensayo *Unión Latinoamericana; pensamiento de Bolívar para formar una liga americana; su origen y su desarrollo*, en 1865, insistiendo desde entonces y prácticamente hasta su muerte en 1889 sobre la integración latinoamericana a nivel de unión aduanera y la expresa exclusión de Estados Unidos, claramente definida en *La América Anglosajona y la América Latina* que publicó en 1882.

Nació así el nombre de América Latina, cuyos antecedentes enraizaban en los valores de la latinidad, estimados más duraderos y abarcadores que los de la hispanidad.

La tendencia a recortar la unidad de análisis dentro de los límites latinoamericanos se ha impuesto en las últimas décadas, sosteniéndose con bríos renovados

por quienes haciendo historia regional, no pierden de vista un horizonte totalizador, tal como desde Jujuy propone Daniel Campi.

“Con ello, a su vez, podíamos hacer desde nuestros archivos, en vez de ‘historia local’, historia latinoamericana, en tanto esos nuevos y grandes temas eran, precisamente, los de la renovada historiografía de América Latina. De ese modo se afirmaba la idea (ya presente) de que el territorio objeto de nuestro estudio era una porción (por llamarlo de algún modo) de una totalidad que, con grandes singularidades, tenía, en rigor, una sola historia” 96

La cuestión del nombre de América en relación con el panhispanismo constituía el aspecto más contradictorio del debate, toda vez que por un lado, emergía el sentimiento anticolonial americano y por el otro, la generalizada percepción de pertenencia al mundo de la cultura española, profundizada por los lazos más estrechos y recientes de la creciente inmigración española.

Superado el impacto de la pérdida de las colonias, el hispanoamericanismo recorrió dos etapas dentro del período analizado. La primera, desde mediados del siglo pasado hasta la década del 80'; la segunda, se prolonga hasta los años del estallido de la Primera Guerra.

Durante la primera etapa España llevó a cabo una política impulsada por el espejismo de un supuesto auge económico que la llevó a aventuras colonialistas, como fue el avance sobre Marruecos y América Latina, en este caso la anexión de la República Dominicana y la invasión a México en 1861, la ocupación de las islas Chíncha y el bombardeo de puertos chilenos en 1864, así como la decidida represión al movimiento independentista cubano entre 1868 y 1878.

El fundamento ideológico del hispanoamericanismo como versión del panhispanismo se sustentaba en los difusos principios de la llamada *raza hispánica*, síntesis de ciertos valores comunes como la lengua, la religión, la tradición, la historia, que tanto servía de convocatoria hacia colonias y ex colonias en América, como de expresa exclusión del mundo sajón.

Estos principios debían ser difundidos a través de la literatura lo cual tuvo resultados magros, en esa primera etapa, si se tiene en cuenta el mayor prestigio en América Latina de obras francesas e inglesas y que las españolas, por otra parte, eran en muchos casos de escaso valor en esa época. El periodismo en cambio fue más

eficaz, como lo demuestra la importante difusión de revistas de índole panhispanista, tales como *Revista Española de Ambos Mundos* (1853-55), *Revista Hispanoamericana* (1864-67); *La América, crónica hispanoamericana* (1857-74 y 1879-86); *El Museo Universal* (1857-69).

Otro gesto fue allanar el camino para el reconocimiento de la independencia de las ex colonias en América, ya que hasta 1845 sólo lo había llevado a cabo con México (1836), Ecuador (1840), Chile (1844) y Venezuela (1845).

En diciembre de 1846 se aprobó una ley mediante la cual se autorizaba al Gobierno español a firmar tratados de paz y amistad, reconociendo la independencia de los países latinoamericanos firmantes: Bolivia (1847), Nicaragua (1851), Argentina (1858), Costa Rica, (1859), Guatemala (1863), Perú (1865), El Salvador (1865), Paraguay (1880), Colombia (1881), Uruguay (1882), Honduras (1894), Cuba (1898).

Fue al finalizar el siglo pasado cuando el hispanoamericanismo adquirió mayor empuje. Además del periodismo y algunas revistas periódicas, contó con una generación de escritores de particular talento, muchos de los cuales fueron verdaderos embajadores de la España liberal, tales como Altamira, González de Posada, Ortega y Gasset, Blasco Ibáñez, Valle Inclán, Unamuno y otros que recorrieron América en las primeras décadas del siglo XX.

Las revistas publicaban, tal como en el período anterior, fundamentaciones diversas acerca del carácter “espiritual” del alma de la raza española frente a la “utilitaria” de la sajona y se denunciaba el panamericanismo como la cara oculta del imperialismo. *La Rábida, la Unión Iberoamericana, El Mercurio, La Unión Hispanoamericana* y otras que en general profundizaban las propuestas de sus antecesoras de dos décadas antes, aunque con un espíritu mercantil más directo. También en América Latina se publicaban revistas de tenor análogo, obra de españoles residentes.

La Corona subvencionó a organismos de investigación que adversaran a la llamada Leyenda Negra, participó en Congresos y Conferencias de contenido ‘iberoamericanista’ y en general apoyó a los voceros del panhispanismo, siendo destacable el interés demostrado por *Unión Iberoamericana, Boletín de la Asociación* del mismo nombre creada en 1885 y que la Casa Real consideró de “utilidad” para la conmemoración de los actos del IV Centenario del Descubrimiento, a lo que no estuvieron ausentes los historiadores españoles y latinoamericanos, e incluso de

otras nacionalidades. Como ejemplo vale recordar los actos y publicaciones alusivas realizadas por la Real Academia de la historia en un caso, y la Universidad de Chile, en el otro.

La América “antes española” o el apelativo más corriente de “Hispano América” fue reemplazándose paulatinamente por el de América Latina o latina, generando un debate acerca del nombre que involucró incluso a la Real Academia de la Historia.

En efecto, al iniciarse el siglo XX el nombre de América Latina, que para otros usos ya se había impuesto con anterioridad, pasó a ser cada vez más frecuente entre los historiadores europeos, norteamericanos y latinoamericanos. Los españoles por su parte, salvo alguna excepción, preferían el de Hispanoamérica, aún en el caso de incluir Brasil, cuyo antecedente portugués -decían- enraizaba con el origen más antiguo de la común Hispania. En el I Congreso de Historia y Geografía Hispanoamericano que organizaron la Real Academia de la Historia y la Real Sociedad Geográfica en 1914, Ramón de Monjarrés alertó sobre el uso cada vez más frecuente del nombre de América Latina y lo inapropiado del mismo, pero fue en el II Congreso realizado en 1921 cuando presentó una ponencia al respecto, logrando que se incluyera como resolución oficial el rechazo de esa denominación, conservando la de América española a la de ese origen e hispánica, cuando incluyera al Brasil.⁹⁷

Estos temas no ocuparon un lugar importante en la preocupación de los historiadores latinoamericanos del siglo XIX, abocados como estaban a la discusión de dos cuestiones dominantes como eran la historia de sus respectivos países por un lado y el método cómo hacerla, por el otro.

Frecuentemente los historiadores de la segunda mitad del siglo XIX se referían a América como totalidad geográfica, con alguna especificación si era necesaria, ya que el apelativo podía o no incluir a Estados Unidos o a Brasil, así como podía referirse exclusivamente a los Estados Unidos.

Genéricamente el nombre de América había resultado ser el más adecuado, mientras que el de Hispanoamérica fue el específico más usado y en menor grado el de Iberoamérica o el de Sudamérica, mientras que el de América latina, si bien se difundió desde 1860 aproximadamente, no tuvo un uso tan generalizado en la historiografía americanista hasta el siglo XX y menos aún con la mutación del adjetivo *latina* y su incorporación en el nombre *América Latina*.

Por otro lado, ya se dijo, la delimitación espacial en la historiografía

latinoamericana y norteamericana era preponderantemente “nacional”, ocupando una atención menor la historia común, incluyera o no a la América sajona.

Las historias de América en el siglo XIX

Las *historias de América* publicadas durante el siglo pasado son poco numerosas, aún cuando se incluya a la producción historiográfica europea. Si bien esta situación caracteriza a todo el siglo XIX, en la primera mitad la escasez fue más acentuada y la temática más restringida que a partir de 1860, aproximadamente.

La historiografía española fue la más prolífera durante todo el siglo XIX, algunos de cuyos autores realizaron obras de cierta perdurabilidad y reconocimiento entre los historiadores de la época, tales como Mariano Torrente y José Manuel de Vadillo, quienes durante la primera mitad del siglo escribieron sobre la Guerra de Independencia de las ex colonias españolas o Gil Gelpi y Ferro, Miguel Lobo y Malagamba y José Coroleu que entre 1860 y 1895 publicaron historias de América más abarcadoras.

Los historiadores norteamericanos, como veremos, no publicaron obras semejantes durante el siglo pasado más que en forma muy aislada, en tanto que los latinoamericanos fueron notoriamente escasos.

Entre los historiadores latinoamericanos de la primera mitad del siglo puede mencionarse el venezolano Feliciano Montenegro y Colón, cuya obra es poco conocida y en la segunda, la de chileno Diego Barros Arana, vastamente difundida.

El número es sin duda muy superior -lo demuestra el relevamiento realizado en los repositorios y fundamentalmente la consulta en diversos catálogos- pero estrictamente, no todas pueden ser consideradas dentro del género historiográfico. Además de los grandes desniveles metodológicos detectados -si bien muchas consignan las fuentes y en términos generales sus resultados indican alguna labor heurística-, pocas revelan una operatividad analítica acorde al nivel alcanzado por la disciplina en la época, considerando los recursos hermenéuticos de uso cada vez más corriente en Europa y Estados Unidos.

Por una extrema simplificación podría reducirse a dos las respuestas al interrogante de porqué los historiadores latinoamericanos redactaron pocas obras de conjunto durante el siglo XIX. Una, porque la realidad fragmentada auspició a la

historiografía nacionalista, en detrimento del concepto de historia común. Otra, porque el principal factor limitante estaba en la propia disciplina.

La primera corre con ventaja; es fácilmente convincente, rápidamente demostrable y goza de una aceptación a priori que la hace interesante y le garantiza una popularidad mayor. La segunda, probablemente sea lo contrario, pero la elección está hecha. Esta opción por la segunda y una capciosa relativización de la otra tiene como finalidad enfatizar el interés por un tema menos explorado, más que desistir de una hipótesis tan vigorosa que es perogrullescamente obvia, pues difícilmente un objeto fragmentado podría generar una imagen de conjunto en las condiciones históricas de la época, salvo en los casos de proposiciones integracionistas de algunos intelectuales latinoamericanos.

Los distintos escritos sobre la unión continental indican que ésta perduró como idea, a pesar de que las circunstancias fueran en sentido contrario. Lo demuestran así varios autores como el argentino Juan Bautista Alberdi en *Conveniencia y objetos de un congreso general americano*, 1844; el chileno Francisco Bilbao en *Iniciativa de la América. Idea de un congreso federal de las repúblicas*, 1856 o el colombiano José María Torres Caicedo en *Unión latinoamericana...* ya citada, de 1865. El fracaso de estas y otras propuestas de similar tenor integran el núcleo explicativo de la hipótesis indicada en primer término, pero en el seno de la disciplina existían factores limitantes tanto o más significativos que los que específicamente derivaban del plano de las ideas. Efectivamente, la tradición bolivariana de unión americana cedió terreno luego de 1865 pero no se perdió totalmente durante el resto del siglo. Por el contrario, el pensamiento liberal lo rescató en reiteradas oportunidades, no así el conservador que solamente lo hizo en forma aislada y ocasional.

No obstante, la escasez de obras sobre historia americana es incontrastable y eso atañe en primer lugar a los americanos, incluidos los historiadores norteamericanos que poco se ocuparon del tema durante el siglo XIX. Pero -sea América, América Latina o Hispanoamérica-, se trata de un objeto de estudio que en definitiva atañe a historiadores de cualquier origen y en esto los europeos prestaron alguna atención, así fuera impulsada - no siempre- por intereses propios, como los que irradiaba España, Francia o Alemania, entre otros. Sin embargo, el mayor aporte provino de autores latinoamericanos, que durante el siglo XIX fundaron y desarrollaron las historiografías de sus respectivos países, pues aunque la historiografía nacionalista surgida luego de la independencia fuera un indicador del menor interés

por el conjunto americano, en las condiciones del siglo pasado constituyó un paso previo imprescindible.

Es decir que, aunque la historia de América fue un tema menos explorado por ellos, fueron sus aportes los que la hicieron posible, por tres razones cuanto menos: 1) por la compilación de fuentes nacionales, devenidas en conjunto americanas; 2) por su contribución al diseño de una metodología que orientó la historia hacia una interpretación del pasado con un perfil más científico; 3) por haber contribuido con sus investigaciones nacionales a que se constituyeran en las historias particulares de la totalidad y en sus fuentes principales.

En cuanto a la historiografía norteamericana, sus aportes fueron de dos tipos, correspondientes a dos épocas de su historia divididas por la Guerra Civil. Primero, la que caracterizó a la Edad de la Inocencia, con obras vinculadas a la historia de América mediante temas como su descubrimiento y conquista y los inicios de la historiografía nacional. La segunda, durante la llamada Edad de Oro, cuando alcanzó un alto nivel de desarrollo su historiografía nacionalista.

Sus aportes solo aparentemente son del mismo tipo que el de los latinoamericanos. Por un lado, si bien se repite lo analizado para los historiadores de América Latina, debe tenerse en cuenta que la historiografía norteamericana se perfilaba con un ritmo de mayor crecimiento, tanto en la cantidad como en la calidad de las investigaciones. Los nombres de Washington Irving, William Prescott, George Bancroft, Henry Adams, Frederick Turner son sólo una muestra de la evolución de la historiografía norteamericana del siglo pasado. Por el otro, el resultado de las investigaciones de los historiadores norteamericanos lejos de proveer argumentos para una historia común, de buena fe demostraron lo contrario, al desarrollar la historia norteamericana aislándola del resto de América. Los pocos autores norteamericanos que se abocaron a la historia americana, por su excepcionalidad, reafirman esa tendencia. Tales son los casos de Hubert Howe Bancroft, Justin Winsor y Bernard Moses, pero como ya se dijo, el desarrollo de la historiografía norteamericana siguió la tendencia de la política gubernamental al aislamiento a la vez que se expandía territorialmente.

Aunque la contribución de sus historias nacionales como fuentes es obvia cuando se trata de historias de América que incluyen a Estados Unidos, el mayor aporte de la historiografía norteamericana al conocimiento de la historia americana es de otra naturaleza y aunque se gestó a fines del siglo pasado, su influjo

corresponde al actual. Se refiere a dos aspectos; uno de carácter metodológico, que los historiadores latinoamericanos adoptaron con interés creciente; otro, las investigaciones sobre América Latina que desde comienzos de siglo realizan algunos norteamericanos, entre quienes se destacó William Spencer Robertson, lo cual no ha eclipsado a la historiografía europea sobre América Latina, pero hace sentir su influencia, más aún si se toma en cuenta el alto grado de especialización alcanzado a través de instituciones y publicaciones diversas después de la Primera Guerra, entre las cuales se destaca *The Hispanic American Historical Review*.

En cuanto al siglo XIX, y en particular durante su segunda mitad, los historiadores latinoamericanos contribuyeron significativamente y de manera directa al conocimiento de la historia de América por las tres razones mencionadas, que en líneas generales, constituyen el núcleo de la historia de la historiografía latinoamericanista del siglo pasado.

Es sabido que la mayor integración de los países latinoamericanos al sistema internacional por vía de las naciones de mayor desarrollo, le correspondió una mayor desintegración entre sí. Esto agudizó una tendencia conflictiva intralatinoamericana, que coadyuvó a que las zonas fronterizas se constituyeran en espacios de segregación, escenarios de no pocos diferendos sobre límites que en casos extremos llevaron a la confrontación armada.

La historiografía, como expresión más o menos ideologizada de la interpretación de la realidad, necesariamente fue modelada en esas condiciones. Así lo indican quienes se abocaron a analizar el problema en cuestión. Dice por ejemplo, Héctor J. Tanzi:

*“La lucha por la independencia dejó de lado el interés por la historia del continente.(...) El nuevo nacionalismo repudió la empresa española, se desinteresó del resto de los pueblos del continente y se acercó a las naciones europeas que brindaban capitales y técnica junto con un ideario que se consideró moderno y progresista”.*⁹⁸

La misma percepción suele tenerse con relación a los estudios sobre la Guerra de Independencia, un hecho que aunque heterogéneo constituyó un proceso único. Al respecto dice John Lynch:

*“A medida que los latinoamericanos se han alejado del pasado común, han prestado menos atención a la historia de los otros y han hecho escasa contribución a la historia general americana. Los principales productos de los historiadores latinoamericanos son historias nacionales y obras monográficas en torno a sus propios países. Han dejado a los historiadores extranjeros las historias generales de la independencia”.*⁹⁹

Sin discutir por ahora la afirmación de Lynch, digamos que por lo menos para el siglo XIX, esa historiografía extranjera no fue tan significativa, siendo fundamentalmente española y en menor medida alemana, francesa e italiana.

También se ha afirmado que la falta de integración continental y los conflictos interamericanos habrían “desintegrado” a la historiografía americana, propendiendo a interpretaciones nacionales interesadas que dificultarían una visión homogénea del conjunto latinoamericano.

*“Cuando ocurrían conflictos entre países vecinos, o cuando tenían lugar hostilidades, las pasiones provocadas por tales conflictos a menudo desfiguraban o deformaban los escritos de historiadores contemporáneos y posteriores. Fuera de esto se encuentra poca influencia de un historiador latinoamericano sobre otro”.*¹⁰⁰

Como las dos anteriores, esta afirmación es vigorosa pero todas merecen ser analizadas cuidadosamente para no tentarse con una hipótesis errónea, tal como sería que pese a la existencia real de una historia común americana, prevalecería una interpretación fragmentada. Es decir que por un lado, luego de la Independencia se habría desintegrado Iberoamérica; por el otro y como consecuencia de esto, la interpretación del pasado seguiría la misma suerte.

En realidad, no se habría producido tal desintegración ya que América independiente nunca estuvo integrada, sea española, ibérica, latina o el hemisferio en su conjunto. Es decir, no hubo pérdida de una conciencia continental porque sencillamente nunca existió una nación americana.¹⁰¹

Hubo sí un sentido de pertenencia que estableció ciertos lazos de solidaridad más o menos estrechos, según los momentos históricos y los matices con que se reconociera un pasado común: con España, con Estados Unidos, con ambos o sin

ellos. La exclusión de toda presencia metropolitana abonó al concepto actual de *unidad histórica latinoamericana*.

En cuanto a las diferentes y a veces contrapuestas interpretaciones de la historiografía nacional en perjuicio de una visión de conjunto, sea por conflictos más o menos severos como las guerras interamericanas, los diferendos debatidos en el campo diplomático y manifestaciones nacionalistas o xenófobas de diverso origen, son razones atendibles pero quizá no sea más que un conjunto secundario de causas, potenciadas por la historiografía de entonces. En efecto, simples diferendos limítrofes movilizaron a numerosos historiadores, algunos de los cuales actuaron en el servicio exterior, tales como Francisco A. de Varnhagen, Joaquim Nabuco, Rafael María Baralt, Ramón Azpurúa, José Gil Fortoul, Diego Barros Arana, Carlos Calvo, José Toribio Medina, Vicente G. Quesada, etc, o desempeñaron funciones de diversa jerarquía en los gobiernos latinoamericanos, en este caso en número mayoritario si se trata de los historiadores más representativos. Pero sin desestimar la importancia de las lealtades nacionales, también existió un sentimiento corporativo que tendía a hacer menos conflictiva la relación entre historiadores de distinta nacionalidad, al confluir por lo menos dos núcleos de intereses comunes. Uno, conformado de manera general por la ideología predominante a la que adherían la mayoría de los historiadores del siglo pasado; es decir, el liberalismo. El otro, más incipiente, generado por la disciplina misma, que al dejar establecidos ciertos cánones favoreció una relativa consciencia colectiva de pertenencia a una comunidad científica. Ambos debieron ser importantes neutralizadores del excesivo nacionalismo existente, aún en los casos de conflictos mas o menos importantes.

No obstante, no puede desconocerse el protagonismo de los historiadores y su propia obra historiográfica en el seno mismo de esos conflictos. Bastaría recordar que Bartolomé Mitre, fundador de la historiografía argentina, participó en conflictos civiles de países hermanos como los que se desarrollaron en Uruguay y Bolivia, tomó partido y publicó algunos artículos sobre un diferendo entre Bolivia y Perú, fue comandante en jefe de las fuerzas argentinas que participaron en la Guerra de la Triple Alianza, y no fue el único caso entre sus congéneres, por lo menos en el campo más específico de la disciplina.

Cuando Pedro de Angelis publicó en 1852 *Memoria histórica sobre los derechos de soberanía y dominación de la Confederación Argentina a la parte austral del continente americano...*, Miguel Luis Amunátegui redactó en respuesta y por

encargo del gobierno su trabajo *Títulos de la República de Chile a la soberanía y dominio de la extremidad austral del continente americano* en 1853, y en 1865 publicó por su cuenta *La cuestión de límites entre Chile y Bolivia*. Antes de concluir la Guerra del Pacífico iniciada en 1879, Barros Arana redactaba su *Historia de la Guerra del Pacífico*.

En la controversia chileno-argentina la fundamentación histórica ocupó la atención de especialistas de ambos lados de la cordillera. Por el lado argentino, luego de la *Memoria...* de De Angelis, siguieron otros trabajos, tales como los que publicaron Dalmacio Vélez Sarfield (1853), Manuel Ricardo Trelles (1865), San Martín Leguizamón (1874), Vicente G. Quesada (1875). Por su lado, la esgrima historiográfica chilena hacía lo suyo publicando una síntesis de las formulaciones elaboradas por los argentinos, una esmerada refutación de las mismas, y una detallada fundamentación histórica desde los primeros tiempos de la colonia, realizada por Carlos Morla Vicuña en *Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego*, publicado en 1903.¹⁰²

Seguramente, los conflictos entre países latinoamericanos tendieron a dificultar una visión conjunta de la historia común, pero no debe exagerarse la responsabilidad de los historiadores; que en más de un caso residían en países distintos al de origen, tanto en forma temporaria como permanente; que afinidades ideológicas llegaban a disminuir el impacto de las diferencias nacionales; que muchos se consideraban integrantes de una misma comunidad científica; que la unión continental no era percibida como un riesgo para la integración nacional y otras razones que aunque no alcanzan a demostrar una hipótesis alternativa, sí a relativizarla e inducir a la búsqueda de otros factores limitantes en el seno mismo de la disciplina.

Si en esto, el romanticismo hizo lo suyo contribuyendo con una percepción nacionalista que influyó notoriamente en la imagen del pasado, mayor ha sido lo que provino del positivismo. Este, que coadyuvó a la configuración de lo que actualmente se considera historia científica, también aportó los límites de su desarrollo, entre otros su relativo empirismo y como una manifestación de ello, la tendencia a la investigación monográfica en detrimento de obras más generales, tanto de carácter nacional como continental. De todos modos esto debe ser considerado sólo como tendencia, de ningún modo de manera absoluta y mucho menos como característica exclusiva de dicha historiografía. Primero, porque como ya se dijo, no era una situación particular latinoamericana sino una orientación general de la época;

segundo, porque la descalificación de las obras generales -más aún cuando se trataba del conjunto americano-, estaba en su mayor parte fundamentada en la calidad de los trabajos y en la falta de fuentes primarias y secundarias adecuadas; tercero, porque obras generales y especiales de América comenzaron a ser relativamente más rigurosas, precisamente, a fines del siglo y bajo esa percepción conceptual.

En definitiva, más que buscar causas externas que expliquen la escasez de obras históricas de conjunto, debe indagarse en la misma historiografía, y dentro de ella, más que en las orientaciones conceptuales, en el propio nivel de desarrollo del conocimiento histórico.

Ahora bien, si son causas propias de la disciplina las que explican la escasez de obras latinoamericanas de conjunto -sin negar la fuerte hipótesis que se sustenta en la misma fragmentación de la realidad en estudio-, no debe pensarse esto como exclusivo de América Latina. En efecto, el caso de la historiografía norteamericana es en ese sentido bastante similar, ya que las historias nacionales debieron esperar por un lado, a que la sociedad alcanzara un mínimo grado de integración y por el otro, a que la disciplina estuviera en condiciones de realizarla. Es decir que allí también existía una imagen fragmentada por la propia realidad, pero también coadyuvaban causas definitorias en la propia disciplina.

Los Estados Unidos se constituyeron primero como unidades independientes, luego acordaron unirse y con la unificación se desarrolló una conciencia nacional que la historiografía recogió luego; pero inicialmente se desarrolló en espacios más reducidos.

Así como entre los latinoamericanos, la ausencia de una identidad de mayor alcance puede en parte explicar alguna falta de motivación para emprender la tarea de escribir una historia de conjunto y que también debe considerarse como un efecto limitante la dificultad en disponer de información básica apropiada para acometer una empresa de mayor dimensión; de la misma manera, la historiografía norteamericana no había podido escribir su historia nacional hasta bien entrado el siglo XIX por causas similares.

En efecto, durante el proceso independentista no existía una identidad nacional generalizada y prevalecían lealtades regionales o estatales, lo que probablemente determinó que la primera producción se dedicara en mayor parte a la Revolución en sus escenarios locales y no como proceso nacional, pero en la práctica también debió incidir no contar con la información necesaria, ya que se encontraba dispersa en los

distintos Estados y la intensa labor heurística que debió realizarse demuestra que ése era también un factor limitante de considerable magnitud.

De tal manera que salvando el género biográfico, también en Estados Unidos las historias generales debieron esperar hasta bien entrado el siglo XIX, pues sus primeros historiadores abordaron historias locales de la Independencia, tales como David Ramsay, *Historia de la revolución de Carolina del Sur* (1785) o Jeremy Belknap, *Historia de New Hampshire*, en tres volúmenes. (1774-1792).¹⁰³

Tal como lo hiciera la historiografía latinoamericana, los historiadores norteamericanos encontraron en el género biográfico una manera apropiada para servir, dice Hofstadter, “a la doble función de fortalecer el sentimiento nacional y definir modelos de carácter para la juventud”. Como se percibe, caracterización que podría aplicarse al caso latinoamericano sin modificación alguna, tal como la siguiente:

*“Buena parte de la tarea mediante la cual se forjó la lealtad nacional, se realizó por medio de biografías. Los líderes sobresalientes de la revolución eran, después de todo, algo más que simples héroes locales, y por el retrato de sus días y sus hechos, una de las formas más populares de redacción, se hizo sentir el empuje del sentimiento nacional.”*¹⁰⁴

Fuera del género biográfico, los historiadores norteamericanos poco se dedicaron a la historia de su país hasta mediados del siglo XIX, prefiriendo temas más alejados en el tiempo y en el espacio, tales como el Descubrimiento y Conquista, magistralmente tratados por historiadores como Washington Irving y William H. Prescott entre otros. El surgimiento de obras de gran aliento dedicadas a la historia nacional dieron inicio a una historiografía de nuevo tipo, aunque alejada aún de la rigurosidad alcanzada en el último cuarto de siglo, como la monumental *Historia de los Estados Unidos, desde el Descubrimiento del continente americano hasta la época actual* de George Bancroft, publicada en 12 volúmenes entre 1834 y 1874.

Fue luego de la Guerra Civil cuando adquirió importancia la historiografía de magnitud nacional sobre temas casi exclusivamente norteamericanos, provocando un aislamiento considerable, ya que los historiadores norteamericanos escribían la historia de América (Estados Unidos), sin atender al proceso fuera de sus fronteras nacionales ni del resto de América.

Que una historia americana sin los iberoamericanos era incompleta no fue

percibida por los historiadores norteamericanos del siglo XIX y los que se ocuparon de ellos no hacían otra cosa más que estudiarlos separadamente del conjunto americano, como Bernard Moses, quien publicó en 1898 *El establecimiento de España en América*. Esta obra adquirió cierta notoriedad en el medio universitario, ya que fue también uno de los primeros especialistas en dictar un curso sobre historia de Hispanoamérica, tal como lo hacía desde 1895 en la Universidad de California en Berkeley, donde se desempeñó como Profesor entre 1875 y 1911.

En medio del conflicto con España dictó una Conferencia expresando que la historia de América (Norteamérica) que excluía al resto era incompleta pues parcelaba la realidad. Mientras la prensa norteamericana desarrollaba una agitación belicista antiespañola, decía en la mencionada Conferencia:

“Es posible que esta época en que el son de las trompetas de guerra es el sonido más fuerte que llega a nuestros oídos, no sea el momento más oportuno para afirmar que los niños y la juventud de este país deberían dedicar parte de sus energías a la consideración de las realizaciones sociales y políticas de nuestro enemigo en perspectiva. (...) A pesar de esta disposición natural, es sumamente importante que conozcamos y podamos apreciar correctamente a nuestros vecinos, tanto a los hostiles como a los amistosos; no como una concesión a la buena vecindad sino por nuestro propio bien. Este conocimiento nos es indispensable para no caer en lo que podríamos llamar un provincialismo nacional ...”¹⁰⁵

Como curiosidad por lo paradójico, pero también como muestra de la confusión generada en aquel momento por la propaganda y el periodismo, baste comentar que el historiador norteamericano Charles A. Beard, que años más tarde sería un sincero detractor de la guerra y del expansionismo, al terminar sus estudios en 1898 se alistó como voluntario en la Guerra contra España.¹⁰⁶

Cabe también recordar que la fuerte ofensiva propagandística norteamericana tuvo también su contrapartida española, tal como lo demuestra la agitación desarrollada por los residentes españoles en América, como los del Río de la Plata -Uruguay y particularmente Argentina- cuya colaboración no fue simplemente simbólica sino efectiva, tanto en pertrechos como en voluntarios.¹⁰⁷

Durante el siglo XIX los historiadores latinoamericanos sentían una fuerte

admiración por los Estados Unidos, por su colonización, por los ideales de su temprana Independencia, por su democracia republicana, por los indicadores del progreso material y cultural. El Mensaje del Presidente James Monroe mereció por lo general una interpretación positiva, por lo menos en autores como Barros Arana, Mitre, Restrepo, así como su organización institucional, tan adversada por San Martín y Bolívar en los años de la Guerra de Independencia y en general por quienes suponían riesgos desintegradores en las formas federalistas de gobierno.

Hacia mediados del siglo pasado la historiografía latinoamericana recogía distintas percepciones acerca del federalismo o del centralismo, según las experiencias vividas en los primeros años de vida independiente, pero aún en ese entonces la controversia no se había superado en buena parte de América Latina, ni siquiera en aquellos que como Chile gozaban de una incipiente estabilidad institucional y donde la confrontación entre federalistas y centralistas persistía como recuerdo del pasado pero a la vez motivo de polémica en los primeros años de la era portaliana, como la que seguía manteniendo José Miguel Infante en su periódico *El Valdiviano Federal*. En tanto que en otros se expresaba de manera más virulenta, constituyendo la realidad aparente de un conflicto esencial aún no resuelto mediante un proyecto nacional consensuado.

La confrontación entre liberales y conservadores, en muchos casos federalistas y centralistas, generó conflictos de envergadura tales como la Guerra Federal en Venezuela (1859-1863), que la historiografía ha recogido como un punto de inflexión histórica, ya que habría triunfado el igualitarismo pregonado por el liberalismo.

En Colombia en tanto, predominó la imagen disgregadora de un federalismo que en realidad significaba un "feudalismo democrático" que interesó a un período significativo de la historia colombiana, hasta la sanción de la Constitución centralista de 1886.

Es así como los historiadores latinoamericanos no tuvieron en todos los casos una opinión similar en cuanto al sistema político en sí, en tanto que los españoles lo consideraron por lo general negativamente en las condiciones existentes en Hispanoamérica.

Se sustentaban dos hipótesis al respecto. Una, sostenía que el federalismo era una forma de gobierno opuesta a la tradición española y una imitación de la norteamericana. Otra interpretación menos difundida, pretendía encontrar raíces

exclusivamente hispánicas o hispanoamericanas, llegándose actualmente a conclusiones de síntesis, según Marcello Carmagnani.¹⁰⁸

La influencia norteamericana tuvo frecuentemente una interpretación negativa, tal como la que habían sustentado San Martín y Bolívar al auspiciar el centralismo y que algunos historiadores auscultaron y reprodujeron.

Restrepo, al hacer un balance de la situación neogranadina al finalizar el año 1811 cuando la confrontación entre federalistas y centralistas atravesaba un momento crucial, concluye en que “era ninguna la organización política” y que las provincias en realidad, “no formaban cuerpo de nación”.

*“Con todo, ninguna provincia quería renunciar a su fantástica soberanía. El ejemplo de Rhode Island y de otras provincias de los Estados Unidos de América, a las que se creían comparables, les inspiraba confianza para continuar llamándose Estados soberanos e independientes”.*¹⁰⁹

El tema del federalismo fue mejor analizado en la segunda mitad del siglo XIX y entre otros aspectos las imágenes controversiales del origen español o norteamericano se trasladaron a las *historias* de América.

Este y otros temas de la historiografía de América no fueron homogéneamente tratados durante todo el siglo XIX. Por un lado, porque las circunstancias de cada época impone preferencias temáticas; por el otro, porque aún conservándose muchos de ellos, los enfoques y la interpretación de los mismos no dejan de estar sesgados por la época del historiador. Además, el desarrollo de la disciplina no deja de promover efectos superadores, mejorando el conocimiento histórico.

Es en ese sentido que las *historias* de América separan el siglo en dos etapas, tanto por la calidad de las obras como por el tratamiento de algunos temas, siendo la década del sesenta un ‘buen corte’.

Historiadores de América anteriores a 1860

Hasta mediados de siglo pocos historiadores latinoamericanos abordaron la historia americana desde una perspectiva de conjunto. Ingleses, franceses, italianos y principalmente españoles que lo hicieron en mayor número, compartieron con

los latinoamericanos el interés por los temas vinculados a la Independencia y sus personajes históricos, pero a diferencia de ellos no sólo no abandonaron otras temáticas, sino que realizaron obras perdurables, tales como *La Conquista española en América* del historiador británico Arthur Helps, publicada en cuatro tomos entre 1855 y 1861.

En la medida que las historiografías se desarrollaron, los historiadores latinoamericanos fueron incorporando estudios coloniales pero frecuentemente se limitados a los nuevos espacios nacionales, contrasentido que dejó como saldo negativo una historiografía colonial inconexa y con delimitaciones espaciales a veces incongruentes, situación que el siglo XX tardó en corregir, tal como lo demuestra la queja que al respecto formulaba Roberto Levillier en 1928, cuando polemizaba con historiadores chilenos sobre un tema jurisdiccional del siglo XVI, recordando que se estudiaba la sociedad colonial según los límites espaciales establecidos por las repúblicas, en detrimento de una visión articulada de la totalidad.¹¹⁰

Luego de la Independencia, la mejor obra de conjunto fue realizada por el español Mariano Torrente, *Historia de la Revolución Hispanoamericana* en 3 volúmenes, editada en Madrid en 1829-1830, que se constituyó en fuente de los primeros historiadores latinoamericanos que analizaron el período, entre otros José Manuel Restrepo, Diego Barros Arana y Bartolomé Mitre, que coincidentemente la consideraron una importante fuente histórica, pese a ser una obra realizada por encargo del absolutismo español. Mitre aconsejaba considerar críticamente la información de la obra de Torrente, ya que en muchos casos exagera o minimiza los datos con la finalidad de enaltecer a las tropas españolas. Sin embargo, en varios lugares de su obra lo cita y en más de un caso reconoce la veracidad de los datos, tanto en la *Historia de Belgrano...* como en la *Historia de San Martín...* Por su parte, Barros Arana, en su *Historia General de Chile*, recuerda sus “primeros estudios sobre Chile” a través de diversos autores, entre los que cita a Torrente, de quien fue su primer biógrafo americano.¹¹¹

Las obras de los historiadores realistas fueron reconocidas y consultadas por los latinoamericanos, incluso por quienes alentaban una clara diferenciación de intereses con la ex metrópoli como los mencionados. Al respecto decía Restrepo al comentar las nuevas fuentes para la segunda edición de su obra:

“También hemos tenido presente y a veces nos han servido: *Los recuerdos*

*sobre la rebelión de Caracas, por el doctor don José Domingo Díaz, publicados en Madrid en 1829, y la Historia de la Revolución hispano-americana, por don Mariano Torrente, impresa igualmente en Madrid en 1830 en tres tomos. Aunque estas obras de realistas decididos solo respiran odio y parcialidad contra los habitantes de Venezuela, de la Nueva Granada y del resto de la América antes española, que tuvieron la insolencia y cometieron la ingratitud, según sus autores, de levantarse contra el benigno y paternal gobierno de la madre patria, con todo nos han sido útiles, especialmente la de Torrente. Escribió éste su Historia auxiliado por los partes y noticias que los jefes españoles de América transmitían al gobierno de Madrid, así como por los informes verbales de los mismos jefes, después que vencidos por nosotros se trasladaron a España. Su obra nos ha servido, pues, a fin de verificar multitud de acontecimientos y de fechas históricas. Por su medio también hemos podido desnudar las relaciones contradictorias de los realistas y de los patriotas de las exageraciones de los partidos contendores en la guerra de la Independencia, y averiguar la verdad comparando las diferentes narraciones".*¹¹²

Mariano Torrente, que había sido liberal durante el período 1820-23, cambió de bando luego. Su momentáneo exilio en Gran Bretaña lo puso en contacto con importantes corrientes románticas y con hispanoamericanos residentes en Londres, lo cual luego le fue provechoso para realizar la obra encargada por la Corona, una vez abjurada su momentánea fe constitucionalista y recuperada la confianza de Fernando VII. Su *Historia...* es sin ninguna duda confiscatoria de méritos patriotas, pero por su calidad fue una fuente respetable para los historiadores latinoamericanos, pese a ser "por lo común tan parcial", como dice Mitre en su *Historia de Belgrano...*¹¹³

En la obra de Torrente es frecuente encontrar, además de juicios adversos a los protagonistas y conductores de la Guerra de Independencia, afirmaciones sobre una generalizada lealtad de la sociedad colonial hacia la Corona por un lado, y la acción de los insurrectos sin sustentación popular por el otro, lo cual dejaba como proyección viable, la reconquista en el corto plazo.

La Guerra de Independencia fue un tema exhaustivamente mencionado en otros géneros literarios, entre los cuales no faltó el periodístico, muchas veces militantemente insurgente. Dentro de estos géneros, incluyendo obviamente el

historiográfico, autores españoles, franceses, alemanes y latinoamericanos se ocuparon del tema aún antes de la batalla de Ayacucho. Terminada la guerra, algunas de estas obras anuncian el surgimiento de la historiografía nacionalista latinoamericana o un balance de desastre entre los autores españoles, sin faltar otras expectativas en autores de diferente origen europeo y norteamericanos.¹¹⁴

La necesidad de contar con historias nacionales fue justificada por entonces como un paso previo y necesario para poder avanzar hacia una historia de mayor alcance geográfico. Al respecto, proponía el historiador colombiano José Manuel Restrepo:

*“La Historia general de la Revolución del continente americano, regido antes por España, es asunto digno de una pluma como la de Tácito; pero que pasarán algunos años sin que se pueda escribir, hasta que por autores que hayan sido coetáneos y testigos imparciales de los sucesos se formen Historias particulares de las Revoluciones de Colombia, de Buenos Aires y de México”.*¹¹⁵

Restrepo, uno de los primeros historiadores relevantes americanos que analizó el período de la Independencia, tuvo como crítico de su obra a uno de sus protagonistas más significativos. En efecto, la crítica a la edición original provino de Simón Bolívar, a quien estaba dedicada en 1825, antes de ser publicada en París en 1827. Fechada en Bucaramanga el 3 de junio de 1828 Bolívar dirigió una breve carta a José Manuel Restrepo en la cual le hace llegar su opinión:

*“... Confieso que me ha parecido la obra de Ud. superior a todo lo que me había imaginado: y cuando Ud dé una nueva edición en Caracas, donde hay una excelente imprenta, después de haber oído la opinión pública y las alegaciones de los resentidos, dará Ud un excelente ejemplo de justicia y moderación, si a ella agrega Ud. notas o correcciones. Si yo estuviera en el puesto de Ud. haría esto, suplicando al público para que le ilustre, protestando en este aviso que Ud. no responderá a nadie sino con las pruebas de su imparcialidad.”*¹¹⁶

En la segunda edición Restrepo reconoce los “defectos” y anuncia importantes correcciones realizadas cuando la realidad colombiana había cambiado sustancialmente. La muerte de Bolívar y de Sucre, los conflictos internos, la

disolución de la Gran Colombia, y una visión generalizada de gran decepción se percibe en esta edición que analiza acontecimientos hasta fines de la década del 30'.

*“Debilitada por los grandes esfuerzos que le costaron sus victorias; mal gobernada por su extensión, por la fragosidad de sus caminos, por la guerra, y por algunos vicios de sus instituciones y de sus leyes orgánicas; conmovida por las pasiones exaltadas, por los partidos enconados y por la indisciplina de sus tropas, Colombia desaparece del catálogo de las naciones, desgarrado su seno por sus mismos hijos: ella baja al sepulcro casi a la par con su Libertador, dejando en pos de sí huellas luminosas cual meteoro”.*¹¹⁷

Bartolomé Mitre utilizó la edición de 1827, versión que fue sustancialmente modificada en la segunda tal como el propio Restrepo anticipa, aceptando en gran parte algunas de las recomendaciones de Bolívar y corrigiendo rigurosamente errores y omisiones de la primera.

La parte referida a Nueva Granada, la garantiza por la documentación utilizada, porque fue protagonista de muchos de los hechos, por haber tenido contacto directo con muchos otros y contar con relatos confiables. Para la parte de Venezuela, si bien esas fuentes fueron de menor entidad, pudo consultar obras publicadas con posterioridad a la primera edición, tales como las de los realistas Mariano Torrente y la de José Domingo Díaz, ya mencionadas. Así como el primero de estos autores recogió elogios de los historiadores republicanos, el otro, médico caraqueño y empleado del gobierno colonial, fue considerado negativamente; su obra sería “un mal libro histórico”, según Barros Arana.¹¹⁸

También utilizó Restrepo fuentes de autores partidarios de la Independencia, como Feliciano Montenegro Colón y la de Rafael María Baralt y Ramón Díaz.

El primero, caraqueño que hasta 1810 sirvió en el ejército en España regresó a Caracas ese año y se puso a las ordenes de la Revolución, pero al año siguiente pasó nuevamente al bando realista. Reinstalado definitivamente en Caracas en 1830, se puso al servicio del gobierno de Venezuela como educador y publicó su *Geografía general para uso de la juventud de Venezuela*. 4 vol. Caracas, 1833-1837. Los tres primeros tomos, luego de una introducción sobre temas geográficos generales, incluye datos históricos de todos los países del continente y el último trata exclusivamente sobre Venezuela. Su obra fue ponderada por Páez en su *Autobio-*

grafía, aunque encargó otra a Rafael María Baralt y a Ramón Díaz, que tuvo un carácter de historia oficial y perduró mucho tiempo.

De las obras mencionadas, tres se ocupan de un espacio mayor al nacional. La primera, de Restrepo, es el resultado de un escenario común de la Guerra, que el autor no desarticuló en la segunda edición luego de la disolución de la Gran Colombia y por el contrario, mantiene férreamente unido tras la figura de Bolívar. La segunda, de Mariano Torrente, como la primera, se refiere solamente al proceso independentista y aunque el escenario es mayor, está restringido a Hispanoamérica. La tercera, de Montenegro, no ha sido casi considerada como precedente importante de la historiografía americana e incluso, habiendo dedicado una parte sustancial a Venezuela, tampoco allí mereció mejor crítica como antecedente nacional, por lo menos por parte de un historiador tan representativo de la historiografía venezolana de comienzos de este siglo como José Gil Fortoul, quien afirmaba que la obra de Montenegro “apenas merece recordarse”¹¹⁹.

Todos ellos se constituyeron en fuentes bibliográficas infaltables de las historias de América que se editaron más adelante, incluyendo la *Historia de San Martín...* realizada por Mitre que por imposición del tema, abarca gran parte del espacio sudamericano y sin ser una historia de conjunto, ha constituido un importante aporte al estudio de “la Independencia Americana... con relación a un grupo de naciones nuevas...”, según anticipaba en el Prólogo.

Hasta mediados del siglo los autores trataron la evolución histórica hasta su propia época, en tanto que a partir de las últimas décadas, se desarrolló una fuerte inclinación a mantener distancia con el pasado no avanzando en el período de análisis, situación casi general si se restringe al ámbito de la llamada “historia oficial”, con algunas excepciones como la historiografía chilena, que comprometía a sus mejores historiadores en el análisis más contemporáneo.

Los acontecimientos impactantes tales como la Independencia tuvieron lógicamente esa característica de contemporaneidad de los autores, al igual que los ensayos que a fines del siglo se referían a la pérdida de Cuba y Puerto Rico. No faltaron en uno y otro caso las publicaciones anónimas, manera de eludir compromisos y riesgos, utilizada con cierta frecuencia en el período de análisis. Merece mencionarse, entre otras, *Apuntes sobre los principales sucesos que han influido en el actual estado de la América del Sud*, cuyo autor José Manuel de Vadillo publicó con su nombre la versión corregida y aumentada en Cádiz (1836); en tanto que las

dos anteriores de París (1829 y 1830), fueron publicadas en forma anónima, comprensible se tiene en cuenta su posición respecto al constitucionalismo liberal y las apreciaciones que al respecto hacía en su obra, fundamentalmente al juzgar el breve período liberal de 1820-1823 eximiéndolo de la acusación de ser culpable de la pérdida de las colonias. La hipótesis de Vadillo desmantelaba una justificación de la historiografía antiliberal que salvaba la responsabilidad de la Corona y a la vez encontraba responsables entre los liberales.

Entre otros aspectos, debió ser resistida su hipótesis de que el levantamiento del General Riego no fue la causa determinante de la pérdida de las colonias, tal como se deduce de los comentarios que sobre el autor hiciera Gil Gelpi y Ferro tres décadas más tarde, refutando su hipótesis y llamándolo "cándido liberal del año 20".¹²⁰

Historiadores de América en la segunda mitad del XIX

La mayor amplitud, tanto temática como del período abordado, así como el uso más sistemático de las fuentes y de recursos analíticos, indican que no solo en número las *historias* de América superan al período anterior.

La historia colonial americana fue analizada más por los americanistas europeos que por los latinoamericanos. Barros Arana no la creía relevante en el momento de redactar la primera edición de su *Historia de América*, dedicándole un espacio desproporcionadamente menor al resto de la obra. Sin embargo, aunque en general el período colonial se comenzó a estudiar tardíamente en muchos de los países latinoamericanos, fue precisamente en Chile donde comenzaron a ser considerados con mayor interés en la segunda mitad del siglo. Hasta 1860 las *Memorias* de la Universidad versaban sobre la Independencia, pero Manuel Luis Amunátegui fue designado para redactar la del año siguiente, abordando el tema "Descubrimiento y conquista de Chile", dando inicio así a una serie de temas de historia colonial cada vez más frecuentes, aunque en otros países hispanoamericanos la renuencia a abordarlos continuó durante el resto del siglo y también en las *historias* de América el mayor espacio siguió correspondiendo en general al período de la Independencia.

En la década del sesenta se publicaron las primeras obras relevantes sobre la historia americana que incluyen una importante base bibliográfica de autores

latinoamericanos. Se trata, entre otras, las realizadas por españoles como Gil Gelpi y Ferro *Estudios sobre la América. Conquista, colonización, gobiernos coloniales y gobiernos independientes, 1864-1870* o Miguel Lobo, *Historia General. Antiguas colonias Hispano Americanas. Desde su descubrimiento hasta el año mil ochocientos ocho, 1875* (redactada durante la década del sesenta) y la que publicara Diego Barros Arana *Compendio de la Historia de América* (1865).

En la última década del siglo, además de la nueva edición de la obra de Barros Arana levemente corregida y ampliada en 1894, se publicaron otras en coincidencia con el espíritu conciliador del Cuarto Centenario. Una obra que perduró en la enseñanza secundaria argentina fue realizada por Carlos Navarro y Lamarca, *Apuntes de Historia americana*, editada en Buenos Aires en 1894. Se trataba de un texto para uso de sus alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires. Esta obra fue más conocida en su versión corregida y ampliada que publicó en 1910-1913 en dos volúmenes con el nombre de *Compendio de la historia general de América* con Prólogo de Eduardo de Hinojosa y Naveros, con carácter conmemorativo al Centenario y que fue reeditada varias veces por Angel Estrada y Cía como texto escolar.¹²¹

En España se editaron obras sobre América coincidentemente con la conmemoración del Cuarto Centenario del Descubrimiento, tales como las realizadas por Rudolf Cronau *América. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos* en 1892 y la de José Coroleu *América. Historia de su colonización, dominación e independencia* en 1894-1896.

Gil Gelpi y Ferro publicó desde 1860 y durante tres décadas diversos trabajos que en términos generales reflejan una perspectiva colonialista y antiliberal que confronta con otra que, aunque liberal, resultaba igualmente colonialista. En efecto, el absolutismo español hallaba culpables de la pérdida de las colonias en el liberalismo europeo en general, pero acusaba en particular al liberalismo español y específicamente al del trienio constitucional que se inició con el levantamiento de Riego en España, confrontando con los pensadores liberales españoles que buscaban causas más profundas en la realidad española y sus colonias, encontrando responsables en el propio absolutismo que no había sabido conservar las dependencias americanas.

Gil Gelpi y Ferro representa bien la primera de las interpretaciones; su confrontación con historiadores latinoamericanos incluye tanto a liberales como a conservadores independentistas.

Muy joven se trasladó a América en 1835, viviendo un tiempo en Buenos Aires donde escribió un breve trabajo sobre la independencia del Río de la Plata. En Cuba, donde pasó la mayor parte del tiempo, escribió varias obras sobre la situación colonial, la Guerra de los Diez Años, el bandidaje de las “razas asiática y africana”. Entre otras se destacan *Situación de España y de sus posesiones de Ultramar. Su verdadero peligro y el único medio de conjurarlo*. Madrid, 1871; *Historia de la Revolución y Guerra de Cuba*. Habana, 1887-1889. 2 vol. y la ya mencionada *Estudios sobre América...*

Su posición colonialista es perceptible como en muchos otros historiadores españoles, liberales o no, pero a diferencia de los primeros, analiza la Colonia desde una concepción que niega, relativiza o justifica el sistema colonial español en América, denunciando a los enemigos de España como fabuladores, desde los escritores europeos hasta Bartolomé de las Casas.

La justificación del accionar español por medio de considerarlo común al de otras naciones, más frecuente entre historiadores absolutistas que entre los liberales, era un argumento que no estaba ausente en Gil Gelpi, quien incluso negaba las recurrentes denuncias que los escritores hispanoamericanos hacían acerca del período colonial.

“Desde el año 1500 hasta el de 1560 el teatro de los grandes crímenes no estuvo por cierto en América sino en Europa. En México y en el Perú se cometieron injusticias; hubo desórdenes y algunos actos de crueldad que debieron haberse evitado, pero ni sombra fueron los que en la misma época tenían lugar en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en España y en Italia”.¹²²

Consideraba que la mita, el tributo y el repartimiento no provocaron peor trato para los indígenas que el que los libertadores les dejaron como herencia luego de la Independencia. Además, durante la colonia no era el Estado español el beneficiario de las formas más enjuiciadas de la explotación indígena.

“...la mita solo favorecía a los americanos y a los españoles ricos casados en América, que eran los que se dedicaban al negocio de las minas. Las que se explotaban por cuenta del gobierno solo empleaban trabajadores libres”.¹²³

La condena a la Independencia es total, muy distinta a la más moderada realizada por autores también españoles tales como Lobo y Coroleu, según veremos. Decía Gil Gelpi y Ferro como balance de su obra:

“Al tratar a la América emancipada no hemos exagerado ni disculpado las faltas de los gobiernos independientes. Hemos expuesto la situación de aquellos pueblos que eran bajo la dominación española los más ricos, los más felices y los más envidiados del mundo y que poco después fueron los más pobres, los más desgraciados y los menos considerados, justamente porque se pretendió una transformación político social y una regeneración y reorganización que no correspondían a su carácter, costumbres, origen y condiciones de los países en que vivían”.¹²⁴

Su adversión no era solamente con los militares de la Independencia, siendo aún más crítico con los que llama los “sanguinarios políticos”, como Saavedra, Moreno, Rivadavia, Castelli, Monteagudo, Chiclana.

Gil Gelpi y Ferro deploraba la pérdida de las colonias, descubría lo que en su opinión había provocado esa situación y a la vez, tenía una posición crítica hacia España en su propia época. Percibía agudamente que algunas iniciativas eran indefendibles y que en definitiva perjudicaban a la política colonial viable, tal como se mantenía en el Caribe.

“La incorporación de Santo Domingo a la monarquía española, la expedición a México y sobre todo las indiscretas publicaciones de algunos escritores de Madrid, nos colocan (a él) en una posición sumamente difícil; puesto que no queríamos escribir contra nuestra conciencia ni confesar que el gobierno español obraba con poco acierto”.¹²⁵

No cabe duda que entre los autores latinoamericanos del siglo XIX no hubo quien supere la *Historia de América* de Barros Arana. Entre los norteamericanos, salvo temas puntuales como los tratados por Irving y Prescott ya mencionados y otros de la segunda mitad del siglo como los John Fiske, apologista de Vespucio que publicó un trabajo sobre el Descubrimiento, fueron poco numerosas y menos aún los autores que abordaron historias más generales.

Entre los europeos se destacan algunos autores como Rodolfo Cronau, quien publicó *América. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos*, en alemán y traducida en España en el mismo año 1892 con motivo de la conmemoración del Cuarto Centenario del Descubrimiento. Terminada según el Prefacio en setiembre de 1891, editada al año siguiente en Leipzig, en 5 volúmenes y en 3 volúmenes la versión española. El autor utilizó una cantidad relativamente considerable de fuentes bibliográficas europeas, muchas de ellas alemanas. El período de análisis abarca desde la formación geológica del continente hasta la segunda mitad del siglo, pero solamente en algunos temas, ya que está orientada a describir las exploraciones geográficas y el medio natural, en particular cuando se refiere al período independiente.¹²⁶

Viajó a Norteamérica y Centroamérica, donde recopiló información, dibujó y reprodujo láminas de su autoría y de otros alemanes, como Anton Goering que había recorrido Venezuela en la década del sesenta, habiendo contado como era lo habitual en los viajeros de la época de ese origen, con apoyo de la Cancillería alemana.

“La presente obra tiene por objeto, no sólo hacer resaltar la trascendental importancia del descubrimiento de América, sino también trazar un cuadro fiel de cómo fue al fin hallado el Nuevo Mundo, que desde los más remotos tiempos presentían y profetizaban los hombres de ciencia, y relatar los incesantes e infatigables esfuerzos que costó esta heroica conquista y los grandes peligros y privaciones, las sangrientas luchas con que paso a paso hubo de llevarse a cabo”.

*“...heme guiado por el deseo de ofrecer al público, que hasta ahora no conoce más que libros por decirlo así fragmentarios de la historia general del descubrimiento de América, una obra que venga a ser un conjunto homogéneo de todos los paulatinos y parciales progresos que poco a poco han ido desvaneciendo de las tinieblas en que por tanto tiempo ha estado envuelto el continente americano”.*¹²⁷

El autor abandona la tradición recogida por varios historiadores alemanes en favor de Vesputio, haciendo honor al Centenario que se conmemoraba y dedicando la mitad del primero de los tres volúmenes al Descubrimiento desde una posición que

pretendía objetiva, “en un término medio”. Analiza el proceso exploratorio de América, entre el Descubrimiento y la segunda mitad del siglo pasado, desde un punto de vista alemán, aunque en gran medida –sea por intención del autor o del traductor-, el colonialismo español es juzgado moderadamente, sobretodo si se tiene en cuenta el balance final.

*“Si se considera en conjunto la prodigiosa actividad de los españoles como conquistadores en el suelo americano, hay que reconocer que a ellos corresponde la mayor parte en el descubrimiento de esta porción del mundo. Ellos fueron los que con la mayor precisión trazaron los contornos de la América del Sur, a excepción de una pequeña parte de las costas del Brasil y del extremo meridional de la Tierra del Fuego, y los que dieron a conocer con gran exactitud el curso de las costas oriental y occidental del Continente norteamericano hasta el 40 de latitud septentrional. Las numerosas campañas que realizaron con el objeto de reconocer el interior del país son otras tantas páginas gloriosas, las cuales páginas no tienen compañeras en el gran libro de la historia de los descubrimientos. Muchas de dichas campañas las realizaron con tan imperturbable serenidad y constancia tan heroica (...) Por eso es tanto más de lamentar que aquellos verdaderos héroes, cuyo valor y constancia causan admiración tan grande, se sintiesen a las veces poseídos de una sed de riquezas desmedida, y que en algunas ocasiones empañaran el brillo de su nombre y de su gloriosa historia con crueldades inhumanas”.*¹²⁸

Como es fácil advertir, el punto de vista alemán prevalece en aquellos temas en los que se compromete su orgullo nacional, tal como cuando aborda la colonización alemana en Venezuela, tan denostada por el historiador venezolano Rafael María Baralt, cuyo análisis fue retomado por Diego Barros Arana en su Historia de América y por supuesto compartido por la historiografía española. El fracaso de los Welser es considerado como una oportunidad difícilmente recuperable. Lamenta el autor la pérdida de inserción alemana en América, explicable por la naturaleza e intenciones de este tipo de obra, donde abundan las referencias a las riquezas naturales del continente y a la potencialidad inmigratoria.

La historiografía española no fue ajena a los cambios en algunos juicios de valor que al igual que entre los latinoamericanos, variaron durante el siglo y según

condiciones particulares. Baste comparar la obra de Mariano Torrente, tan próxima a la finalización de la guerra de independencia, con la de Miguel Lobo de los años sesenta o la de José Coroleu, de fines de siglo. Se trata de tres momentos de la historia de España y de la historia de su historiografía sobre América, pero de una u otra manera, predominó una visión colonialista, por lo menos hasta fines del siglo. Se trata también de tres historiadores cuya matriz conceptual arraiga, en términos muy generales, en el pensamiento liberal de sus épocas respectivas y justo es decirlo, con resultados tan alejados de los detractores más avezados de la llamada Leyenda Negra que en muchos análisis se asemejan a los de la historiografía latinoamericana, salvando lo que atañe a la pertinencia o no de la Independencia.

Similar era la interpretación que hacía la historiografía española a fines de siglo, cuando incluso la dependencia de Cuba y Puerto Rico parecía peligrar cada vez más, según lo percibían los historiadores desde tiempo atrás, tal como Gil Gelpi y Ferro, contemporáneo de la Guerra de los Diez Años, como ya se dijo, desde un enfoque opuesto al liberalismo.

José Coroleus consideraba que la Independencia hispanoamericana había sido resultado de una combinación de factores, que globalmente incluía la acción extranjera, las ideas subversivas y la ocupación francesa como causas que llama "secundarias", señalando como fundamentales las existentes en el propio sistema colonial, aunque la responsabilidad era menos de la Corona que de los particulares; siendo de la Corona, era más de los Habsburgos que de los Borbones y si era de éstos, se trataba de vicios heredados de los franceses.

En fin, visto así, quedaba poco margen para una crítica del orden colonial que, por lo demás, se reducía a una autocrítica por no haber podido mantener esas posesiones, no haber seguido las propuestas del Conde de Aranda, no haber sabido aprovechar la recolonización dominicana en 1861 y correr el riesgo de perder Cuba y Puerto Rico.

Al igual que Miguel Lobo y otros liberales anteriores, culpaba al Absolutismo por no haber encontrado manera de mantener la situación colonial cuando se percibía los primeros síntomas de la crisis a finales del siglo XVIII.

“Otro hubiera sido quizás el resultado si el gobierno español hubiese prestado oídos a los sabios consejos del conde de Aranda o fijado más su atención en este renacimiento del adormecido empuje de los americanos, que al fin de raza

*española eran, pero la metrópoli no vio nada de ello y cuando quiso o pudo acudir a remediar el daño, ya no era tiempo”.*¹²⁹

Esta obra, como otras que en la competencia con Estados Unidos y otras naciones europeas insisten en la comunidad de intereses “hispanoamericanos”, siguieron en general la estrategia del panhispanismo, con más frustraciones que éxitos. Su visión del pasado colonial, relativamente autocrítico, fue incluso mal visto en círculos de la propia España, que aunque buscaban el acercamiento con las ex colonias, eran mucho más proclives a condenar al anthispanismo desde enfoques ultramontanos.

Este autor había dedicado gran parte de su vida a estudiar el feudalismo español y hasta ese momento no había realizado investigaciones sobre historia americana. Con el impulso de la Real Academia de la Historia, de la cual era miembro correspondiente, inició la obra que no alcanzó a terminar, ya que murió en 1895, redactando Manuel Aranda y Sanjuan los tomos III y IV.

La muerte de Coroleu modificó el plan original de la obra que, por un lado, se redujo notoriamente y por el otro, hizo menos frecuentes los comentarios conceptuales que en los dos primeros tomos mostraban rasgos definidos del autor, como *catalán*, como *liberal* y como *historiador*.

Como catalán, era sensible al regionalismo de la época y creía que entre otras injusticias cometidas en América, no era menor la exclusión que los castellanos hacían de los españoles de otras regiones.

*“Los vascos no fueron admitidos al comercio con las colonias americanas y los puertos catalanes no fueron habilitados para hacerlo sino en los últimos años de la dominación española en América. Sin embargo, es bien sabido que los hijos de Cataluña y de las Provincias Vascongadas son de los españoles los que están más dotados de genio mercantil y espíritu de iniciativa”*¹³⁰

Como liberal moderado rechazaba la falta de libertad, pero se oponía a los excesos que derivan hacia la anarquía, según juzgaba a algunos momentos de la Guerra de Independencia americana, juicio cuya matriz estaba en la percepción que tenía de su propia época.

*“Cuando ocurre una grande insurrección, todas las democracias se unen por instinto alzando una protesta colectiva contra la injusticia social. Entonces los motines se transforman en revolución, las chispas en volcán, las algaradas en cataclismo. Es el gran peligro que amenaza a la sociedad actual en ambos hemisferios”*¹³¹

Finalmente, como historiador creía que debía describir la realidad tal cual era; en su pensamiento confluían influencias historiográficas específicas y otras propias del realismo francés.

*“Yo opino que muchas veces un cuadro de costumbres es preferible a las más sabias disertaciones. Porque en ellas el fondo del asunto y la base del relato es el documento humano, como ha dicho con afortunada frase Edmundo de Goncourt, esto es, el hombre en acción, el hombre fotografiándose a sí mismo. Para pintar una sociedad de los siglos pasados, comprenderla y juzgarla, es preciso saber cómo vivía. Sus costumbres nos revelan sus sentimientos, sus virtudes, sus vicios, sus grandezas y sus debilidades. O mucho me engaño, o ésta es la verdadera historia”*¹³²

Según este autor, Carlos IV había sido “un degenerado descendiente de Fernando VI y Carlos III”¹³³; los virreyes, “casi todos gobernantes modelos”¹³⁴; Abascal, “generalmente estimado en la colonia”¹³⁵; Bobes y Morales, “decididos y valientes”¹³⁶; Morillo, “un soldado franco y valiente”¹³⁷. Es cierto que, excepto la valoración sobre Carlos IV, la historiografía latinoamericana del siglo XIX no coincidía con ninguna de las restantes. Sin embargo, en la calificación de los personajes de la Independencia hay similitudes con algunos juicios denigratorios originados en la historiografía latinoamericana, tales como los que explican las diferencias entre Bolívar y Mariño; la conducta de algunos protagonistas como los Carrera, “turbulentos oligarcas”¹³⁸ o de Artigas, “de carácter díscolo, independiente y semisalvaje”¹³⁹, análogos a los que sustentaban Restrepo, Barros Arana y Mitre, respectivamente. Coroleus reconocía méritos en los personajes paradigmáticos de los historiadores latinoamericanos, pero los relativizaba y a la vez resaltaba aspectos negativos de su personalidad o de su accionar durante la guerra, tales como el autoritarismo y la brutalidad en la represión por parte de Bolívar, que con todo, era

“un buen militar, un estadista y un amable cortesano”¹⁴⁰, al igual que San Martín, que era un “militar prudente y valeroso”¹⁴¹, adjetivaciones poco generosas si se compara con las de la historiografía latinoamericana, pero laudatorias si se cotejan con la historiografía española anterior.

Para el mencionado autor, las fuentes bibliográficas latinoamericanas más confiables eran obras de historiadores como Bartolomé Mitre, Vicente Quesada, Miguel Tejera, José Manuel Groot, Vicente Riva Palacio; es decir, aquellos que España podía considerar relativamente amistosos, destacando por esta razón y por su condición de historiador a Diego Barros Arana, digno miembro correspondiente de la Real Academia Española, cuya *Historia General de Chile* había comenzado a publicarse en 1884.

“...es una obra de la cual pueden estar legítimamente orgullosos el autor, que con ella ha inmortalizado su nombre, y la República Chilena. Merced al talento y al ímprobo trabajo del señor Barros, Chile posee una historia completa, escrita a la moderna con espíritu crítico y con un extraordinario acopio de noticias, que revelan el estudio serio y perseverante del historiador de buena cepa”.¹⁴²

Antes que Laureano Vallenilla Lanz, Coroleus juzgaba la Guerra de Independencia como guerra civil. A la visión de los primeros historiadores españoles, que vieron la independencia como una combinación entre la traición de los criollos y la incidia de los extranjeros, le siguió otra que trató de indagar otras causas y que combinaba la autocrítica con una mejor fundamentación historiográfica -tanto del pasado colonial como de la Independencia-, sin dejar de asignar responsabilidades a las naciones extranjeras.

En efecto, a fines del siglo pasado España buscaba un acercamiento con las ex colonias basado en la comunidad de la “raza” en su significado cultural, cuya raigambre se remontaba a los tiempos coloniales. Si entre esa época y el pasado se anteponía la interpretación condenatoria de los historiadores latinoamericanos, una nueva interpretación española resultaba más adecuada. Decía Coroleu:

“...corrió a torrentes la sangre derramada en lucha fratricida. Los descendientes de aquellos esforzados varones que con pasmo universal conquistaron y

civilizaron un mundo batiéronse con furioso encono dando al olvido su comunidad de raza, de lengua y de creencias, por considerar incompatibles los intereses y las aspiraciones que respectivamente defendían''.¹⁴³

En el siglo XIX los historiadores tenían dos vacíos que llenar. Uno, era el que dejaba la descolonización y el surgimiento de nuevos Estados nacionales. Otro, el que conformaba el conjunto, ya que cada historia particular podía insertarse en una historia común que las contuviera. El primero, lo llenó en su mayor parte la historiografía nacionalista e hizo viable el llenado del segundo, y quien más se destacó en uno y otro caso, fue Diego Barros Arana.

Barros Arana fue el historiador mejor dotado del siglo XIX chileno, uno de los más notables de todo el continente latinoamericano y el americanista más significativo, porque la mayoría de toda su obra tiene esa dirección y porque su *Historia de América* sentó la bases de un paradigma historiográfico que otras obras históricas sobre América no modificaron sustancialmente durante mucho tiempo.

Tal como lo hacía la historiografía positivista, Barros Arana distinguía en su propia producción dos tipos de obras. Las que resultan de una investigación basada en fuentes primarias y secundarias que aportan un nuevo conocimiento, y las que fundadas principalmente en las segundas tienen como objeto "agrupar ciertas noticias". Son varias las que realizó con base a documentación que recopiló en archivos chilenos y del exterior, así como en compilaciones diversas, entre otras su obra monumental *Historia General de Chile* en 16 volúmenes que sintetiza la labor de toda su vida. También publicó obras generales basadas en fuentes secundarias, como las mencionadas *Historia de América* (1865), *Elementos de retórica y poética* (1867), *Nociones de historia literaria* (1867), *La acción del clero en la revolución de la independencia americana* (1875); las tres primeras como textos para estudiantes.

Insistía mucho sobre la necesidad de someter a crítica toda fuente, en particular obras realizadas por otros autores, para no repetir errores cuando se trataba de un compendio. Barros Arana, crítico de este tipo de obras, las valoró -principalmente durante el tiempo que estuvo al frente del Instituto Nacional-, pues aunque mantenía la opinión sobre la mayor entidad de la monografía, consideraba creativa la obra realizada sobre fuentes secundarias, si reunía ciertas condiciones y más aun si incluía algunas fuentes primarias.

*“Los autores de libros elementales, simples compiladores de los últimos descubrimientos científicos, literarios o históricos, no son, pues, plagarios, puesto que no se atribuyen la invención de lo que han recogido después de estudios atentos y prolijos. El crimen de plagio en esta clase de trabajos, consiste en formar un libro sin un plan ni un pensamiento propio, con trozos enteros copiados textualmente de dos o tres autores, única fuente de estudio y de investigación”.*¹⁴⁴

Con los autores de historias generales de América fue tan riguroso en la crítica que no elogió a ninguno de sus contemporáneos. En 1865, al publicar su *Historia de América*, decía...

*“... no existe todavía una historia general y uniforme de todos los pueblos americanos.(...) Se puede asegurar que no hay materia alguna sobre la cual se hayan escrito mayores desaciertos que sobre la historia americana”.*¹⁴⁵

Cuando esta obra se reimprimió en 1894, Barros Arana agregó una bibliografía actualizada que solo contiene tres obras referidas a América como conjunto, dos alemanas y otra francesa y con cierto grado de especialidad. Una, del Marqués de Nadillac, *América prehistórica*, publicada en francés en 1883; otra, de Sophus Ruge, *Historia de la época de los descubrimientos geográficos*, traducida del alemán y publicada en 1890 y por último, la obra también alemana de Rodolfo Cronau, *América. Historia de su descubrimiento...*, ya comentada.

Como fuentes utilizó algunas obras generales sobre América publicadas antes del siglo XIX, elogiando *La Historia de América* que el historiador escocés William Robertson publicó en 1777. Sobre la guerra de independencia -al igual que Mitre- admitió como fuentes españolas aceptables las obras de Mariano Torrente y de Andrés García Camba, pero en su mayor parte se basó en autores latinoamericanos.

Apenas prestó atención a las obras generales y aún específicas que los españoles dedicaron a América durante el período independiente. A la obra de José Coroleu no parece haberla conocido, ya que aunque se publicó con posterioridad, aparentemente tampoco la menciona luego en alguna otra parte, lo cual es probable porque no se trataba de un autor especialista en el tema, pero otros que fueron prolíferos en la historia americana como Gil Gelpi y Ferro, tampoco merecieron

mayor atención. A la *Historia general de las antiguas colonias...* de Miguel Lobo y Malagamba le dedicó tiempo para su lectura y para la crítica, una de las más implacables realizadas por el historiador chileno, donde combina la crítica erudita con la mordacidad y la ironía, combinación poco frecuente en él, que se autoconsideraba moderado con relación a Mitre, mucho más vehemente como es bastante sabido.

“En cualquier libro elemental se hallan más hechos y más noticias sobre los sucesos del descubrimiento y de la conquista, y una exposición sumaria del sistema colonial de los españoles, que falta por completo en el libro del señor Lobo”. (...).

*“A falta de noticias y de hechos, el señor Lobo ha prodigado en su libro esas divagaciones o generalidades que abundan en las historias denominadas filosóficas, y que son insoportables cuando el autor no posee un estudio cabal y completo de los hechos, y cuando carece de un espíritu sagaz de seria y profunda observación”.*¹⁴⁶

Barros Arana publicó su crítica a la obra de Lobo a los pocos meses de haber sido editada. No la nombró en la edición de 1894, como hizo con otras obras del momento, ni tuvo consideración alguna ya que nada le pareció rescatable.

Llama la atención la vehemencia de Barros Arana al comentar la obra de Lobo, pues las razones expuestas, tanto de carácter metodológico como formal, resultan exageradas si se toma en cuenta otras virtudes y en especial, el perfil ideológico del escritor y marino español.

Se trata de una obra en dos tomos, compuesto en forma de tres libros incluido un apéndice de notas. Según el autor, un Contralmirante de la Armada Española, fue redactada a bordo, concluyendo el primer tomo en la fragata *Almansa*, en 1867 y el segundo en la *Navas de Tolosa*, al año siguiente.

Miguel Lobo, impugnaba las formas retardatarias del colonialismo español desde una interpretación abiertamente liberal, pero eximía de responsabilidad a la Corona, tal como lo hacían otros historiadores liberales españoles.

En efecto, los historiadores liberales españoles de la segunda mitad del siglo pasado asumían la condena a la esclavitud, a la mita, a la encomienda, al Santo Oficio, pero eximían o relativizaban la responsabilidad de la Corona y del Clero,

considerando que en su mayor parte eran hechos no deseados que habían escapado a su control. Los intereses de la Corona y el Clero, asociados entre sí, no eran necesariamente los mismos que los privados, que muchas veces debieron adversar. Esto era así hasta para un liberal como Lobo, quien pese a que con su crítica hacía responsable al clero de los síntomas del atraso metropolitano, eximía al Estado y a la Nación, es decir, al “Soberano” y a la “patria”.

*“Viéronse, con frecuencia, impotentes los esfuerzos del Soberano en favor de los indígenas, ante la insaciable sed de riquezas que a muchos de los conquistadores y de los colonos devorara (...) Ningún otro imperio registró leyes cual las dictadas para regimiento del que más rico y extenso. Y en ninguno otro tampoco viéronse tan a menudo violadas u olvidadas por los funcionarios, que, atentos sólo a su provecho, en nada se cuidaban del nombre del Soberano a quien representaba, ni de la patria a que pertenecían”.*¹⁴⁷

El deslinde de la responsabilidad del Estado español de lo que se consideraban aspectos negativos del colonialismo constituye una tradición que, aunque con notorios matices, es constante entre historiadores de matrices ideológicas opuestas.

Así por ejemplo, para José Coroleus, había dos bandos que se distinguían y oponían entre sí en las colonias en América:

*“En el uno militaban el Trono, representante de la honra nacional; el Consejo de Indias, constante paladín de las sanas y correctas doctrinas jurídicas; los príncipes de la Iglesia y la democrática milicia de las ordenes religiosas (...) En el otro peleaba con tenacidad digna de mejor causa una desmandada turba de aventureros cuyo triunfo hubiera sido un baldón eterno para España”.*¹⁴⁸

Es verdad que entre los intelectuales y funcionarios españoles, absolutistas o constitucionalistas, monárquicos o republicanos, liberales o conservadores, clericales o anticlericales, debió haber sido una rareza quien se definiera absolutamente anticolonialista en la segunda mitad del siglo XIX, cuando España, precisamente, pretendía competir en el difícil reparto del mundo desde una posición tan desfavorable, y en esto Miguel Lobo no es una excepción. Por el contrario, su valoración de la Conquista y Colonización es en general positiva, aunque desde una

visión crítica bastante común en su época, sensiblemente diferenciada de las que sustentaban historiadores como el mencionado Gil Gelpi y Ferro.

Efectivamente, no son simplemente matices los que diferencia un análisis como el que realizaba Gil Gelpi del que desarrollara Lobo, quien bien podría suscribir una apreciación del absolutismo como el que Barros Arana le hiciera llegar a Mitre en 1860 en una carta que le enviara desde París.

*“La campaña de Garibaldi en Sicilia llama en este momento la atención del viejo mundo, despierta las simpatías de los hombres avanzados y progresistas y el encono profundo de los absolutistas, que todavía creen que hay un derecho divino para ultrajar y desprestigiar a los pueblos. En aquel terreno reducido se está debatiendo la cuestión que más o menos directamente afecta al mundo entero, y particularmente a Europa, el derecho divino, como siempre, sale en apoyo de los que ordenan las matanzas de la gente inerme, la destrucción de las ciudades, el robo y el saqueo organizado. Rosas y Montt deben ser partidarios de esa panacea que puede justificar la creación de la mazorca en Buenos Aires, y las matanzas de San Felipe y la ley de confiscaciones en Chile”.*¹⁴⁹

Sin embargo, Barros Arana acometió con una crítica negativa a la obra de Lobo desde el punto de vista formal y metodológico, sin mención expresa a las diferencias sustanciales que lo apartaban del autor español, pero tampoco a algunas formulaciones ideológicas que obviamente debieron compartir.

Las críticas metodológicas y formales que Barros Arana hizo a la obra de Lobo son prácticamente indiscutibles. El uso de fuentes, el discurso empleado, la distribución temporal y temática de la obra y otros aspectos de la misma parecería indicar ciertos límites en la destreza propia de un historiador de la época, límites que Barros Arana exagera en su crítica.

Pero Barros Arana sólo aparentemente discute forma y no contenido. Las diferencias de fondo se pueden apreciar contrastando el tratamiento de muchos temas de ambas obras de historia de América y el objetivo perseguido por cada uno. La obra de Barros Arana, mucho más equilibrada, es un análisis global de la historia americana desde el poblamiento hasta el surgimiento de los nuevos estados independientes, con un expreso desprecio del período colonial, al cual consideraba

de “escasísima importancia” histórica. Lobo, por su parte, tenía como objetivo central analizar críticamente las causas de la pérdida de las colonias, lo cual hace que el autor dedique una mayor extensión y atención a los temas más próximos al período de la Independencia. La hipótesis de que la causa de la Independencia no debe buscarse solamente en la invasión francesa a España, lo lleva al autor a rastrear y explicar otras, sin afectar el orgullo nacional.

Para Barros Arana esta hipótesis, tan nodal para el desarrollo de la obra de Lobo, es una verdadera perogrullada que sólo indica el poco conocimiento que el mismo tiene de la historia de América.

En realidad las diferencias son de otra naturaleza y se basan en objetivos e interpretaciones contrapuestas. Si para Barros Arana la situación colonial anunciaba la Independencia como proceso que necesariamente debía producirse, para Lobo era inevitable en aquel momento, pero había sido viable otra alternativa

En efecto, por un lado dice Barros Arana:

*“... los colonos habían olvidado las tradiciones españolas, sus glorias y su historia, como si formaran una familia aparte. Cuando se hicieron sentir los primeros síntomas de independencia, los americanos se llamaron descendientes de Atahualpa y de Guatimocin, de Caupolican y de Lautaro”.*¹⁵⁰

Lobo, partidario de la propuesta del Conde de Aranda y en general de la política española del reinado de Carlos III, salvo algunos aspectos como la expulsión de los jesuitas, considera éste y otros errores contrarios a los intereses españoles. Según su visión colonialista la independencia fue lamentablemente inevitable en las condiciones existentes, pero hubiera sido posible llegar a otros resultados menos drásticos:

“Insigne error el de los gobernantes y legisladores, que un siglo después, creyendo a las Colonias, poco más o menos, en la misma escala de ideas que cuando sobrevino la guerra de sucesión, y dominados por las estrechas miras político económicas bajo cuya acción había desaparecido de nuestro suelo la industria, casi la agricultura, y sido raquítrico el comercio; y no obstante los principios verdaderamente liberales en que respecto a los demás se hallaban inspirados, fueron incapaces, no ya de evitar el comienzo del conflicto en ambas

Américas, porque esto no era posible, sino de que se propagase por las causas que se propagó, y tomase el carácter odioso que tomó, haciendo imposible un avenimiento, del que resultando la autonomía de los españoles del Continente Americano, sobre bases que los librase de los grandes trastornos que han sufrido y sufren, hubiese también resultado la unión mutua de ellos y nosotros, por medio de tratados y pactos comerciales, que hubiesen enlazado realmente sus intereses con los nuestros."¹⁵¹

Dos interpretaciones opuestas que, coinciden en la inevitabilidad de la Independencia, similitud que es menos sorprendente que en otras como en algunas hipótesis, tales como el de la acción de los jesuitas o sobre las formas feudales en América, pese a que tanto en uno u otro caso los juicios fueron contrarios. Ya se dijo, para Barros Arana los jesuitas hubiesen sido un adversario más para los patriotas de no haberse producido la expulsión.

*"¿Cuales habrían sido los embarazos de los padres de la patria si a todas las dificultades que tuvieron que vencer se hubieran agregado el prestigio, el poder y la riqueza de los jesuitas, que indudablemente se habrían pronunciado en contra de todo cambio de gobierno, y sobre todo, en contra de la independencia y de la república?"*¹⁵²

En esto coincide, aunque lamentándose el historiador español:

*"... fue perjudicialísima a las Colonias, y por tanto, a la Metrópoli; porque ninguna institución religiosa, ninguna tampoco civil, había prestado en la América Española servicios, como la que tratamos, a la mayor exaltación de la fe católica, al verdadero afianzamiento de nuestra dominación en las Indias Occidentales"*¹⁵³

Otra coincidencia aunque también con valoración opuesta se percibe en la observación acerca del feudalismo. Para Barros Arana,

"Chile era un país esencialmente agrícola. El antiguo sistema de los repartimientos, modificando por ley las costumbres, había dado origen a una

organización social muy semejante al feudalismo de la edad media. Los grandes propietarios de la tierra, muchos de ellos simples poseedores de vínculos hereditarios, tenían a su lado una especie de colonia de campesinos que le daban respeto y vasallaje. Los inquilinos, éste era el nombre con que eran conocidos esos vasallos, estaban sometidos por la costumbre más bien que por la ley y esa sumisión no les imponía un despotismo duro, sino una dominación casi siempre suave y benéfica. Resultaba de aquí que la gran mayoría de los pobladores del país estaba bajo la dependencia de los propietarios, y éstos tenían suficiente poder y prestigio para cambiar la faz de los negocios públicos el día que mejor les pareciera.

*Para triunfar, la revolución no tenía mas que conquistarse el apoyo de los grandes propietarios...*¹⁵⁴

En un análisis general de los tiempos coloniales Barros Arana consideraba el trabajo forzoso eludiendo caracterizarlo estrictamente como feudal, tanto la mita que “llegó a a ser motivo de terror para los infelices indios” como la encomienda que era una peculiar relación de vasallaje.

*“Los indios eran vasallos inmediatos de la corona o dependientes de otro vasallo al cual habían sido adjudicados a título de encomienda. Estas concesiones, hechas en tiempo de la conquista, duraban sólo mientras vivía el español agraciado con el repartimiento, y a veces se hacían extensivas a la vida de sus hijos. Los reyes solían proiongar esta concesión; más de ordinario, los indios volvían al dominio de la corona. Pero ya pertenecieran a los encomenderos o al rey, éstos estaban gravados con impuesto de trabajo, menos penoso sin duda que el que les impusieron los conquistadores, puesto que las leyes habían introducido importantes modificaciones, pero que constituía una pesada carga”.*¹⁵⁵

Jose Carlos Chiaramonte en *Génesis del diagnóstico feudal...* ya citado, ha analizado el contenido de la tesis basada en dos percepciones. Una, sustentada en la dispersión del poder; la otra en la desigualdad existente. La primera gozó de una aceptación más generalizada, pero en Chile y en México la segunda tuvo cierto predicamento, la cual la hizo más interesante al momento de debatir sobre el “tipo”

de sociedad prevaleciente, según los indicadores que el materialismo histórico dispuso para la confrontación, tal como se desarrolló hace algunos años.

En este sentido, el historiador español Miguel Lobo elaboró una interpretación interesante, tomada de la historiografía española de la época pero aplicada al caso hispanoamericano. Lobo percibía síntomas feudales, pero a diferencia de Barros Arana tenía una interpretación negativa de los mismos, apreciación que le permitía explicar parte de las condiciones del atraso español y de la situación en las colonias.

En la tradición de considerar el feudalismo como dispersión política, admitía que había sido superado en España con la unificación de los Reyes Católicos, pero insistía en que “los hábitos del feudalismo” persistieron desde el principio, pues la unidad se alcanzó mediante la lamentable expulsión de los judíos, el poderío creciente del clero y la conservación de prerrogativas que se afianzaron más. La derrota de los Comuneros de Villalar, pues “no quiso la Providencia que venciera el pueblo”, dejó que prevaleciera el “despotismo” y se produjera el atraso que los Borbones no evitaron, pese a los esfuerzos en contrario de algunos pocos como Carlos III. Mientras España se empobrecía y su población disminuía, el clero se enriquecía y su número se incrementaba. En definitiva, dice Lobo, “una sola cosa prosperó (...): el poderío del clero”.¹⁵⁶

Los “hábitos” feudales se trasladaron y potenciaron en América.

“... así conquistadores como primitivos colonos pertenecían a un país en que, si no tanto como en otros de Europa, no dejó de sentirse los efectos del feudalismo, muerto por completo a los certeros golpes de los católicos consortes...” (conservándose) “la exaltación de las costumbres feudales...”¹⁵⁷

Algunos historiadores latinoamericanos habían percibido la persistencia de elementos disgregadores o feudales en el federalismo, muy notable en autores como Laureano Vallenilla Lanz en las primeras décadas del siglo XX, pero fue en el siglo pasado cuando se elaboraron las primeras formulaciones historiográficas controversiales sobre la cuestión.

Ya vimos que entre los historiadores latinoamericanos se sustentaron distintas valoraciones del federalismo según la percepción que tenían del momento político que analizaban en sus respectivos países y su preferencia por una de las hipótesis acerca de su origen norteamericano o español.

El historiador norteamericano Bernard Moses sostenía, sin proponérselo, una imagen negativa del federalismo latinoamericano ya que explícitamente señalaba la influencia del federalismo norteamericano frente a la tradición centralista española, pero a la vez, dejaba entrever que se trataba de una implantación mal lograda.

“Todas las grandes naciones, desde México hasta Chile, nos hicieron el honor, en algún período de su historia, de imitar la forma de gobierno instituida por los fundadores de nuestra constitución federal. El hecho de que ninguna de esas naciones se haya mantenido leal a este sistema, se debe a la fuerza de las tradiciones de centralización generadas durante los trecientos años de absolutismo español”. ¹⁵⁸

Los historiadores españoles recogían aspectos negativos del federalismo latinoamericano desde visiones en casos totalmente contrapuestos. Desde una concepción expresamente antirrepublicana, antidemocrática y antifederalista como la de Gil Gelpi y Ferro o desde razonamientos de otra naturaleza como los sustentados por José Coroleus, quien opinaba que el federalismo no se generalizó por diversas razones, algunas achacables a los propios latinoamericanos, argumentando que ya Nariño, Miranda, Bolívar y otros sabían

“que en la América española no había hombres, luces, ni recursos suficientes para plantear el sistema federal; que por lo tanto, del establecimiento de este gobierno surgiría la anarquía, como así sucedió en efecto”. ¹⁵⁹

Además, para este autor, la llamada tradición centralista era ajena a la historia española, tanto peninsular como en sus colonias.

“¿Cómo podía España establecer en América una centralización aquí desconocida? Esta nación era entonces una monarquía federativa en la cual cada reino tenía sus fueros peculiares” (...). En España el federalismo es antiguo y genuinamente indígena, el centralismo un sistema exótico importado de Francia”. ¹⁶⁰

El argumento es discutible, pero como recurso polémico resulta interesante,

fundamentalmente porque lo respalda con obras de autores latinoamericanos, como *El Federalismo Argentino* de Francisco Ramos Mejía, 1889 y *La Sociedad hispanoamericana bajo la dominación española* de Vicente G. Quesada, cuya "Introducción" se había conocido en España en 1893.

Tanto Barros Arana como Lobo afirmaban que fueron las clases "acaudaladas" o "los grandes propietarios" lo que iniciaron el proceso independentista, aunque como en los demás análisis que atienden a la situación colonial, con juicios de valor opuestos, pero coincidentes en otros cuando no está involucrada la valoración de la Independencia.

Más allá de las analogías y diferencias entre ambas obras y la calidad de cada una, lo cierto es que la destreza demostrada por Barros Arana explica la mayor perdurabilidad y reconocimiento de su *Historia de América*.

La *Historia de América* de Barros Arana, como texto escolar o para consulta de historiadores fue ampliamente conocida más allá de Chile, cuya primicia tuvo Bartolomé Mitre.¹⁶¹

La versión original, con el nombre de *Compendio de la Historia de América* se editó en marzo de 1865 y a finales del mismo año una versión resumida pero que siguió los lineamientos originales, con el nombre de *Compendio Elemental de Historia de América*, cuya edición en Buenos Aires realizó Casa I. Jacobsen en 1881.

El *Compendio Elemental...* tuvo una difusión sin precedentes para una obra de esa naturaleza. Varias generaciones conocieron la historia americana por su intermedio y no pocos historiadores americanos y del mundo utilizaron la versión original como fuente, que también se editó en Buenos Aires en 1904.

En nuestro país la difusión de esta obra en sus dos versiones fue notable, en particular el *Compendio Elemental* que desde 1910 editó Cabaut y Cía y en 1962 Editorial Futuro, en una versión comentada por Alvaro Yunque.

Al morir Diego Barros Arana en 1907, el Congreso aprobó editar sus *Obras completas* que comenzó a publicar la Imprenta Cervantes al año siguiente. No incluye la *Historia de la Independencia de Chile*, ni la *Historia General de Chile*, faltando también algunos artículos aislados, pero contiene lo fundamental y significativamente, se inicia con los dos tomos de la *Historia de América*.

Notas

- 1 En Bolivia la historia erudita se inició, aunque con dificultades, en las últimas décadas del siglo pasado, creándose las Sociedades Geográficas y de Historia en Sucre y La Paz. Cf Valentín Abecia-"Idea general de la historiografía boliviana", en *Estudios Latinoamericanos Solar*. Santiago de Chile, 1994. Pág. 9-21. Ver pág. 12. En Perú tampoco parece haber tenido un desarrollo significativo durante el periodo analizado. Cf César Pacheco Vélez-"La historiografía peruana contemporánea", en José Pareja-Soldán (Director)-*Visión del Perú en el siglo XX*. Lima, 1963. Pág. 527-579. Ver pág. 529. Tampoco en Venezuela, exceptuando la obra de Rafael María Baralt, por lo menos hasta las últimas décadas. Cf "Discurso del Presidente de Venezuela al inaugurar la Academia Nacional de la Historia en 1888", en Germán Carrera Damas (ed)-*Historia de la historiografía venezolana. (Textos para su estudio)*. Ediciones de la Biblioteca. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1961. Pág. 418.
- 2 Tulio Halperin Donghi-"La historiografía: treinta años en busca de un rumbo", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (compiladores)-*La Argentina del ochenta al Centenario*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1980. Pág. 829-840. Cita en pág. 832.
- 3 Una visión general de la historia de la historiografía europea en George Lefebvre-*El Nacimiento de la historiografía moderna*. Ediciones Martínez Roca S.A. Traducción de Alberto Méndez. Barcelona. 1974. Cf con la excelente y orientadora síntesis de Oscar Cornblit-"Debates clásicos y actuales sobre la historia", en la compilación del autor-*Dilemas del conocimiento histórico: argumentaciones y controversias*. Editorial Sudamericana-Instituto Torcuato Di Tella. Buenos Aires, 1992. Pág. 7-77. Un panorama resumido de la evolución de la historiografía norteamericana hasta fines del siglo XIX, en Richard Hofstadter-*Los historiadores progresistas*. Ed Paidós. Trad. Eduardo J. Prieto. Buenos Aires, 1970. (Primera edición 1968). Pág. 19-53.
- 4 José Carlos Chiaramonte-*La crítica ilustrada de la realidad. Economía y sociedad en el pensamiento argentino e iberoamericano del siglo XVIII*. CEAL. Buenos Aires, 1982. (Publicado por primera vez como Prólogo de la compilación realizada por el autor *Pensamiento de la Ilustración, Economía y Sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1979.)
- 5 Cf Marta E. Pena de Matsushita-*Romanticismo y política*. Centro de Estudios Filosóficos. Editorial Docencia. Buenos Aires, 1985.
- 6 Otras controversias provocaron rencores casi xenófobos, como en el intelectual chileno Vicente Pérez Rosales, quien prefería escuchar a Rosas en su exilio inglés que a los emigrados argentinos en Chile, con quienes había tenido serios enfrentamientos. Cf *Recuerdos del pasado (1814-1860)*. Colección Estrada. Buenos Aires, 1944. (Primera edición 1882). Pág. 267-273.
- 7 Citado en Augusto Mijares-"Baralt historiador", en Germán Carrera Damas, Op cit. Pág. 312-328. Cita en pág. 313 y 314.
- 8 Rafael María Baralt-"Discurso de Incorporación como Individuo de Número a la Real Academia Española de la Lengua", pronunciado el 27 de noviembre de 1853. Reproducido en *Enciclopedia de Venezuela*. Editorial Andrés Bello S.A. Caracas, 1976. Tomo VIII. Pág. 73-102.
- 9 Claudio Gay-*Historia física y política de Chile*. 30 vol., 1844-1865. Citada en Sergio Villalobos. *Los comienzos de la historiografía económica de Chile 1862-1940*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1981. Pág. 24-25. Cf Diego Barros Arana-"Don Claudio Gay; su vida y sus obras". *Obras completas*. Editorial Cervantes. Santiago, 1908-1914. (Primera edición 1875-1876). Tomo XI. Pág. 244-257.
- 10 Angel Castellán-"Accesos historiográficos", en Hugo Biagini (compilador)-*El movimiento*

- positivista argentino. Editorial Belgrano. Buenos Aires, 1985. Pág. 78-88. Cita en pág. 79.
- 11 Diego Barros Arana-*Historia general de Chile*. 16 vol. Ed Rafael Jover Santiago, 1884. tomo I. Prólogo. Pág. XI.
- 12 Estas hipótesis, sustentadas en el primer caso por Ramón Sotomayor Valdés y en el segundo por Domingo Amunátegui Solar, son compartidas respectivamente, por Alamiro de Avila Martel, "Los estudios históricos en los primeros años de Chile independiente". En *BANH*. vol. XX-XXI. Buenos Aires, 1947-48. Pág. 366-399. Ver pág. 378-379, en un caso. En el otro, por Guillermo Feliu Cruz, *Historiografía colonial de Chile 1796-1886*. Fondo histórico y bibliográfico José Toribio Medina. Santiago, 1957. Tomo I. Pág. 53.
- 13 Adolfo Prieto-*La literatura autobiográfica argentina*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1982. (Primera edición, 1966). Pág. 21.
- 14 Carta de Bartolomé Mitre a Diego Barros Arana del 20 de octubre de 1875. *Archivo del General Mitre. Correspondencia literaria, años 1859-1881*. Biblioteca de la Nación. Tomo XX. Pág. 48-78. Cita en pág. 64.
- 15 Bartolomé Mitre-*Historia de San Martín y de la Revolución Sudamericana*, 2da edición de 1890. Reproducida en la Colección de Historia de los Grandes Hombres Argentinos. Ed Jackson, Buenos Aires, s.f. Tomo V. Pág. 181-182.
- 16 Cf E. Bradford Burns "Ideology in Nineteenth-Century Latin American Historiography". en *Hispanic American Historical Review* 58 (3), 1978. Pág. 409-431. Se trata de un interesante estudio prosopográfico basado en 63 biografías de autores latinoamericanos.
- 17 Guerra civil o internacional fueron interpretaciones que dividieron opiniones. Laureano Vallenilla Lanz sostenía la primera y José Gil Fortoul la segunda. Más recientemente la historiografía marxista volvió sobre el tema, interrogando también sobre su carácter revolucionario o no. Alberto Filippi-*Instituciones e ideologías en la Independencia Hispanoamericana*. Editorial Alianza. Buenos Aires, 1988. Pág. 14-16. Por su parte, Waldo Ansaldi ha explorado el uso de la categoría "revolución pasiva" para el período que desde la guerra de independencia se extiende hasta la formación de los Estados nacionales. Cf "¿Conviene o no conviene invocar al genio de la lámpara?. El uso de las categorías gramscianas en el análisis de la historia de las sociedades latinoamericanas." En *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*. número 2. Santa Fe. Primer semestre, 1992. Pág. 45-65.
- 18 Enrique Florescano-"De la memoria del poder a la historia como explicación", en Carlos Pereyra y otros-*Historia ¿Para qué?*. Siglo veintiuno Editoriales. 5 edición Buenos Aires, 1984. La primera edición es de 1980. Pág. 91-127. Ver pág. 98 a 102. (No confundir con Carlos Pereyra, el autor de la *Historia de la América Hispánica*, 1920)
- 19 Diego Barros Arana *Historia de América. Obras completas*, 2 tomos. Tomo II, Cf nota 2 en pág. 207 y nota 3 en pág. 236.
- 20 *Ibidem*, pág. 222.
- 21 José Manuel Restrepo-*Historia de la Revolución de la República de Colombia*. Primera edición en París, 1827. Segunda edición en 1858 corregida y sensiblemente aumentada, impresa en Besancon. Advertencia del autor en esta segunda edición fechada el 13 de setiembre de 1848 en Bogotá Reproducida por Editorial Bedout SA Medellín, 1974. 6 tomos. Tomo I, pág. 131.
- 22 *Ibidem*. Tomo VI, pág. 623.
- 23 Miguel Lobo-*Historia General. Antiguas colonias Hispano Americanas. Desde su descubrimiento hasta el año mil ochocientos ocho*. 2 vol. Miguel Guizarro Editor. Madrid, 1875. Tomo I pág. 11
- 24 Cf Diego Barros Arana-"Historiadores argentinos anteriores Bartolomé Mitre". Publicada originalmente en *Revista chilena*. Santiago, 1876. Ampliado en 1883 en el periodico

- Los Lunes*, Santiago. En *Obras completas*. Tomo IX. Pág. 479-504.
- 25 Rafael María Baralt y Ramón Díaz-Resumen de la *Historia de Venezuela*. La edición consultada, A. Bethencourt e hijos. Curazao, 1887. (Primera edición, Paris 1841).
- 26 Nikita Harwich Vallenilla- "Imaginario colectivo e identidad nacional. Tres etapas en la enseñanza de la historia de Venezuela", en Michael Riekenberg (Compilador)- *Latinoamérica: Enseñanza de la historia, libros de textos y conciencia histórica*. Alianza Editorial. Buenos Aires, 1991. Pág. 77-102.
- 27 Bartolomé Mitre- *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. 4ta edición de 1887. Reproducida en la Colección de Historia de los Grandes Hombres Argentinos. Ed Jackson, Buenos Aires, sf. Tomo I. Capítulos VIII a X. Cita en pág. 345 y 349.
- 28 Francisco Guerrini-*El ciudadano argentino. Nociones de Instrucción Cívica*. Aprobado como texto por el Consejo nacional de Educación y por el Consejo General de la Provincia de Buenos Aires. 4ta edición. Talleres Solá Hnos. La Plata, 1895. (Primera edición, 1892). Pág. 59-62.
- 29 Bartolomé Mitre-*Las ruinas de Tiahuanaco*. Estudio Preliminar de Fernando Márquez Miranda. Librería Hachete S.A. Buenos Aires, 1954. (Primera publicación, 1879). Pág. 113.
- 30 Bartolomé Mitre-*Historia de San Martín...* Op cit. Tomo I, pág. 60.
- 31 Citado por Gabriel Fagnilli Fuentes- "Barros Arana y Mitre: Historiadores de la Revolución por la independencia". *III Congreso Internacional de Historia de América*. Vol 3. Buenos Aires, 1961. Pág. 83-101. Cita en pág. 85.
- 32 Juan Antonio Oddone- "La historiografía uruguaya en el siglo XIX. Apuntes para su estudio", en *Revista histórica de la Universidad*. 2da. época. n.1. Montevideo, 1959. Pág.32-33
- 33 Carlos Real de Azúa-*Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*. Editorial Arca. Montevideo, 1991. Pág. 54.
- 34 Diego Barros Arana "Juan Manuel Pereira da Silva". *Revista de Santiago*, 1872, tomo I, pág. 460-471. En *Obras completas*. Tomo X, pág. 425-440.
- 35 Denise G. Bottmann- "A propósito de Capistrano", en *História: Questões y Debates*. Associação Paranense de História Año 10 Nro 18 e 19. Curitiba. Junho e dezembro de 1989. Pág. 283-301. Ver pág. 287-288.
- 36 Cf Manoel Luis Salgado Guimaraes- "Nacão e Civilização nos Trópicos: O Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro e o Projeto de uma História Nacional", en *Estudios históricos. Caminhos da historiografia*. nro 1. Rio de Janeiro, 1988. Pág. 5-27. Por su parte, a fines del siglo pasado la diferenciación con América tuvo una fuerte y beligerante fundamentación desde la resistencia monarquista. Eduardo Prado-*A ilusão americana*. Instituição Brasileira de Difusão Cultural S.A. 5ta ed. Sao Paulo, 1980. (Primera edición, 1893).
- 37 Carlos Pereyra-*Breve Historia de América*. Aguilar. 3ra edición. México, 1949. Pág. 629.
- 38 Rómulo Carbia- "El régimen colonial español en el Río de la Plata". *Ateneo*. Tomo XIII, 1912. Pág. 156. Citado en MARTIN Montalvo, Cesilda y otros- "El hispanoamericanismo, 1880-1930", en *Quinto Centenario de América, economía, sociedades Boletín de Historia Americana de la Universidad Complutense de Madrid*. nro. 8, 1985. Pág. 151.
- 39 Rómulo Carbia-*Historia de la Leyenda Negra*. Ediciones Orientación Española. Buenos Aires, 1943.
- 40 Alberto Filippi, Op cit. Pág. 25.
- 41 E. Bradford Burns- Op cit. Pág. 429.
- 42 José Carlos Chiaramonte- "El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana", en *Cuadernos del Instituto Ravignani*. Institu-

to de Historia Argentina y Americana. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Número 2. Octubre de 1991. Pág. 7.

43 Jaime Jaramillo Uribe-"Frecuencias temáticas de la historiografía latinoamericana", en Leopoldo Zea (Coordinación e introducción)-*América Latina en sus ideas*. Siglo Veintiuno Editores. México, 1986. Pág. 23-45. Cita en pág. 32.

44 Citado por Mario Barrios C.-"La discusión de los monumentos: el pensamiento de Bello en Chile". Compilado en "El pensamiento en Chile 1830-1910". *Estudios latinoamericanos nro 1*. Nuestra América Ediciones. Santiago, 1987. Pág. 9-25. Cita en pág. 21.

45 *Ibidem*, pág. 22.

46 Ricardo Donoso-*Las ideas políticas en Chile*. Eudeba. Buenos Aires, 1975. (Primera edición, México 1946). Pág. 151-279.

47 Diego Barros Arana-"Riquezas de los antiguos jesuitas de Chile". *Revista de Santiago*, 1872. En *Obras completas*. Tomo X. Pág. 43-135. Cita en pág. 81.

48 Bartolomé Mitre-*Historia de Belgrano...* Op cit. pág. 44-46.

49 Diego Barros Arana-"La acción del clero en la revolución de la independencia americana". *Revista chilena*. Santiago, 1875. Tomo I. Pág. 49-73 y 241-271. En *Obras completas*. Tomo X. Pág. 303-423. Cita en pág. 304.

50 Bernardino Llorca-*Manual de Historia Eclesiástica*. Editorial Labor S.A. Barcelona, 1942.

51 José Carlos Chiaramonte-*La crítica ilustrada de la realidad...* Op cit. pág. 151.

52 Fernando J. Devoto-*Entre Taine y Braudel. Itinerarios de la historiografía contemporánea*. Editorial Biblos. Buenos Aires, 1992. Pág. 31-35.

53 Teresa Pereira Larrain-"El pensamiento de una generación de historiadores hispano-

americanos: Alberto Edwards, Ernesto Quesada y Laureano Vallenilla", en *Estudios Históricos* nro 2. Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile. Pág. 3-103. Ver pág. 5.

54 Diego Barros Arana-"Hipólito Taine. Orígenes de la Francia contemporánea". Comentario publicado en la "Revista bibliográfica" de la *Revista chilena* de mayo de 1876. En *Obras completas*. Tomo VI. Pág. 406.

55 Carlos M. Rama-*Nacionalismo e historiografía en América Latina*. Editorial Tecnos. Madrid, 1981. Para un balance reciente del revisionismo en la Argentina, Cf Alejandro Cataruzza, "Algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico", en Fernando Devoto (Estudio preliminar y compilación)- *La historiografía argentina en el siglo XX*. Centro Editor de América Latina. Los fundamentos de las ciencias del hombre. Vol. 1. Buenos Aires, 1993. Pág. 113-139.

56 José Gil Fortoul-*Historia constitucional de Venezuela*. 5ta edición. 3 vol. Ediciones Sales. Caracas, 1964. La primera edición se inició con el Tomo I en 1907, del cual se extrae la cita en pág. 32.

57 Germán Colmenares-"La batalla de los manuales en Colombia", en Michael Riekenberg (Compilador)-Op cit. Pág. 122-134. Ver pág. 124 a 127.

58 Ricardo Donoso-Barros Arana... Op cit. Pág. 234-239.

59 Diego Barros Arana-"Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional". Tomo I. Santiago. Imprenta del Ferrocarril. En *Obras completas*. Tomo VIII. Pág. 123-128. Cita en pág. 125-126.

60 Francisco Encina-*Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta 1891*. 4ta ed. Ed Nacimiento. Santiago de Chile, 1955. Tomo I. En el Prólogo de la primera edición de 1938. Pág. 17.

61 Fernando J. Devoto-Op cit. "Estudio Preliminar", pág. 7-22 y de Nora Pagano-Miguel

- Angel Galante, "La Nueva Escuela Histórica. Una aproximación institucional del Centenario a la década del 40". Pág. 45-78
- 62 Diego Barros Arana-"Fustel de Coulanges. Historia de las instituciones políticas de la antigua Francia". Comentario publicado en *Revista chilena* de octubre de 1875. En *Obras completas*. Tomo VI. Pág. 267-269.
- 63 Diego Barros Arana- "Carta al redactor de la crónica literaria de la *Revista del Pacífico*, sobre la publicación de la Colección de historiadores de Chile". *Revista del Pacífico*, Valparaíso, 1861. Tomo I. Pág. 776-780. En *Obras completas*. Tomo VIII. Pág. 117-122. Cita en pág. 121-122.
- 64 Alberto Filippi, Op cit. pág.12.
- 65 Tulio Halperin Donghi-*Una nación para el desierto argentino*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1982. Pág.96. (Publicado por primera vez como Prólogo a Proyecto y construcción de una nación - Argentina 1846-1880-. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1980).
- 66 Cf E. Bradford Burns-Op cit.
- 67 Cf Ricardo Levene-"Fundación del Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata y de la Junta de Historia y Numismática Americana", en *Boletín de la JHNA*, vol. 5. Pág. 123-133. Del mismo autor, "El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay y la personalidad de su fundador Andrés Lamas", en *BANH*. Vol XVII, 1944. Pág. 83-99.
- 68 Actas de los I y II *Congresos Internacionales de Historia y Geografía*. Río de Janeiro, noviembre de 1922 y Buenos Aires, 1937. Cf también Actas del III Congreso..., Buenos Aires, 1960.
- 69 William Spence Robertson- "Orientaciones de la historiografía latinoamericana", en *BANH* Vol. XIX. Buenos Aires, 1946. Pág. 335-346. Cita en pág. 345.
- 70 Los distintos criterios para definir la profesionalidad en Europa hacen que su origen pueda situarse tanto en la primera década como en el último tercio del siglo XIX, tal como lo indica Fernando Devoto-*La historiografía argentina...* Op cit. Pág. 12-13.
- 71 Andrés Bello-"Discurso Inaugural de la Universidad de Chile", pronunciado el 17 de setiembre de 1843. Reproducido en *Enciclopedia de Venezuela*. Op cit. Pág. 59-69. Cita en pág.68.
- 72 Guillermo Feliú Cruz. Op cit. Pág. 53-58.
- 73 Juan Antonio Oddone. Op cit. pág. 14.
- 74 Sergio Villalobos R.-"La perturbación momentánea de 1891". En *La época de Balmaceda*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Santiago, 1992. Pág. 13-22.
- 75 Diego Barros Arana-*Historia de la Independencia de Chile*, Santiago, 1854-1858. Citado por Ricardo Donoso-Barros Arana. *Educador, historiador y hombre público*. Universidad de Chile. Santiago, 1931. Pág. 27.
- 76 Diego Barros Arana, "Importancia de los documentos históricos". *Sud América*. 1 de mayo de 1873. Tomo I pág. 16-21. En *Obras completas*. Tomo VIII Pág. 137-142.
- 77 Diego Barros Arana "Una ilusión menos. La verdad sobre la historia de Guillermo Tell". *Revista chilena*. Santiago, 1875. Tomo III, 395-403. En *Obras completas*. Tomo IX. Pág. 7-17. Cita en pág. 7.
- 78 Diego Barros Arana, "Elementos de retórica y poética". Publicado por primera vez en 1867. En *Obras completas*. Tomo III. Pág. 208-209.
- 79 En una interesante y muy conocida carta de Bartolomé Mitre dirigida a Barros Arana con fecha 20 de octubre de 1875, desarrolla en 18 carillas abundantes reflexiones historiográficas donde la crítica mordaz no exime ni al destinatario, con quien además de una gran amistad lo unía una notable afinidad conceptual, según ambos confesaban en distintas oportunidades. Cf *Archivo del General Mitre*. Op cit.

- 80 Diego Barros Arana-"Historiadores argentinos anteriores a Bartolomé Mitre... Op cit.
- 81 Carta de Diego Barros Arana a Bartolomé Mitre del 5 de diciembre de 1875. Op cit. Pág. 80.
- 82 Diego Barros Arana-"Don Manuel Luis Amunátegui (1828-1888)". Biografía basada en parte en un artículo publicado en ocasión de la postulación presidencial de Amunátegui en 1875, reelaborada en ocasión de su muerte y publicada en París, 1889. En *Obras completas*. Tomo XIII. Pág. 261-419. Cita en pág. 288.
- 83 A.P. Canabrava "Apontamentos sobre Varnhagen e Capistrano de Abreu", en *Revista de História*. Vol. 43. nro. 88. Sao Paulo, 1971. Pág. 417-424. Especialmente pág. 418-419.
- 84 Cf Florencia Ferreira de Cassone-"Hayden White y su epistemología de la historia", en *Teoría y realidad histórica en América*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, 1994. Pág. 59-73 y Oscar Cornblit-"Acontecimientos y leyes en la explicación histórica" en Op cit. Pág. 253-278. Sobre el "retorno" al narrativismo Julián Casanova lo analiza desde la perspectiva de la crisis de la historia social. *La historia social y los historiadores*. Editorial Crítica. Barcelona, 1991. Pág. 114-122. Cf también Josep Fontana-*La historia después del fin de la historia*. Editorial Crítica. Barcelona, 1992. Pág. 17-24. Hayden White-*El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Trad Jorge Vigil Rubio. Editorial Paidós. Barcelona, 1992. (La primera edición en inglés, 1987).
- 85 J.M. Miguel y Verges-*La Independencia Mexicana y la Prensa Insurgente*. Fondo de Cultura Económica. México, 1941. Pág. 77.
- 86 José Manuel Restrepo, Op cit. Tomo I, pág. 15-16.
- 87 Omar Díaz de Arce-*Ensayos latinoamericanos*. Instituto Cubano del Libro. La Habana, 1971.
- 88 Me refiero al debate acerca del tipo de sociedad prevaleciente en América Latina, feudal o capitalista. Sobre la evolución de la tesis feudal en el pensamiento latinoamericano desde comienzos del siglo XIX y su manifestación en algunas obras historiográficas, ver en José Carlos Chiaramonte-"Génesis del diagnóstico feudal en la historia hispanoamericana", en *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica*. Editorial Grijalbo. México, 1984. Pág. 15-95.
- 89 Cf Giovanni Sartori y Lenonardo Morlino (eds.)-*La comparación en las ciencias sociales*. Trad. Juan Russo y Miguel A. Ruiz de Azúa. Editorial Alianza. Madrid, 1994.
- 90 José Martí alertaba al comenzar "Nuestra América" (1891): "Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea". Compilado en *Hispanoamérica en lucha por su independencia*. Cuadernos Americanos. México, 1962. Pág. 114-120. Por su parte, el hispanoamericanista norteamericano Bernard Moses criticaba en 1898 desde un punto de vista metodológico "la tendencia a la estrechez de criterio y al provincialismo". Cf "La olvidada mitad de la historia americana", en Lewis Hanke (Compilación e introducción)-*¿Tienen las Américas una historia común?* Una crítica de la teoría de Bolton. Trad. María Antonia Baralt. Editorial Diana SA. México, 1966. Pág. 61-67. Cita en pág. 65. A fines del siglo pasado el historiador norteamericano W.F. Allen enseñaba la historia norteamericana "ubicándola sobre el fondo de la historia universal, con lo cual la sustraía del reino del localismo anticuario...". Algo similar puede comentarse sobre Frederick Jackson Turner. Cf Richard Hofstadter- Op cit. Pág. 72.
- 91 Claude Fohlen-*La América anglosajona de 1815 a nuestros días*. Editorial Labor S.A. Colección Nueva Clío. Barcelona, 1976. Segunda edición corregida por el autor. Primera edición de 1967. Traducida del francés por Enrique Irazoqui. Pág. V del Prólogo.
- 92 El Discurso de H.E. Bolton y parte de la polémica fue compilada por Lewis Hanke, Op cit, pág. 73-109. Cf Enrique de Gandía, "El panamericanismo en la historia", publi-

cado en el *Boletín de la ANH* vol.XV de 1941, pág. 383-393 y reproducido por Hanke.

93 Alberto Filippi, *Op cit.* pág.297.

94 Carlos Calvo ha sido reconocido más en el campo del derecho internacional que en el historiográfico, porque su aporte en el primero fue más significativo. Rómulo Carbia lo calificaba como cronista e historiadores posteriores han considerado su aporte historiográfico: "jurista historiador franco-argentino" dice Alberto Filippi-*Op cit.* Nota 21, pág. 304. Juan Antonio Oddone ha hecho notar su importante labor heurística, así como su origen uruguayo. *Op cit.* Pág. 3-37. Ver Nota 9, pág. 8. También pág. 24.

95 Arturo Ardao-"Panamericanismo y latinoamericanismo". En Leopoldo Zea-*Op cit.* Pág. 157-171. Cita en pág. 161.

96 Daniel Campi-"Historia regional, ¿por qué?", en *Jujuy en la historia. Avances de investigación.* Unidad de investigación en historia regional. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Jujuy, 1993. Pág. 11-21. Cita en pág. 15.

97 *II Congreso de Historia y Geografía Hispano-americanos.* Actas y Memorias. Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés. Madrid, 1921. Pág. 168. La Ponencia con el nombre "La denominación de América Latina", en pág. 349-355.

98 Héctor José Tanzi-"Historiografía americana", en *Revista de América.* Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México, nro. 104. Pág. 65-112. Cita en pág. 69.

99 John Lynch-*Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826.* Editorial Ariel. Barcelona, 1976. Edición inglesa de 1973. Trad por Javier Alfaya y Bárbara McShane. "Ensayo bibliográfico". Pág. 399-418. Cita de pág. 405.

100 William Spence Robertson-*Op cit.* pág.336.

101 El tema ha estado asociado al actual debate sobre el momento histórico del surgimiento

de la nación en América Latina. Para el caso latinoamericano Cf Ricaurte Soler- *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperalismo.* Ed Siglo Veintiuno. México, 1980. Para la situación en el Río de la Plata ver José Carlos Chiaramonte-"Formas de identidad política en el Río de la Plata luego de 1810", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr Emilio Ravignani.* 3 serie número 1. Buenos Aires, 1989.

102 Carlos Morla Vicuña. *Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego.* F.A. Brockhaus. Leipzig, 1903.

103 Richard Hofstadter- *Op cit.* Pág. 24-26.

104 *Ibidem,* pág.25.

105 Bernard Moses, *Op cit.* Pág. 65.

106 Richard Hofstadter, *Op cit.* Pág. 166.

107 Miguel Angel De Marco-"Carlos Casado y la Guerra de Cuba", en *Argentinos y españoles.* Fundación Complejo Cultural Parque España. Centro de investigación y Documentación Histórica. Rosario, 1988. Pág 195-202.

108 Marcello Carmagnani (compilador)- *Federalismos latinoamericanos: México, Brasil, Argentina.* El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica. México, 1993. Cf también Luis Sanchez Agesta-*La democracia en Hispanoamérica. Un balance histórico.* Ediciones Rialp. Madrid, 1987. Pág.63-105.

109 José Manuel Restrepo, *Op cit.* Tomo I, pág. 198-199. Subrayado por el Autor.

110 Roberto Levillier-*Chile y Tucumán en el siglo XVI (El conflicto Villagra-Núñez de Prado) Refutación de las inexactitudes del señor don T. Thayer Ojeda en su análisis crítico de la Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán.* Imprenta Le Livre Libre. París, 1928. Pág. 7 y 20.

111 Diego Barros Arana-"Don Mariano Torren-

- te". *Revista de Santiago*, 1872. Tomo I. Pág. 161-181. En *Obras completas*. Tomo X. Pág. 397-423.
- 112 José Manuel Restrepo, Op cit. Tomo I, pág.12.
- 113 Bartolomé Mitre-*Historia de Belgrano...*Op cit. Tomo II. pág. 163, nota 22.
- 114 Un catálogo muy completo de la producción historiográfica sobre la historia de América, en B. Sanchez Alonso-*Fuentes de la historia española e hispanoamericana. Ensayo de bibliografía sistemática de impresos y manuscritos que ilustran la historia política de España y sus antiguas provincias de ultramar*. 2 volúmenes. Segunda edición revisada y ampliada. Junta para la ampliación e investigaciones científicas. Centro de estudios históricos. Imprenta Clásica Española. Madrid, 1927.
- 115 Juan Manuel Restrepo-Op cit. Tomo I. Pág. 15.
- 116 Simón Bolívar-"Carta a José Manuel Restrepo", en Germán Carrera Damas-Op cit. Pág. 56-57.
- 117 Juan Manuel Restrepo-Op cit. Tomo VI, pág.623-624.
- 118 Diego Barros Arana- "Elogio del señor don Andrés Bello". *Anales de la Universidad de Chile*, 1866. Tomo XXVIII. Pág. 21-32. En *Obras completas*. Tomo XIII. Pág. 235-250. Cita en pág. 249.
- 119 José Gil Fortoul-Op cit. Tomo II. Pág. 149.
- 120 Gil Gelpi y Ferro- *Estudios sobre la América. Conquista, colonización, gobiernos coloniales y gobiernos independientes*. Librería e Imprenta "El Iris". Habana. Partes 1 y 2 en un volumen, 1864-1866. Imprenta de la "Prensa". Habana. Partes 3 y 4 en otro volumen, 1870. Tomo II. Cuarta parte. Pág. 74.
- 121 Carlos Navarro y Lamarca-*Compendio de la historia general de América*. Ed Angel Estrada y Cía. Buenos Aires, 1910-1913. 2 vol.
- 122 Gil Gelpi y Ferro. Op cit. Tomo I. Pág. 314
- 123 *Ibidem* Tomo II. 2da parte. Pág.96.
- 124 *Ibidem* Tomo II 4ta parte, pág.159-160.
- 125 *Ibidem* "Introducción", pág. IV.
- 126 Rodolfo Cronau-América. *Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos*. 3 vol. Montaner y Jimon. Barcelona, 1892. Traducida del alemán por la editorial.
- 127 *Ibidem*. Prefacio. Pág. V y VI.
- 128 *Ibidem*. Tomo III. Pág. 79-80.
- 129 José Coroleu, América. *Historia de su colonización, dominación e independencia*. Montaner y Simón, Editores. Barcelona, 1994-96. Los tomos III y IV completados por Manuel Aranda y San Juan. Tomo III, pág.206-207.
- 130 *Ibidem*. Tomo II. Pág. 280.
- 131 *Ibidem*. Tomo I. Pág. 255-256.
- 132 *Ibidem*. Pág. 363.
- 133 *Ibidem*. Tomo III. Pág. 194.
- 134 *Ibidem*. Tomo II. Pág. 93.
- 135 *Ibidem*. Tomo II. Pág. 168.
- 136 *Ibidem*. Tomo IV. Pág. 44.
- 137 *Ibidem*. Tomo IV. Pág. 159.
- 138 *Ibidem*. Tomo III. Pág. 231.
- 139 *Ibidem*. Tomo III, Pág. 296.
- 140 *Ibidem*. Tomo IV. Pág. 159.
- 141 *Ibidem*. Tomo III. Pág. 249.
- 142 *Ibidem*. Tomo II. Pág. 232, nota 1.
- 143 *Ibidem*. Tomo III. Pág. 168.

- 144 Diego Barros Arana- "Nociones de historia literaria". En *Obras Completas*. Tomo IV. Pág. 9.
- 145 Diego Barros Arana- "Historia de América", Op cit. Tomo I. Pág. 2.
- 146 Diego Barros Arana- "Miguel Lobo. Historia general de las antiguas colonias hispanoamericanas". *Revista chilena*, 1-4-76. Tomo IV. Pág. 630-634. En *Obras completas*. Tomo IX. Pág. 422-429. Citas en págs. 424 y 426.
- 147 Miguel Lobo, Op cit. Tomo I, pág.4 y 5.
- 148 José Coroleu, Op cit. Tomo II. Pág. 80.
- 149 *Archivo del General Mitre*. Op cit. Carta de Barros Arana a Mitre. Paris, 7 de junio de 1860. Pág. 10-14. Cita en pág.10-11.
- 150 Diego Barros Arana. *Historia de América*, Op cit. Tomo II, pág.74.
- 151 Miguel Lobo, Op cit. Tomo I, pág.61.
- 152 Diego Barros Arana- "Riquezas de los antiguos jesuitas de Chile", Op cit. Pág. 134.
- 153 Miguel Lobo, Op cit. Tomo I, pág. 252.
- 154 Diego Barros Arana, *Historia de América*. Tomo II, pág. 358.
- 155 *Ibidem*. Pág.58.
- 156 Miguel Lobo, Op cit. Tomo II, pág.157-177.
- 157 *Ibidem*. Tomo I, pág. 27 y 28.
- 158 Bernard Moses-Op cit. Pág. 62.
- 159 José Coroleu- Op cit. Tomo IV. Pág. 89.
- 160 *Ibid*. Tomo I. Pág. 74.
- 161 Barros Arana comenzó a escribir la obra en los primeros meses de 1864 y en agosto del año siguiente. recién impresa una parte, se la enviaba a Bartolomé Mitre. Cf. *Cartas de Barros Arana a Mitre del 12 de julio de 1864 y del 30 de agosto de 1865. Correspondencia literaria. Años 1859-1881*, Op cit. Pág.25-27 y 42.

Fuentes

- ABECIA, Valentín-"Idea general de la historiografía boliviana", en *Estudios Latinoamericanos Solar*. Santiago de Chile, 1994. Pág. 9-21.
- ADAMS, Willi Paul (Comp)-*Los Estados Unidos de América*. Siglo Veintiuno. Traducida del alemán por Máximo Cajal y Pedro Gálvez. 12 ed. México, 1986. (Primera edición 1979)
- ANSALDI, Waldo -"¿Conviene o no conviene invocar al genio de la lámpara? El uso de las categorías gramscianas en el análisis de la historia de las sociedades latinoamericanas", en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*. número 2. Santa Fe. Primer semestre, 1992. Pág. 45-65.
- ARCHIVO DEL GENERAL MITRE-*Correspondencia literaria, años 1859-1881*. Biblioteca de la Nación. Buenos Aires. Tomo XX.
- ARDAO, Arturo-"Panamericanismo y latinoamericanismo". En Leopoldo Zea (Coordinación e introducción)-*América Latina en sus ideas*. Siglo XXI-Unesco. México, 1986. Pág. 157-171.
- AVILA MARTEL, Alamito de-"Los estudios históricos en los primeros años de Chile independiente". En *BANH*. vol.XX-XXI, Buenos Aires, 1947-48. Pág. 366-399.
- BARALT, Rafael María y Ramón Díaz-*Resumen de la Historia de Venezuela*. A. Bethencourt e hijos. Curazao, 1887. (Primera edición Paris, 1841).
- BARALT, Rafael María-"Discurso de Incorporación como Individuo de Número a la Real Academia Española de la Lengua", pronunciado el 27 de noviembre de 1853. Reproducido en *Enciclopedia de Venezuela*. Editorial Andrés Bello S.A. Caracas, 1976. Tomo VIII. Pág. 73-102.
- BARBANO, Adolfo N.-*El siglo XIX y la Historia. La Historia a través de Mitre y López*. Buenos Aires, 1950. sd.
- BARRIOS C, Mario-"La discusión de los monumentos: el pensamiento de Bello en Chile", Compilado en "El pensamiento en Chile 1830-1910". *Estudios latinoamericanos nro 1*. Nuestra América Ediciones. Santiago, 1987. Pág. 9-25.
- BARROS ARANA, Diego-*Obras completas*. Editorial Cervantes. Santiago, 1908-1914. 14 tomos.
- Historia general de Chile*. Ed Rafael Jover Santiago, 1884-1902. 16 tomos. (Consulta tomo I)
- BELLO, Andrés-"Discurso Inaugural de la Universidad de Chile", pronunciado el 17 de setiembre de 1843. Reproducido en *Enciclopedia de Venezuela*. Op cit. Pág. 59-69.
- BOERSNER, Demetrio-*Relaciones internacionales de América Latina. Breve historia*. Editorial Nueva Sociedad. 4ta edición. Caracas, 1990. (Primera edición en 1982)
- BOTTMANN, Denise G.-"A propósito de Capistrano", en *História: Questões y Debates*. Associação Paranense de História. Año 10 N.18 e 19. Curitiba. Junho e dezembro de 1989. Pág. 283-301.
- BRADFORD BURNS, E.-"Ideology in Nineteenth-Century Latin American Historiography", en *Hispanic American Historical Review* 58 (3), 1978. Pág. 409-431.
- BUCHBINDER, Pablo-"La historiografía rioplatense y el problema de los orígenes de la nación", en *Cuadernos del CLAEH*, nro 69. Montevideo. 2da serie, año 19. 1994. Pág. 29-47.
- CAMPI, Daniel-"Historia regional, ¿por qué?", en *Jujuy en la historia. Avances de investigación*. Unidad de investigación en historia regional. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Jujuy, 1993. Pág. 11-21.

- CANABRAVA, A.P.-"Apontamentos sobre Varnhagen e Capistrano de Abreu", en *Revista de Historia*. Vol. 43. nro. 88. Sao Paulo, 1971. Pág. 417-424.
- CARRERA DAMAS, Germán (ed)-*Historia de la historiografía venezolana. (Textos para su estudio)*. Ediciones de la Biblioteca. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1961.
- CARBIA, Rómulo-*Historia de la Leyenda Negra*. Ediciones Orientación Española. Buenos Aires, 1943.
- CARMAGNANI, Marcello (compilador)-*Federalismos latinoamericanos: México, Brasil, Argentina*. El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica. México, 1993.
- CASANOVA, Julián-*La historia social y los historiadores*. Editorial Crítica. Barcelona, 1991.
- CASTELLAN, Angel-"Accesos historiográficos", en Hugo Biagini (compilador)-*El movimiento positivista argentino*. Editorial Belgrano. Buenos Aires, 1985. Pág. 78-88.
- CATARUZZA, Alejandro, "Algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico", en Fernando Devoto (Estudio preliminar y compilación)- *La historiografía argentina en el siglo XX*. vol I. Centro Editor de América Latina. Los fundamentos de las ciencias del hombre. Buenos Aires, 1993. Pág. 113-139.
- COLMENARES, Germán-"La batalla de los manuales en Colombia", en Michael Riekenberg (Compilador)- *Latinoamérica: Enseñanza de la historia, libros de textos y conciencia histórica*. Alianza Editorial. Buenos Aires, 1991. Pág. 122-134.
- II Congreso de Historia y Geografía Hispano-americanos*. Actas y Memorias. Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés. Madrid, 1921.
- I Congreso Internacional de Historia y Geografía*. Río de Janeiro, noviembre de 1922.
- II Congreso Internacional...* Ibídem. Buenos Aires, 1937.
- CORNBLIT, Oscar-"Debates clásicos y actuales sobre la historia", en la compilación del autor-*Dilemas del conocimiento histórico: argumentaciones y controversias*. Editorial Sudamericana-Instituto Torcuato Di Tella. Buenos Aires, 1992. Pág. 7-77.
- "Acontecimientos y leyes en la explicación histórica" en *Op cit.* Pág. 253-278.
- COROLEU, José-*América. Historia de su colonización, dominación e independencia*. Montaner y Simón, Editores. Barcelona, 1894-96. Los tomos III y IV completados por Manuel Aranda y San Juan.
- CRONAU, Rodolfo-*América. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos*. 3 vol. Montaner y Jimon. Barcelona, 1892. Traducida del alemán por la editorial.
- CHIARAMONTE, José Carlos-*La crítica ilustrada de la realidad. Economía y sociedad en el pensamiento argentino e iberoamericano del siglo XVIII*. CEAL. Buenos Aires, 1982.
- "Génesis del diagnóstico feudal en la historia hispanoamericana", en *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica*. Editorial Grijalbo. México, 1984. Pág. 15-95.
- "Formas de identidad política en el Río de la Plata luego de 1810", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr Emilio Ravignani*. 3 serie número 1. Buenos Aires, 1989.
- "El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana", en *Cuadernos del Instituto Ravignani* Instituto de Historia Argentina y Americana. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Número 2. Octubre de 1991.
- DE MARCO, Miguel Angel-*Argentinos y españoles*. Fundación Complejo Cultural Parque España. Centro de investigación y Documentación Histórica. Rosario, 1988.
- DEVOTO, Fernando J.-*Entre Taine y Braudel. Itinerarios de la historiografía contemporánea*. Editorial Biblos. Buenos Aires, 1992.

- "Estudio preliminar", en *La historiografía argentina en el siglo XX*. vol I. Centro Editor de América Latina. Los fundamentos de las ciencias del hombre. Buenos Aires, 1993.
- DIAZ DE ARCE, Omar-*Ensayos latinoamericanos*. Instituto Cubano del Libro. La Habana, 1971.
- DONOSO, Ricardo-*Barros Arana educador, historiador y hombre público*. Universidad de Chile, 1931.
- *Las ideas políticas en Chile*. Eudeba. Buenos Aires, 1975. (Primera edición, México 1946).
- ENCINA, Francisco-*Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta 1891*. 4 ed. Tomo I. Ed Nacimiento. Santiago de Chile, 1955.
- FAGNILLI FUENTES, Gabriel- "Barros Arana y Mitre: Historiadores de la Revolución por la independencia". *III Congreso Internacional de Historia de América*. Vol 3., Buenos Aires, 1961. Pág. 83-101.
- FELIU CRUZ, Guillermo-*Historiografía colonial de Chile 1796-1886*. Fondo histórico y bibliográfico José Toribio Medina. Santiago, 1957.
- FILIPPI, Alberto-*Instituciones e ideologías en la Independencia Hispanoamericana*. Alianza Editorial. Buenos Aires, 1988.
- FERREIRA de CASSONE, Florencia-*Teoría y realidad histórica en América*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, 1994.
- FLORESCANO, Enrique- "De la memoria del poder a la historia como explicación", en Carlos Pereyra y otros-*Historia ¿Para qué?*. 5ta ed. Siglo Veintiuno Editores. Buenos Aires, 1984. (Primera edición, 1980).
- FOHLEN, Claude-*La América anglosajona de 1815 a nuestros días*. Editorial Labor S.A. Colección Nueva Clío. Segunda edición corregida por el autor. Traducida del francés por Enrique Irazoqui. Barcelona, 1976. (Primera edición, 1967).
- FONTANA, Josep-*La historia después del fin de la historia*. Editorial Crítica. Barcelona, 1992.
- FUNES, Patricia- "Del Mundus Novus al novomundismo. Algunas reflexiones sobre el nombre de América Latina", en Cuadernos del CLAEH. nro 63-64. Montevideo. Segunda Serie. Año 17. Pág. 67-79.
- GIL GELPI Y FERRO-*Estudios sobre la América. Conquista, colonización, gobiernos coloniales y gobiernos independientes*. Librería e Imprenta "El Iris". Habana. Partes 1 y 2 en un volumen, 1864-1866. Imprenta de la "Prensa". Habana. Partes 3 y 4 en otro volumen, 1870.
- GIL FORTOUL, José-*Historia constitucional de Venezuela*. 5 edición. Ediciones Sales. Caracas, 1964. (Primera edición, 1907). 3 tomos
- GUERRINI, Francisco-*El ciudadano argentino. Nociones de Instrucción Cívica*. Aprobado como texto por el Consejo nacional de Educación y por el Consejo General de la Provincia de Buenos Aires. 4 edición. Talleres Solá Hnos. La Plata, 1895. (Primera edición, 1892).
- HALPERIN DONGHI, Tulio-*Historia contemporánea de América Latina*. Editorial Alianza. 3 ed. Madrid, 1972. (Primera edición, 1969).
- "La historiografía: treinta años en busca de un rumbo", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (compiladores)-*La Argentina del ochenta al Centenario*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1980. Pág. 829-840.
- *Una nación para el desierto argentino*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1982.
- HARWICH VALLENILLA, Nikita- "Imaginario colectivo e identidad nacional. Tres etapas en la enseñanza de la historia de Venezuela", en Michael Riekenberg Op cit.
- HOFSTADER, Richard-*Los historiadores progresistas*, Buenos Aires. Ed Paidós. Trad. Eduardo J. Prieto, 1970. (Primera edición en inglés, 1968).

- JARAMILLO URIBE, Jaime-"Frecuencias temáticas de la historiografía latinoamericana", en Leopoldo Zea-Op cit. Pág. 23-45.
- LEFEBRE, George -*El Nacimiento de la historiografía moderna*. Ediciones Martínez Roca S.A. Traducción de Alberto Méndez. Barcelona, 1974.
- LEVENE, Ricardo-"Fundación del Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata y de la Junta de Historia y Numismática Americana", en *Boletín de la JHNA*, vol. 5. Pág. 123-133.
- "El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay y la personalidad de su fundador Andrés Lamas", en *Boletín de la ANH*, vol XVII, 1944. Pág. 83-99.
- LEVILLIER, Roberto-*Chile y Tucumán en el siglo XVI (El conflicto Villagra-Núñez de Prado) Refutación de las inexactitudes del señor don T. Thayer Ojeda en su análisis crítico de la Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán*. Imprenta Le Livre Libre. París, 1928.
- LOBO, Miguel-*Historia General. Antiguas colonias Hispano Americanas. Desde su descubrimiento hasta el año mil ochocientos ocho*. 2 vol. Miguel Guijarro Editor. Madrid, 1875.
- LYNCH, John-*Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*. Editorial Ariel. Barcelona, 1976. Edición inglesa de 1973. Trad por Javier Alfaya y Bárbara McShane.
- LLORCA, Bernardino-*Manual de Historia Eclesiástica*. Editorial Labor S.A. Barcelona, 1942.
- MARTI, José-"Nuestra América". Compilado en *Hispanoamérica en lucha por su independencia*. Cuadernos Americanos. México, 1962. Pág. 114-120.
- MARTIN MONTALVO, Cesilda y otros-"El hispanoamericanismo, 1880-1930", en *Quinto Centenario de América, economía, sociedades Boletín de Historia Americana de la Universidad Complutense de Madrid*. nro. 8, 1985. Pág. 149-165.
- MATTIA, Estrella-"Los fundamentos de la raza hispana y la visión de Hispanoamérica a través de un periódico español: El Museo Universal (1857-1869)" en *Res Gesta*. nro 19-20. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica Santa María de los Buenos Aires, 1987. Pág. 85-107.
- MIGUEL Y VERGUES, J.M -*La Independencia Mexicana y la Prensa Insurgente*. Fondo de Cultura Económica. México, 1941.
- MLJARES, Augusto -"Baralt historiador", en Germán Carrera Damas, (Selección, introducción e índices)-*Historia de la historiografía venezolana (Textos para su estudio)*. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1961. Pág. 312-328.
- MITRE, Bartolomé-*Las ruinas de Tiahuanaco*. Estudio Preliminar de Fernando Márquez Miranda. Librería Hachete S.A. Buenos Aires, 1954. (Primera publicación, 1879).
- *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. 4 edición de 1887. Reproducida en la Colección de Historia de los Grandes Hombres Argentinos. Ed Jackson, Buenos Aires, sf.(Primera edición completa, 1876-1877)
- *Historia de San Martín y de la Revolución Sudamericana*, 2 edición de 1890. Reproducida en Idem. (Primera edición, 1887)
- MORA BRENES, Gerardo-"Alcances y limitaciones de los análisis sobre personajes históricos: Balance del libro de David I.Chandler. Juan José de Aycinena. Idealista conservador de la Guatemala del siglo XIX", en *Revista de Historia*. Escuela de Historia-Universidad Nacional y Centro de Investigaciones Históricas de Costa Rica. Nro 21-22. Enero-diciembre de 1990. Pág. 329-339.
- MOSES, Bernard-"La olvidada mitad de la historia americana", en Lewis Hanke (Compilación e introducción)-*¿Tienen las Américas una historia común? Una crítica de la teoría de Bolton*. Trad. María Antonia Baralt. Editorial Diana S.A. México, 1966. Pág. 61-67. (Publicada por primera vez en 1898)

- MONJARRES, Ramón de- "La denominación de América Latina", en *II Congreso de Historia y Geografía Hispanoamericanos*. Op cit, Pág. 349-355.
- MORLA VICUÑA, Carlos-*Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuégo*. F.A. Brackhaus. Leipzig, 1903.
- NAVARRO Y LAMARCA, Carlos-*Compendio de la historia general de América*. Ed Angel Estrada y Cia. Buenos Aires, 1910-1913. 2 volúmenes.
- ODDONE, Juan Antonio- "La historiografía uruguaya en el siglo XIX. Apuntes para su estudio", en *Revista histórica de la Universidad*. 2 da. época. n.1. Montevideo, 1959. Pág.3-37.
- PACHECO VELEZ, César- "La historiografía peruana contemporánea", en José Pareja-Soldán (Director)-*Visión del Perú en el siglo XX*. Lima, 1963. Pág. 527-579.
- PAGANO, Nora y Miguel Angel Galante, "La Nueva Escuela Histórica. Una aproximación institucional del Centenario a la década del 40", en Fernando Devoto-*La historiografía* ... Op cit. Pág. 45-78
- PENA DE MATSUSHITA, Marta E.-*Romanticismo y política*. Centro de Estudios Filosóficos. Editorial Docencia. Buenos Aires, 1985.
- PEREIRA LARRAIN, Teresa- "El pensamiento de una generación de historiadores hispano-americanos: Alberto Edwards, Ernesto Quesada y Laureano Vallenilla", en *Estudios Históricos* n 2. Instituto de historia. Pontificia Universidad Católica de Chile. Pág. 3-103.
- PEREYRA, Carlos-*Breve Historia de América*. Aguilar. 3 edición. México, 1949.
- PEREZ ROSALES, Vicente-*Recuerdos del pasado (1814-1860)*. Colección Estrada. Buenos Aires, 1944. (Primera edición, 1882).
- PRADO, Eduardo-*A ilusao americana*. Institucao Brasileira de Difusao Cultural S.A. 5ta ed. Sao Paulo, 1980. (Primera edición, 1893)
- PRIETO, Adolfo-*La literatura autobiográfica argentina*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1982. (Primera edición, 1966).
- RAMA, Carlos M.-*Nacionalismo e historiografía en América Latina*. Editorial Tecnos. Madrid, 1981.
- REAL DE AZUA, Carlos-*Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*. Editoriales Arca y Nuevo Mundo. Montevideo, 1991.
- ROMERO, José Luis-*Las ideas políticas en Argentina*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 1975. (Primera edición, 1946).
- ROMERO, Luis Alberto- "Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: la cuestión de la identidad", en *Desarrollo Económico*, vol. 27, nro 106. julio-setiembre de 1987. Pág. 201-222.
- RESTREPO, José Manuel-*Historia de la Revolución de la República de Colombia*. Introducción. Primera edición en Paris, 1827. Segunda edición en 1858 corregida y sensiblemente aumentada. Advertencia del autor en esta segunda edición fechada el 13 de setiembre de 1848. Editorial Bedout SA Medellín, 1974. 6 tomos.
- ROBERTSON, William Spence- "Orientaciones de la historiografía latinoamericana", en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Vol. XIX. Buenos Aires, 1946. Pág. 335-346.
- SALGADO GUILMARAES, Manoel Luis - "Nacao e Civilizacao nos Trópicos: O Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro e o Projeto de uma História Nacional", en *Estudios históricos*. Caminhos da historiografía. nro 1. Rio de Janeiro, 1988. Pág. 5-27.
- SANCHEZ AGESTA, Luis-*La democracia en Hispanoamérica. Un balance histórico*. Ediciones Rialp. Madrid, 1987.
- SANCHEZ ALONSO, B.-*Fuentes de la historia española e hispanoamericana. Ensayo de bibliografía sistemática de impresos y manuscritos que ilustran la historia política de España y sus antiguas provincias de ultramar*. 2

- volúmenes. Madrid. Segunda edición revisada y ampliada. Junta para la ampliación e investigaciones científicas. Centro de estudios históricos. Imprenta Clásica Española, 1927.
- SARTORI, Giovanni y Leonardo Morlino (eds.)- *La comparación en las ciencias sociales*. Trad. Juan Russo y Miguel A. Ruiz de Azúa. Editorial Alianza. Madrid, 1994.
- SOLER, Ricaurte- *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*. Ed Siglo Veintiuno. México, 1980.
- TANZI, Héctor José- "Historiografía americana", en *Revista de América*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México, nro. 104. Pág. 65-112.
- VILLALOBOS, Sergio- *Los comienzos de la historiografía económica de Chile 1862-1940*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1981.
- VILLALOBOS R, Sergio- "La perturbación momentánea de 1891", en *La época de Balmaceda*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Santiago de Chile, 1992. Pág. 13-22.
- WHITE, Hayden- *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Trad Jorge Vigil Rubio. Editorial Paidós. Barcelona, 1992. (Primera edición en inglés, 1987).
- ZAVALA, Silvio- "Vivencias de la historia mexicana en época hispánica". Conferencia dictada en el Liceo Internacional de Saint Germain en Laye, el 22 de abril de 1986. Reproducida en Enrique M. Barba (in memoriam). *Estudios de Historia*. Fundación Municipal de La Plata, 1994. Pág. 547-554.

Índice

Aclaración	7
Introducción	9
Etapas de la historiografía latinoamericana	12
La imagen del pasado. Algunos debates	17
Tareas nacionalizadoras de la historia	29
La indagación del pasado	45
Historia narrativa versus historia "filosófica"	52
Cuestiones sobre el nombre específico de América	60
Las <i>historias de América</i> en el siglo XIX	71
Historiadores de América anteriores a 1860	82
Historiadores de América en la segunda mitad del XIX	88
Notas	109
Fuentes	118

Este libro se terminó de imprimir en el
Departamento de Medios Audiovisuales de la
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
de la Universidad Nacional de La Plata,
en el mes de noviembre de 1995.